



AÑO VI

NÚM. LXX

LA ESPAÑA MODERNA

REVISTA DE ESPAÑA

Director: J. LÁZARO

OCTUBRE 1894

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIL
San Bernardo, 92.—Teléf. 3.074

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

LA BUENA FAMA

I

Nada recuerdo yo con tanto gusto como las temporadas que he pasado en Villabermeja y los coloquios que allí he tenido con D. Juan Fresco, mi querido tocayo. No había asunto sobre el que no hablásemos, dilucidándole hasta donde nuestro saber y nuestra inteligencia alcanzaban. Y cuando no estábamos de acuerdo, nos alegrábamos en vez de sentirlo, porque entonces nuestra conversación, con el apacible discutir, tomaba dulce y acalorada viveza.

A veces lamentaba yo que escritores extranjeros se nos hubiesen adelantado en coleccionar y en poner por escrito, con primoroso adorno, los cuentos que corren en boca del vulgo. Los mejores, á mi ver, eran los mismos, con raras variantes, en Alemania y en Francia que en España, de suerte que nos habían robado lo más hermoso y rico de aquella materia épica difusa, sin que pudiésemos ya darle forma original en nuestra lengua castellana.

Mi tocayo sostenía la contraria opinión y afirmaba que había aún mil cuentos vulgares, entre nosotros, sin que nadie los hubiese recogido, y que no pocos de ellos eran deliciosos y hasta contenían veladas enseñanzas y misteriosas filosofías de subidísimo precio. El solía escudriñarlas y sacarlas á relucir,

interpretando y comentando los tales cuentos como ciertos sabios neo-platónicos las antiguas fábulas griegas.

Varios de estos cuentos me refirió mi tocayo, excitándome á que yo tomase la pluma y los escribiese ; pero he de confesar que me parecieron casi todos tan absurdos que nunca me atreví á ceder á su súplica. Uno, sin embargo, el de *La Buena fama*, me bulle, hace muchos años, en la cabeza, y pugna por escaparse de allí y derramarse en el papel, trascendiendo de la tradición oral á la escritura. El cuento es, sin duda, extraño, nada semejante á los demás de su género, y amenísimamente trágico-cómico, si el narrador acierta á contarle como merece. Y no cabe la menor censura, sino estrepitosa alabanza en lo que toca á la moralidad, ya que la de este cuento es ejemplar y severa. Sólo me han retraído de escribirle y me han hecho vacilar hasta hoy ciertos lances que hay en él, que no ofenden sino que provocan la risa de la candorosa gente rústica cuando los relata ó los oye, pero que acaso enojen á las damas melindrosas y á los pulcros cortesanos. A pesar de tan enorme dificultad, resuelto yo al fin á escribir el cuento, procuraré envolver lo sustancial de los mencionados lances, algo escabrosos, en estuche de filigrana y entre perforadas pleguerías, aunque el estilo tenga entonces que perder bastante de la sencillez y naturalidad que el argumento requiere.

Y dicho esto, para descargo y tranquilidad de mi conciencia, allá va la historia, según mi fresco tocayo me la contaba.

II

En la populosa capital de un reino, que me sería difícil señalar hoy en el mapa, vivía, hará ya lo menos seis ó siete siglos, una honrada viuda, tan hidalga como pobre, y agobiadísima, si no por lo avanzado de su edad, por desengaños, en-

fermedades y otras desventuras. Su difunto esposo había sido caballero tan cabal, que los de su época pudieron mirarse en él como en limpio espejo y tomarle por norma, dechado y cifra de las caballerescas excelencias, ya que, sobre ser gentil, elegante, discreto y ágil, descollaba en bizarrias y arrestos. Había recorrido muchas tierras remotas buscando aventuras entre pueblos de diverso sentir y pensar de los que el suyo tenía. Y en sus altas empresas militares, con frecuencia felices, había alcanzado envidiable gloria y garbeado además no cortos provechos.

Deslució, no obstante, tan buenas condiciones y prendas tan raras, la inclinación irresistible de este caballero al lujo, á los banquetes, á las daifas y bagazas, y, lo que es peor, á los dados y á otros juegos de azar y envite.

Dió esto lamentable ocasión á su prematura y desastrada muerte, á los dos años de su boda, consumida su hacienda y derrochado el dote de su mujer, á quien dejó en cinta y en la mayor miseria y abandono.

Fué el caso que unos tahures, á quienes llamó fulleros, sin que ellos cara á cara se atreviesen á vengar la afrenta, le armaron celada en los oscuros pasadizos de un garito, y allí á puñaladas le atravesaron el corazón y los hígados.

Imaginemos ahora la desolación de la señora doña Eduvigis. Así llamaremos á la viuda, supliendo la falta que por lo común se advierte en las historias tradicionales en que el pueblo olvida los nombres propios, aunque no olvide ni el más diminuto ápice de los sucesos.

Ella, doña Eduvigis, á pesar de los despilfarros, infidelidades y travesuras de su esposo, le amaba con fervor, y le lloró durante algunos meses, al cabo de los cuales hubo de mitigarse el dolor de la viudez, ó mejor dicho, hubo de eclipsarse por los del parto, el cual vino en sazón y derecho, y dió por resultado á una hermosa niña, ojinegra y morena, á quien por expresa voluntad del difunto, que mil veces había pronosticado su hermosura, pusieron el inaudito nombre de Calitea.

El tiempo vuela y pasa con tan endemoniada rapidez, que nadie habrá de pasmarse de que, al empezar de lleno nuestra narración, Calitea haya crecido y espigado, tenga ya veinte años cumplidos, resplandezca con todos los hechizos de la salud y de la mocedad virgínea, y posea diversas habilidades y artes, como son las de la costura y el bordado, con las cuales se ganaba la vida y sustentaba modestamente á su madre, quien, según hemos indicado ya, estaba hecha una pepla, y casi no valía para nada sino para aturdir y marear, dando disposiciones y echando regaños, ya á la única antigua criada que cuidaba de la cocina y del arreglo y orden de la casa, ya á la propia Calitea con motivo de los novios vitandos ó deseables.

III

Salía de diario un río de elocuencia de la boca de doña Eduvigis. Imitemos á su hija, y, como ésta siempre, oigámosla nosotros con paciencia una vez siquiera.

En el cuarto menos malo del chiribitil en que vivían, cuarto que era á la vez estrado, comedor y sala de estudio y trabajo, bordaba Calitea en el bastidor, sentada cerca de la ventana, por donde penetraban oblicuamente los alegres y gratos rayos del sol matutino, en un despejado y sereno día de invierno.

La madre, en medio de la estancia, sentada también, no diré junto, sino casi encima de un braserillo de azófar, tenía los pies sobre la tarima, y con la badila en la diestra, ya accionaba al hablar, como si fuese la badila férula ó signo de su magisterio, ya echaba firmas en la ceniza, haciendo brillar el rescoldo. Ella había extendido alrededor la falda de su vestido, y como el calor iba subiendo y recogándose en el amplio hueco, donde enrarecía el aire, doña Eduvigis, más seca y li-

gera que una paja, sentía el prurito, el conato y hasta el comienzo de una de las más maravillosas extáticas elevaciones. Sentía además, á semejanza de la Pitonisa en Delfos, que le infundía inspiración aquel vaho.

—Niña, niña—decía pues, con tono de inspirada—cuán neciamente estás dejando pasar la edad florida y malgastando el tiempo propicio que no volverá nunca. ¿De qué te vale todo lo que has estudiado, cavilado y alambicado, si no sabes vivir? Tú coses y bordas como las hadas; zurces con tamaña sutileza, que haces invisibles las huellas del rasgón más feo; tus dobladillos, calados, respuntes y vainicas, pasman á la costurera más hábil; y sobre ricos paños bordas en oro, seda y plata, figuras prodigiosas de hombres, de animales y de seres imaginarios, que tú misma inventas y dibujas: pero, créeme, nadie pagará jamás tus puntadas sino con ruin tacañería. En cambio, ¿por qué no te percatas mejor, justipreciándolas y utilizándolas, de la sal y la pimienta con que el cielo te ha rociado? Eso sí que podrá servirte en el mundo, poniéndote en andas y bajo palio y abriendo para ti el porvenir más halagüeño. Mira, hija mía, que te hablo, no con intenciones bellacas, porque yo he sido y soy rígida en mis costumbres, y, aunque me esté mal el decirlo, raro modelo de esposas, sino para que, sin el menor deterioro de tu honestidad y sin el más somero quebranto de la ley de Dios, aproveches la hermosura, la gracia y el garabato que tienes y los conviertas en anzuelo para pescar buen marido. No lo digo por mí. Ningún interés egoísta me mueve. Lo digo por tu bien. Discurro como madre previsorá. El día menos pensado caerá por tierra el ruinoso edificio de mi cuerpo y te quedarás huérfana, desvalida y sin arrimo, en medio de esta gran ciudad donde habrá mil peligros que te rodeen, como preciada navecilla, sin piloto y con poco lastre, que audaz se engolfa en mar borrascoso, lleno de escollos é infestado siempre de codiciosos piratas. Es menester, por consiguiente, que te cases pronto y bien, tanto para salir de los ahogos y estrechezas en que vivimos, si vivir así es vi-

vir, cuanto para que logres el marido que tu condición requiere, como enriscada alcazaba que, por inexpugnable que sea, requiere quien la mantenga y custodie. Este marido ha de ser respetado á fin de que haga que te respeten, y vigile por tu honra y la acreciente con la suya; y ha de ser rico, á fin de que tú vivas con el regalo, la elegancia y el decoro que mereces y á los que no me negarás que eres harto aficionada.

Había heredado Calitea los impetus y el desenfado de su padre, y así, sin poderse contener y atropellando un poco el respeto debido, interrumpió de este modo el bello discurso materno.

—Querida mamá, no te canses ni me canses. Ya te lo he dicho mil veces y te lo repito ahora. Yo no me casaré nunca para que me mantengan. Me casaré con el que me enamore, aunque sea pobre. Lo que es respetado, de fijo que lo será, que no he de poner yo mis ojos ni mi alma en sujeto vil. Mas no necesitaré que me defiendan ni que me vigile. Eso sé yo hacerlo, sin auxilio de nadie. Ni quiero tampoco que su honra aumente la mía, pues me considero tan honrada que no cabe más. Y en punto á la elegancia y al regalo, que me dices que amo, y yo no te lo niego, sábete que el mayor regalo y la mayor elegancia para mí estriban en cumplir con mi regalado gusto, y mi gusto no se verá cumplido mientras no halle novio que me hechice por su discreción, valor y gallardía, robándome el corazón y cautivándome los sentidos y las potencias. Si no hallare yo, y si no se me ofreciere esta joya, me quedaré para vestir Santos y me iré con palma á la sepultura.

—Pero ¡hija de mis entrañas!—interrumpió la madre.—¿A qué viene ese caramillo que estás armando? De sobra sé que no se hizo la miel para la boca del asno, y de sobra sé que tú eres miel. ¿Cómo había yo de pensar en casarte por codicia con ningún mostrenco? Lo que me lleva á hablarte así es la certidumbre que tengo de que hay alguien que te quiere, que aspira á tu mano, que posee todas esas perfecciones de que ha-

blas, y que además es rico como un Creso. Algunos más años cuenta de los que convendría que contase para de que la unión fuese proporcionada; pero, ¿cómo no perdonar esta desproporción á quien puede endulzarla con muchísimos millones de ducados? Vamos, es una bendición del cielo, una fortuna colossal la que se nos entra por las puertas de casa, ó nos cae encima como llovida. Delirio sería desdeñarla. Y todo, ¿por qué? Porque el fruto, aunque y jugoso exquisito, está algo maduro.

—Pues ¿te parece poco, mamá? Lo maduro se resiste á mi paladar. O nada, ó fruto verde, aunque rejeele. Y dime, ya que, si bien lo sospecho, me agrada que me adulen el oído, ¿quién es ese gato relleno de oro, que en forma de pretendiente me envía la misericordia del cielo?

—Pues ¿quién ha de ser sino D. Hermodoro?—contestó la madre.

—Ya me lo presumía yo—replicó Calitea.—Siempre que le llevo telas bordadas y paga mi trabajo, me mira con ojos picaruelos y encandilados y hasta se atreve á echarme piropos.

—No lo dudes, niña, el hombre está que se derrite, y, si no te muestras muy esquiva, con poco que hagas, le conquistas del todo y se casa contigo.

—Pues no se casará, porque yo no pienso hacer ni haré nada para acabar de conquistarle.

—Eres muy ingrata—repuso la madre.—¡Si supieras cuánto te admira y te elogia! ¡Con qué entusiasmo me habló de ti, pocos días ha, que vino á visitarme! Casi estuvo á punto de pedirte. Puso por las nubes tu bordado de la última casulla, y dijo que, así por su mérito artístico, como por las bellísimas y delicadas manos que le hicieron, le pagaba él doble de lo que suele pagar.

—Por el mérito artístico de mi bordado cobré yo lo que cobré y me pareció poco. Nada tiene ese necio que pagar ni nada que cobrarle yo por mis bellísimas manos, que sólo de balde han de servir para tirarle de las barbas y hartarle de pescozones, si sigue desmandándose.

Justo es observar aquí, á fin de que nadie tilde á Calitea de señorita desaforada y de rompe y rasga, que ella vivió, hace setecientos años lo menos, en época más ruda; y que sin tener dueña, ni escudero que la escoltase, como las señoritas de Madrid que llevan ahora, cuando van de paseo, una acompañanta á quien llaman *la carabina*, Calitea, por estar su madre enferma casi siempre, iba sola á sus negocios de costura, y entraba en almacenes y tiendas, y atravesaba calles, plazas y callejuelas, donde no había municipales, ni polizontes, ni alumbrado eléctrico. Era, pues, indispensable que, si quería defenderse, acudiese ella misma á la propia defensa, con algo de marcial, de arrogante y tremendo, como una doña María la Brava.

IV

A pesar de la costumbre que había adquirido de oír con resignación los desatinos y las altiveces de Calitea, su madre quedó consternada después del último diálogo. Poca esperanza le quedaba ya, conociendo la terquedad de su hija.

D. Hermodoro era el mercader de más crédito en la ciudad; viudo sin hijos, ansioso de casarse para tener quien heredase su caudal y prendado de Calitea hasta más no poder. Despreciar todo esto, desde tan humilde y menesterosa posición, era el último extremo de la locura; pero Calitea había llegado á ese extremo, y harto comprendía su desdichada madre que era difícilísimo, casi imposible, hacerla retroceder.

—¡Dios mío!—exclamaba doña Eduvigis, cuyas meditaciones y soliloquios tomaban á menudo forma de plegaria.— ¡Dios mío! ¿Está loca mi hija? Todavía comprendería yo, por más que lo deplorase, que la muchacha desairara tan brillante partido, si estuviese enamorada de algún mozuelo barbi-

lindo, de los muchos que la han pretendido: pero, si ella los ha despedido á todos, ¿qué es lo que quiere? ¿Sueña con algún duque? Hasta ahora á todos los novios los ha hallado vulgares, ordinarios, ignorantes y feos. ¿Será menester que de encargo le fabriquen uno bonito, joven, noble, elegante y valeroso: Adonis y Marte en una sola pieza?

En esto atinaba doña Eduvigis. Así era el novio con quien Calitea soñaba. El sueño, con todo, no se trocaba en realidad.

Sólo D. Hermodoro, cada vez más fino, no atreviéndose á declararse directamente á la hija, hizo su declaración en regla por medio de la madre. El desdén se renovó por estilo más solemne; pero D. Hermodoro no quiso desengañarse y retirarse y siguió en su inútil porfía.

Pasaron meses y llegó la alegre primavera.

Calitea, que era bondadosa, aficionada á reír y á burlar, y divertidísima en su conversación salpicada de chistes sin malicia, tenía por amigas á bastantes muchachas honradas y de buena familia, las cuales se desvivían por convidarla á sus jiras y meriendas campestres, en los sotos y prados de las cercanías, que eran un encanto por su fertilidad y que entonces estaban floridos y llenos de lozana verdura.

A pesar de su vida laboriosa y de que el tiempo no le sobraba, Calitea aceptaba á veces los convites. Su madre, aunque por estar sana del estómago y de los pulmones, comía con apetito, y en la lluvia de sus discursos no solía descampar, mientras no se rendía al sueño, como se encontraba cada día más torpe de la vista y de las piernas, no podía ir á estas expediciones; pero, á fin de que todo apareciese correcto, y no porque la niña necesitase custodia y vigilancia, confiaba á Calitea á la más autorizada y venerable de las madres de sus compañeras.

De esta suerte asistió nuestra heroína á varias jiras y meriendas. Todos los que en ellas tomaban parte, reían y celebraban la graciosa desenvoltura de Calitea; los mozos admiraban su beldad; algunos, que eran guapos y no desprecia-

bles partidos para su clase, la pretendieron con el mejor fin; pero ella los desahuciaba siempre, aunque por arte tan suave y con tan buena crianza, que ninguno le guardaba rencor, sino que persistían todos en ser sus amigos, reconociendo que jamás había ella atraído ni provocado á nadie para desdeñarle después, y que sabía agradecer sin amar, cada vez que inspiraba amor á pesar suyo.

Tales recreos, por más que agradasen á Calitea y lisonjasen su amor propio, eran, sin embargo, poco frecuentes. Las faenas continuas á que ella tenía que entregarse para ganar el sustento no se avenían con mayor disipación, y casi podía afirmarse que su vida era retirada y austera.

Largas horas del día se pasaba en casa cosiendo ó bordando, y oyendo las disertaciones de su madre y sus alegatos en favor de D. Hermodoro.

Sólo cuando la linda costurera y bordadora terminaba alguna tarea solía salir para entregar el fruto de ella á quien se la había encomendado.

Nunca dejaba entonces de entrar en la hermosa catedral bizantina, que estaba muy cerca de su casa; y allí, hincada de rodillas, en lo más sombrío y solitario del sagrado recinto, rezaba fervorosamente.

El sitio en que de ordinario se arrodillaba para sus rezos era delante de una capilla, cerrada por bien labrada verja de bronce, y sobre cuyo altar, en el misterioso camarín de un retablo de roble dorado y de rica y prolija talla, se aparecía la efigie de San Miguel, con el fulmineo acero en la diestra y en la otra mano una cadena de hierro á la cual estaba atado Lucifer en persona. De su boca espantable, llena de espumarajos y muy abierta, se decía que brotaban mil blasfemas maldiciones; pero el Arcángel tenía bajo sus pies á nuestro común enemigo, y todas sus maldiciones y reniegos eran en balde.

Si hemos de confesar la verdad, en aquel tiempo la escultura florecía poquísimo y el San Miguel no era nada hermoso; pero en la oscuridad del camarín y contemplado con los ojos

de la fe y desde lejos, podía dar ocasión, y la daba, á que se le imaginase y representase Calitea como un portento de juvenil y angelical hermosura. Era, pues, devotísima de aquel paladín del empíreo y no dejaba de dirigirle muchas de sus oraciones.

V

Tan embebecida estaba en ellas, al anochecer de cierto día, que no advirtió, entre las sombras que se extendían ya por lo interior del templo, que alguien la observaba con persistencia y fijeza, admirando sin duda su rostro y toda su persona, sobre los cuales caían de soslayo los últimos fulgores del moribundo día que penetraban por una ventana poco distante.

Levantóse Calitea y se encaminó hacia la puerta. Su admirador la siguió, recatándose un poco y aun sin ser por ella advertido.

La iglesia estaba desierta.

Cerca ya de la pila del agua bendita, Calitea reparó en alguien que se le adelantaba, pero en quien sólo podía distinguir un bulto negro. Amplia capa de dicho color le caía desde los hombros casi hasta los pies.

No fué pequeña, ni desagradable tampoco, la sorpresa de nuestra heroína cuando, al ir á tomar agua en la pila para ponérsela en la frente, haciendo la cruz, se interpuso el desconocido, que acababa de mojar sus dedos, y le ofreció el agua con notable cortesía.

La muchacha, á pesar de su altivez y recato, no acertó á rechazar tan santo obsequio, ofrecido del modo más respetuoso. Tomó, pues, el agua, tocando con sus dedos los dedos húmedos de quien se la ofrecía, cuya mano, según ella notó al mirarla y tocarla, era blanca, suave, muy cuidada y muy bo-

nita, y tan pequeña, que no era mayor que la suya, aunque ella no las tenía, por cierto, ni feas ni grandes.

Miró también Calitea á todo el sujeto de la mano, y vió que era un mozuelo, al parecer de menos edad que ella, casi un niño, pero vestido muy á lo guerrero, y tan gentil y gracioso que hubiera podido tomarse por el propio Arcángel, á quien ella acababa de rezar, y que se había descolgado del camarín para venir á saludarla. Las calzas ceñidas, de paño verde oscuro, dejaban ver la forma de las piernas, firmes, enjutas y bien torneadas; sobre el jubón ó coletín de gamuza relucía la malla de acero bruñido; y del cinturón de adobado becerro montaraz pendía en medio la escarcela; al lado derecho una daga, y al otro lado la espada. Sobre el puño apoyaba el galancete la mano izquierda, calzado el guante y sosteniendo donosísima caperuza, cuyo copete era una gran pluma de águila.

Su cabeza, bien plantada y descubierta entonces, aparecía coronada por los bucles de oro de la abundante y larga cabellera; eran sus ojos azules como el cielo; la frente, despejada; ligero bozo apenas sombreaba ó más bien doraba el labio superior con una sospecha de bigote, y la nariz recta, la barba firme y la boca desdeñosa é imperativa se contraponían chistosamente á lo adamado del resto de la persona.

Todo lo dicho agradó en extremo á Calitea, la cual sintió que, como en fortaleza que asalta el enemigo cuando más segura y descuidada se halla, se le entraba en el pecho y le alborotaba el corazón un tropel de sentimientos sobrado tiernos y hasta aquel instante jamás por ella experimentados. Pero lo que más la hechizó, moviéndola á desechar toda cautela, desvaneciendo recelos, y disuadiéndola de reparar su descuido y de precaverse para en adelante, fué la turbación que advirtió en el mozo que le ofreció el agua bendita y el encendido rubor que le arreboló la cara, aumentando su amabilidad inocente.

Al llegar á este punto hacía notar D. Juan Fresco, y yo debo imitarle, que en el país y en la época en que ocurrieron

estos sucesos, ni se necesitaban aún previas presentaciones para que se hablasen las gentes, ni éstas, cuando se consideraban iguales, se daban tratamiento, sino que, si bien las más ceremoniosas empezaban por hablarse en tercera persona, lo usual era tutearse de buenas á primeras. Así, pues, no ha de parecer á nadie falta de la conveniente circunspección y decoro el diálogo que sigue, entablado por Calitea, después de dar las gracias por el agua ofrecida y aceptada.

—Y dígame—preguntó ella—¿es por ventura el señor soldado forastero en esta ciudad?

—Lo soy—contestó el mancebo.—Ayer llegué del lugar en que me crié y donde vive retirado mi padre, hidalgo de riquísimos bienes de fortuna. A fin de que yo me la busque, de lo que estoy impaciente, mi padre me dió su bendición y armas y caballo, y me dejó venir por quí.

—¿Y cómo consintió tu padre en que vinieras solo, al verte tan niño como eres?

—No soy tan niño—dijo él algo picado.—Veintidós años he cumplido ya.

—No lo creería si no me lo dijese. Eres más viejo que yo, tienes dos años más. Perdona hombre, que te haya tratado como á un rapazuelo, sin los miramientos y atenciones que se deben á personas de mayor edad.

—De ti no quiero yo más miramientos sino que me mires con muy amistosa simpatía.

—Pues eso estoy por afirmar que lo has logrado; y de fijo que lo conservarás y aumentarás, si eres tan bien criado y juicioso como tu buena presencia promete.

—Lo que es bien criado, ¿cómo no serlo contigo hasta el más rendido acatamiento? En punto á juicio, difícil será que le conserve si tú me le robas.

El joven pronunció la última frase, siguiendo á Calitea, que había salido ya de la iglesia é iba andando hacia su casa.

Volvió ella el rostro, y dijo sonriendo:

—Déjate de lisonjas. No gusto de ellas nada. Si sigues así,

no llegarás á verme otra vez, para que ni en broma me acuses de que por mí te vuelves loco.

—No te enojés. Yo me quedaré cuerdo, pero consiente que te acompañe hasta tu casa.

—No; vete ya.

—Me iré, si lo mandas.

—Lo mando.

—Bien está, pero prométeme que vendrás mañana por aquí á la misma hora.

—¿Y para qué?

—Para que yo tenga la dicha de verte y de hablarte.

—Pero, desventurado, ¿no ves que perderías así el tiempo? ¿Buscas fortuna? Pues mal modo de hallarla es andar en conversaciones ociosas.

—No serán ociosas. Tú eres, lo conozco, tan discreta como prudente, y deseo pedirte consejo.

—Eso ya es distinto. Aunque no presumo de buena consejera, la conciencia me remordería de negarte el consejo que pides. Me queda, con todo, un escrúpulo. Es sacrilegio citar-nos en la iglesia para tratar asuntos profanos.

—Pues dime donde vives é iré á tu casa.

—¡Imposible! ¿Qué diría mi madre?

—Entonces, sal ya tarde á la reja, cuando tu madre se acueste.

—¡Jesús! ¿Qué estás diciendo, muchacho? ¿Qué pensarías de mí si yo tal hiciese? Apenas te conozco. No sé siquiera tu nombre.

—No quede por eso, hija mía. ¿Conque no me viste rezar con devoción junto á la capilla del Arcángel, donde, aun no sé si para mi desgracia ó para mi ventura, te vi y te admiré? Fuí allí porque el Arcángel es mi Santo. Me llamo Miguel.

—Bien está, Miguel. Márchate ahora, déjame en paz y no quieras convertirte en diablo.

—¡Cruel! La diablura es que me despidas. ¿Y por qué?

—Ya es de noche: pero mis vecinas están atisbando siempre

y tienen ojos de lince. ¿Qué no murmurarán si me ven con mancebo... tan cubierto de armas? Supondrán que me llevas presa.

—El preso y el enredado soy yo en la mágica red que tienden cuando miran tus ojos divinos.

—Ya te he dicho que detesto los requiebros—exclamó Calitea, negando con la complacida expresión de su sonrisa, con su dulce mirar y con lo trémulo de su voz, las palabras que pronunciaban sus labios.

El ansia de amar, el torrente de afectos, contenido y represado, hacía cuatro años, desde que Calitea era mujer, había roto los diques y brotaba con tal ímpetu de su alma, que no lograban atajarle la reflexión y la prudencia.

En abono de la joven, y á fin de que nadie la tilde de liviana, fácil y antojadiza, debemos observar que no era personaje ordinario, sino prodigioso por todos estilos, quien de tal suerte la trastornaba, grabándose, cual sello en blanda cera, en la dureza diamantina de su corazón, hasta entonces desamorado y arisco.

Harto bien reconocía ella el inevitable vencimiento de su voluntad. Oía voces en lo interior de su alma que le cantaban cada vez que miraba á Miguel:

—¡Qué monada de muchacho! ¡Es un primor! ¡Es un brinquito! ¡Es un dije!

Dominada por tan poderosos, íntimos ensalmos, no es de maravillar que Calitea, sin caer en lo que hacía, en vez de volver á su casa por el camino más corto, rodease bastante, prolongando la conversación.

—Vete, vete ya—dijo para terminarla.—Déjame, por Dios. No quiero que me vean contigo.

Y añadió, para que él supiese también el nombre de ella:

—Calitea te lo suplica.

—Yo te obedeceré, porque soy tu esclavo; pero no seas tirana, dulcísima Calitea, y no me hagas víctima de la más negra desesperación. Necesito hablarte con más reposo. ¡Sal esta noche á la ventana!

—¡Qué locura, cielos santos! ¡Qué locura!

—Apiádate de mí. ¡Sal á hablar con quien te adora!

—Me avergüenzo de mí misma. ¡Cuán ruin concepto vas á formar de mí!... Ya estamos junto á mi casa. ¡Vete, vete!...
¿La ves? Es allí. Ven esta noche, á las doce.

Dijo esto, poniéndose colorada como la grana. Redobló el paso, casi echó á correr; y entró en su casa con precipitación dejando al galán en medio de la calle.

BIEN SE COMPRENDEN LA PUNTUALIDAD Y EL CONTENTO CON QUE
EL GALÁN ACUDIRÍA Á LA CITA, Á LA QUE TAMPOCO FALTÓ CALITEA.

VI

Bien se comprenden la puntualidad y el contento con que el galán acudiría á la cita, á la que tampoco faltó Calitea.

La cita se repitió muchas noches, y en cada una crecía el entusiasmo de los dos enamorados, el alborozo que sentían al verse y la pura llama de aquellos dulces amores.

Calitea, sobre los planes y propósitos que Miguel le había confiado, levantaba en su imaginación un monte, un cúmulo gigantesco de futuras y brillantes prosperidades y triunfos.

Se casaría con Miguel cuando él conquistase una posición desahogada. Acaso sería menester aguardar cinco ó seis años; pero, ella y él eran muy mozos, y ella tenía constancia, calma, y brío para aguardar. Entre tanto, se enorgullecía del papel que le tocaba hacer. Ella había descubierto todo el talento, todas las aptitudes de Miguel, y era ya y seguiría siendo luz más clara que revelase á él su propio valer, estrella que le sirviese de guía, y estímulo poderoso que despertase más su noble ambición y le moviese á emprender y á llevar á cabo actos de virtud y obras de ingenio.

Soñaba Calitea que, como jardinera hábil que cultiva con esmero una planta generosa, la cual da al cabo sazoadísimo fruto, iba ella con influjo magistral á sacar de su amigo

un héroe, un sabio, un político eminente, por donde, desde la oscuridad y pobreza en que vivían, acabarían ambos por alzarse unidos á las más luminosas y sublimes esferas sociales.

Y no soñaba así Calitea porque fuese ambiciosa. Ella se contentaba con la posición más humilde. Todo lo anhelaba por él y para él; y para que en mucha parte se lo debiese á ella; á la inspiración, al aliento, á la confianza y á la fe que en él tenía y que se lisonjeaba de comunicarle, llenando su corazón de egregias esperanzas.

Tenía Calitea un gusto acendrado, y lejos de hablar de tales cosas con persistente seriedad, procuraba que la conversación fuese alegre, burlando, riendo y tratando de su cariño. Y hasta donde su limpia honestidad lo consentía, y con infantil candor, solía hacer á su amigo muy regalados favores. Tal vez le tomaba la mano, y, poniéndola palma con palma sobre la suya, celebraba lo bonita y lo pequeña que era. Tal vez se atrevía á tocar su bigotillo, que hallaba suave como seda. Y tal vez enredaba entre sus dedos, y alisaba y acariciaba después con delectación artística, los dorados rizos del muchacho.

Como éste distaba infinito de ser de piedra, no dejaba de alborotarse, y deseaba y pedía; pero la dignidad natural y la no fingida inocencia de la joven, más aún que la interposición de la reja, le tenían muy á raya. El más señalado favor que consiguió, en una ocasión sola, fué que ella acercara la frente para que él la besase; pero el beso fué fugitivo y tan somero, que apenas se posaron en aquella fresca tez los labios sedientos.

Aunque tan deliciosas entrevistas se celebraban con extraordinario sigilo, nada bastó á evitar que alguna vecina, de las que llamaba Calitea con sobrada razón atisbadoras, se enterase perfectamente de todo y fuese al punto á referir el chisme á la persona á quien imaginó que más podía doler: al propio D. Hermodoro.

Este, mortificado y lleno de celos y de envidia, acudió á

quejarse y á lamentarse con doña Eduvigis, contándole lo que ocurría, con mil malignos rasgos y perfiles que lo tornaban reprehensible y aun pecaminoso.

¿Quién acertará á describir el furor que se apoderó de doña Eduvigis al saber sucesos tan graves? Las filípicas que echaba á Calitea eran elocuentes y feroces.

—Tú me vas á matar á disgustos—exclamaba.—¡Ay, ay! Si viviese tu padre no estarías tú tan emancipada. De él harías caso, ya que de mí no le haces. Al saber tu conducta se pondría hecho un tigre: te daría una soba y te metería de patitas en un convento. Mira en lo que han venido á parar tus arrogancias: en rendir tu voluntad realenga á un rapazuelo vulgar; en enamorarte como una loca de un pelafustán, gandul, sin oficio ni beneficio; que, según me aseguran, no tiene sobre qué caerse muerto ni para mandar rezar á un ciego. Y... ¿si fuese capaz de ganárselo con sus puños? Pero... nada... ¿qué ha de ser capaz? Todos están de acuerdo en que es un chiquilicuatro, un mequetrefe, un alfeñique, un soldadete de caramelo ó de alcorza. ¡Lindo avío estamos haciendo! Medrada andará tu reputación en boca de los maldicientes. Te sacarán el pellejo á túrdigas. A mí me va á dar un soponcio, y me voy á quedar en él si no despides á tu almibarado mozalbete. Es necesario que le despidas, que le mandes muy enhoramala y cuanto antes.

Con pocas variaciones, pero con muchas amplificaciones, pronunciaba doña Eduvigis este discurso seis ó siete veces cada día. A Calitea le entraba por un oído y la salía por el otro; mas aunque estaba hecha á las voces como los pájaros del ruedo, trataba de calmar á su madre, haciéndole caricias, diciéndole chistes hasta que la excitaba á reir, y asegurándole que Miguel era el mejor novio posible, y sobre todo, que ella le quería; que jamás tendría otro novio; que estaba decidida á esperar años hasta que él tuviese medios para vivir con cierta holgura y casarse; y, por último que, si esto no se lograba, ella se quedaría soltera. Calitea, además, ponderaba

los méritos de su novio y cuánto había que confiar en su porvenir por poco que la suerte le favoreciera.

La madre se aquietaba al fin, y toda su energía se gastaba en palabras, sin que hiciese, ni pudiese hacer, cosa alguna en contra de la resuelta y firme determinación de su hija.

D. Hermodoro, entre tanto, estaba picadísimo de que un descamisadillo oscuro le hubiese vencido y se hubiese hecho dueño de la joya que él codiciaba tanto; y como no podía desahogarse, reprendiendo á Calitea, la cólera reconcentrada le atenaceaba el corazón y le estimulaba y le pinchaba de continuo para que se vengase. Horrible era la pelea que habían trabado dentro de su alma las contrapuestas pasiones. Los celos no se andaban con chiquitas y pedían la muerte de aquel odioso rival; pero D. Hermodoro era un señor grueso, sano, colorado y floreciente, que estimaba no poco la vida de los otros y mucho más la suya. Su caridad era tan inmensa, que si bien irradiaba sobre el linaje humano, le amparaba y le fomentaba á él más que á nadie, como su centro ó su foco. De aquí que D. Hermodoro fuese caritativo con su propio ser y con los demás seres, hasta el punto de procurar desentenderse, para que no se le indigestasen, de que los cerdos, las perdices y los pollos que le servían, habían recibido violenta muerte á fin de que él se los comiera.

Con tal condición y disposición de espíritu, su sed de venganza era atroz; pero no sabía cómo dejarla satisfecha. Lo suponía todo con previsión admirable, y descubría colosales inconvenientes. Daba ya por hecho que ciertos jaques, pagados por él, iban á espantar, nada más que á espantar al mozuelo, y á hacerle huir de la ventana y aun de la calle; pero ¿y si el mozuelo tenía valor y se resistía? Entonces, las cuchilladas y las estocadas eran inevitables; y en su mente se presentaba ya muerto el rival, cuyo espectro ensangrentado venía por la noche á tirarle de los pies y á sacarle arrastrando de la cama. Otras veces se figuraba que se entablaba proceso judicial por la muerte de Miguelito: que se descubría que él había pagado

á los asesinos; y que (no había más remedio) á él, á D. Hermodoro, le llevaban á la horca. Era tal la excitación de sus nervios, que en sueños, y aun durante la vigilia, sentía el áspero roce de la soga que empezaba á apretarle el pescuezo.

La fuerza benéfica de estos remordimientos anticipados no hubiera consentido jamás que se proyectase nada contra Miguelito, si el pacífico mercader no hubiese tenido un secretario, muy pícaro y muy adulator, que privaba con él, que le dominaba, y á quien él confiaba todas sus penas y planes, pidiéndole consejo. El secretario presumía de valiente, y el medio que más empleaba para ganarse la estimación y la amistad de su amo, era referirle sus aventuras, atrevimientos, proezas y peligros.

La ocasión se ofrecía pintiparada para lucirse y prestar un gran servicio al mercader. Aseguróle el secretario que él se encargaba de ahuyentar al mozuelo sin hacerle apenas daño. Y D. Hermodoro, diciendo que no, sin comprometerse, explicando siempre su intención de que no pasase el caso de lo que pudiera calificarse de *bronca* incruenta, consintió en lo que el secretario tramaba, y éste quedó comprometido á dar cima á un acto que, si bien algo violento, no podía tener consecuencias muy serias, por ser contra débil enemigo.

VII

Sin recelar desaguisado, Calitea y Miguel estaban, como de costumbre, hablando, una noche, á la reja. La calle era estrecha y tortuosa, pero en el cielo sin nubes relucían millares de estrellas. La luna creciente bañaba la amplitud del espacio en resplandor apacible y tenue. Las casas, que entonces no tenían más de un piso, no impedían que la luz penetrase en la calle, y en ésta no reinaba la oscuridad, sino grata penumbra.

El silencio y el reposo eran completos.

Calitea, refrenando, con no estudiada ni aprendida maña, toda exigencia audaz y todo arrojo de su novio, sabía entretenerle con su charla y hacer que las horas volasen como por encanto.

Eran ya las dos de la madrugada.

Una sola cosa enojaba, á veces, al galán y le ponía enfurruñado. Calitea, sin atinar y sin querer acaso disimularlo, le trataba con tono protector y con un afecto que tenía algo de maternal; como la hermana mayor, aunque ella no lo era, trata al hermanito menor mimado. El se resentía tal vez, sin declarar su resentimiento porque le hubiera humillado, de que ella jugase con él como con un niño; pero pronto conjuraba ella la pasajera nube, haciéndole comprender que si gustaba de él como de precioso juguete, también le tomaba por lo serio, le estimaba como joya y le consideraba como á hombre de quien podían esperarse los más nobles hechos.

Aquella noche había habido una de estas pasajeras nubes, y Calitea, á fin de disiparla, dilató la conversación, adrede y más que de costumbre. Había hablado con gravedad de sus proyectos; de todo cuanto él debía ambicionar y era capaz de conseguir.

Volviendo luego á las risas y á los juegos, porque la formalidad muy continuada la aburría y le infundía temor de aburrir, Calitea ponderó la pequeñez del pie de su novio y se empeñó en demostrar que no le tenía mayor que el de ella. Para esta demostración, después de obtener de Miguel, bajo palabra de honor, la promesa de que le devolvería un objeto que iba á darle prestado, se quitó un chapín para alargársele á través de los hierros y ver si se le calzaba.

Iba él á tomarle ya, cuando notó (lo que hasta entonces no había notado, ni Calitea tampoco por lo distraídos que ambos estaban) que dos hombres se le venían encima y se hallaban á cuatro ó cinco pasos de distancia.

Miguel echó mano á la espada; pero, aun antes de sacarla, dijo tranquilamente:

—Atrás, amigos. Y si quieren pasar, pasen pronto por la otra acera. Yo no les atajo el paso.

—Quien se va á largar eres tú—contestó entonces con voz destemplada y ronca uno de aquellos espantajos. ¡Ea... pies en polvorosa, si no quieres que te zurre la badana!

La réplica de Miguel fué sacar la espada y caer sobre el desconocido, el cual no era torpe, y, encontrando imprevista resistencia, trataba de herir de todos modos, menudeando las estocadas con incansable fuerza de brazo y con alguna destreza. Por dicha era mucho mayor la destreza de Miguel, y paraba siempre con calma y primor inverosímiles en mozo tan de corta edad y de tan dulce aspecto.

Todo fué rápido: obra de tres ó cuatro minutos. Las estocadas que dió el jaque, si no se hubieran quedado en el aire, hubieran podido poblar un gran cementerio. Miguel, por lo pronto, se limitaba á parar y no respondía. Al fin, el jaque se echó á fondo con tan descompuesta furia, que se descubrió sin atinar á reponerse. Miguel paró bien, y con cierto desdén de gran maestro y para terminar el lance con poca tragedia, atravesó al jaque el brazo, del cual, mal herido, se le cayó la espada.

El jaque fué entonces quien echó á correr, abandonando el campo y dejando en él un reguero de sangre.

El otro desconocido, que era, según se supo después, el secretario de D. Hermodoro, aunque estaba con la espada desnuda, ó porque no tuvo tiempo, ó de pura longanimidad, no la había esgrimido: y, apenas vió que huía su valeroso compañero, cuando consideró que no era vergüenza el huir y trató de imitarle. Con turbación no pequeña anduvo algo lento y vacilante, y Miguel tuvo tiempo de llegar hasta él y de sacudirle de plano con la espada dos ó tres azotes, diciéndole: «¡Arre! ¡arre!» como si fuese una acémila.

Despejada ya la calle, Miguel recogió la espada caída y se la trajo á Calitea, quien había presenciado el suceso, harto sobresaltada al principio y después maravillada y complacida hasta lo sumo.

—Guarda esa arma—dijo el galán—y cuélgala en tu cuarto como trofeo.

Recibió Calitea la espada entre risa y lágrimas, y con impulso irresistible sacó ambos brazos á través de la reja, cogió entre sus manos la cabeza del mozo, se la acercó cuanto pudo, y cubrió de precipitados besos su frente, sus mejillas, sus párpados y sus bucles de oro.

—¡Viva! ¡Viva! ¡Hermoso mío! Señor y rey de mi alma! Pero... vaya... es necedad... es delirio... no, no quiero que expongas tu vida... sin razón y sin gloria. Esta calle es medrosa y solitaria á altas horas de la noche. No volveré á salir á la reja. Ven á casa de día. Mi madre te aguantará; no te pondrá mala cara: acabará por quererte como yo te quiero. Las vecinas, ¿qué importa que te vean? ¿Es pecado tener novio?

Hablaba Calitea tan á escape, que Miguel no podía interponer palabra.

De repente lanzó Calitea un grito de terror.

—Mira, mira, es un tropel de rufianes, de asesinos, que vienen contra ti.

En efecto; eran seis los jaques que en silencio y en buen orden de batalla avanzaban entonces.

El secretario, á retaguardia, los seguía, anhelando vengarse de los azotes.

Había tenido de reserva á toda aquella gente en una taberna cercana, y había venido nada más que con uno la primera vez, creyendo la empresa fácil y á fin de recoger solo los laureles. Ahora acudía con todas sus fuerzas, menos el que en la taberna quedaba herido.

—No te asustes, Calitea—dijo Miguel—ya te probé que no soy manco. Ahora te probaré que tampoco soy tonto. ¿Para qué aventurarme contra media docena de matones?

—Huye—exclamó ella.

—Eso no, pues no faltaba más—repuso Miguel, y tocó un silbato, que sonó agudamente en el silencio de la noche.

—Lejos para no estorbar y cerca para acudir en sazón, me guardan las espaldas las dos mejores espadas de este reino— añadió sin quedar ocioso mientras hablaba; porque se lió la capa al brazo izquierdo, desenvainó la espada, se puso en guardia y aguardó la acometida; amparando la espalda contra la reja misma, detrás de la cual se agitaba Calitea como furiosa y enjaulada leona. Hubiera salido á la calle, á gritar, á pedir socorro, á defender á su amigo sin saber de qué suerte, si no guardase la llave de la puerta su madre, que dormía encerrada y que solía acostarse del lado no sordo y no despertaba aunque el universo se hundiese.

Calitea apelaba al único recurso que se le ofrecía; y, como si su voz tuviese poder de aterrar, gritaba á los jaques:

—¡Atrás, infames! ¡Atrás, cobardes asesinos!

Luego con más altos gritos, clamaba:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que me le van á matar!

No porque la hubiesen oído, sino porque oyeron el silbato, dos hombres aparecieron por la dirección opuesta á la que los jaques habían traído.

Estos cercaban ya á Miguel. Algunos llevaban broqueles: otros esgrimían espada y daga.

Toda la agilidad portentosa de Miguel hubiera sido inútil, si no acude tan pronto la gente que llamó en su auxilio.

—Hola—dijo cuando los vió :—á mí, Leoncio; á mí, Tristán, y sacudid recio.

Brava pelea se trabó entonces.

La imprevista llegada de aquellos dos hombres aturdió y descompuso la banda de los que cercaban á Miguel.

El secretario, que se había quedado detrás para exponerse menos, fué el primero sobre quien cayó uno de los recién llegados; pero el secretario, en vez de defenderse, se puso en fuga, y, como si le brotasen alas en los pies, desapareció volando de aquella, en su ya trocado sentir, horrorosa escena. Nadie le persiguió, porque había que acudir á mayor peligro y vencer á contrarios de más alientos.

Pronto se repusieron los jaques del desorden ocasionado por la sorpresa. También ellos tenían su negra honrilla, y eran seis contra tres. Bien notaron en seguida que eran estos tres tan diestros como valientes; pero en la retirada, á más de la vergüenza, había acaso, con tan obstinados contrarios, no menor peligro que en resistir.

La continuación de la batalla se hizo, pues, inevitable, si bien tomó aspecto muy otro del que al empezar presentaba.

Sin más pérdida que la leve herida de uno de ellos, los jaques se replegaron hacia la acera opuesta, haciendo cara á los tres que ahora en fila los atacaban.

Grandes desgracias y muertes hubiera habido allí, ya que nadie acudía á separar á los combatientes, á pesar del estruendo que metían con el choque y el ludir de las espadas, con el crujir y restallar de los golpes en los broqueles, y con sus muchos reniegos y maldiciones, si el tabernero, que era avisado y piadoso, al ver al herido que le dejaban en casa, y al notar que los otros jaques iban resueltos á proseguir la riña para tomar el desquite, no hubiera salido á escape y dado cuenta de todo al señor corregidor, el cual, por extraordinario, andaba rondando la ciudad con gente de armas de á pie y de á caballo. La misma asistencia del señor corregidor en la ronda hacía presumir al tabernero, que todo lo olía y todo lo calculaba, que pudiera recelarse algo grave.

En efecto, el corregidor acudió al lugar de la batalla con la mayor diligencia. La calle se puso de bote en bote, rebo-sando de corchetes y de alguaciles.

Ambas huestes beligerantes depusieron las armas y se rindieron á la autoridad.

El corregidor, personaje de muchas campanillas, como que había sido nada menos que ayo del rey, se apeó del caballo que montaba y se dió á buscar á alguien, como si buscase al peor de los alborotadores.

Miguel, recatándose, se había refugiado al pie de la ventana de Calitea.

El corregidor llegó allí, se dirigió á Miguel é hizo ademán de ir á agarrarle por una oreja.

Miguel le dió un empujón, y le dijo riendo:

—¡Estate quieto, viejo chocho!

Entonces el corregidor, en vez de agarrarle la oreja, le tomó la mano y se la besó, lleno de profundo respeto.

Sorprendida oyó Calitea, aunque pronunciado en voz baja, el diálogo siguiente:

—¿Y cómo no he de estar chocho, señor, cuando, ni tu augusta madre, ni las señoras infantas, tus hermanas, me dejan en paz un instante, desde hace algunos días? Saben que todas las noches te escapabas de palacio, y no vuelves hasta las dos ó más tarde: ignoran dónde vas, y se afligen con el temor de que ocurra el mayor de los infortunios. Por tu culpa ando yo de ronda á mis años. Ganas me dan de ser insolente contigo, y de llamarte el príncipe de menos juicio que hay sobre la tierra.

—¡Bueno! Echame un sermón ahora, como cuando me tomabas la lección y yo no la sabía; pero déjate de averiguaciones y castigos. A esos galopines que han peleado contra mí, que se los lleven á dormir á la cárcel, pero que los traten bien y que les den de cenar y libertad mañana. Así lo quiero y lo ordeno. Que no sepan de fijo, aunque lo sospechen, que han cruzado conmigo las espadas.

—Y gracias á Dios que llegué á tiempo.

—¡Gracias á Dios! Pero también sin ti hubiéramos salido airoso. Vete ya con tu gente y déjame.

—Pero señor, ¿por qué no te vuelves á palacio? ¿Por qué eres tan poco prudente?

—Vete, te digo.

—¿Y á quién dejo por aquí?

—A nadie. Me basta y me sobra con Tristán y Leoncio.

—Señor, ¿te recogerás pronto? ¿Escarmentarás?

—No escarmentaré; pero me recogeré antes de media hora, si me dejas. Vete: ya sabes que te quiero mucho; pero

déjame en paz. Mi madre y mis hermanas se irán acostumbrando á mis vuelos y los tomarán con más calma en lo sucesivo.

A poco de terminar esta conversación, la calle se veía otra vez sin gente y muy tranquila. El rey estaba solo á la reja de Calitea.

VIII

Mucho me alegraría yo de poder evitarlo ó remediarlo, pero no parece sino que el mismo diablo lo hace, á fin de que me caiga encima, con algún fundamento, la censura de varios críticos que acusan á mis heroínas de que discretean demasiado. Sólo diré, y válgame por disculpa, que yo no he inventado esta historia: que esta historia es verdaderamente popular y tradicional; y que no es sólo á D. Juan Fresco á quien se la he oído, sino también á gañanes y á mujeres del pueblo. Todos, con más ó menos arte, prestaban á Calitea los sentimientos y pensamientos que voy á expresar aquí.

Sobre ser ella discretísima, era decidida, imperiosa, y en el hablar no menos expedita que doña Eduvigis, aunque mil veces más oportuna. Hablaba asimismo tan briosa y rápidamente, si alguna pasión la agitaba, que no había medio de interrumpirla ni de contradecirla. Era menester oirla hasta el fin sin desplegar los labios.

No se extrañe, pues, que Miguel, en quien hemos descubierto tan egregia persona, escuchase á Calitea en silencio, aunque impaciente, y que ella, con acento conmovido, pero con entereza, se expresase así:

—Mi señor y rey: No califiques, por Dios, de desacato la noble libertad de mis palabras. No te ofendas aunque te lo diga: tú me has engañado taimadamente; pero no me quejo: te lo perdono: es más, te lo agradezco con toda mi alma. No hu-

bieran nacido en ella sin tu engaño tan risueñas esperanzas. Sin tu engaño jamás la hubieran hechizado tan celestiales ensueños. Muy triste es el despertar y el volver á la realidad de la vida: pero yo tendré valor para sufrirlo todo. Quiero suponer que, enamorada de ti, fuese yo capaz de perder el pudor y la vergüenza; de echar á rodar mi reputación y mi recato; de desafiar la ira del cielo; de faltar á todos los mandamientos divinos. No hablaré, pues, ni de religión, ni de moral, ni de honra. No me jactaré de mi virtud, ni de mi honestidad, ni de mi soberbia siquiera. Todo voy á darlo en este momento como perdido por causa tuya. Aún hay algo que es imposible dar por perdido. No: yo no me resignaré jamás á transformar la peregrina historia, que me había forjado, en el más vil, ordinario y rastrero de los sucesos. No puedo ser ya, primero tu guía, casi tu iniciadora, ni el estímulo de tu ambición, ni la causa de tu elevación, y tu mujer legítima luego: pero no me allanaré ni me humillaré nunca hasta ser tu manceba. No me vuelvas á ver. No me busques. No turbes la paz de mi pecho. Sea un sueño para ti lo que entre nosotros ha pasado. Mi resolución es firme é inquebrantable. Yo pensaré en ti, y te recordaré y amaré tu recuerdo, como algo que no es real ni de esta esfera y mundo en que vivimos, sino de otros mundos inasequibles y de regiones remotas y aéreas, donde los duendes y las hadas habitan. Pero en este mundo real, bien puedes darme por muerta para ti, porque yo, señor, por muerto, por desvanecido y por hundido, te tengo. ¡Adiós para siempre!

Así dijo; y, sin aguardar contestación, se retiró Calitea de la ventana y cerró las puertas de madera.

El rey se quedó en la calle atortolado y confuso.

JUAN VALERA.

(Se concluirá.)

LA HIJUELA DEL PARNASILLO

I

El *Parnasillo* ha tenido, como debía tenerlos, sus cronistas y sus historiadores... ¡Y qué historiadores! ¡¡Y qué cronistas!! Del célebre café, ó para hablar con más exactitud, de la botillería famosa, en que se reunieron tantas veces nuestros grandes poetas del segundo tercio de este siglo (y aun del primer tercio y todo), han dejado descripciones y noticias imperecederas los más insignes prosistas de aquella época misma.

El *Parnasillo*, merced á esas noticias y á esas descripciones, y gracias á infinitas referencias que, más ó menos indirectamente, hicieron en las páginas de sus obras novelistas, biógrafos, críticos y hasta dramaturgos, vive y vivirá eternamente...; se trata, por supuesto, de una eternidad relativa. Para los que sin haber alcanzado aquellos tiempos, conocimos de vista y aun tuvimos la honra de tratar á muchos de los aludidos poetas, el *Parnasillo*, no había sido una tertulia, sino casi una institución. Los amantes de nuestras glorias literarias no pueden menos de mirar como respetabilísimo *Areópago* una reunión de celebridades, en la que alcanzaba protección un joven desconocido á quien nombraban *Antonio García Gutiérrez*, y donde se admitía con benevolencia á un tal

Pepe Zorrilla, muchacho que, de no malograrse, había de hacer algo bueno.

De cómo se formó el Parnasillo nada sabemos; cuantos de él dicen alguna cosa, lo dan ya como existente. De cómo terminó su vida, tampoco estamos enterados; las alusiones, las anécdotas con él relacionadas se interrumpen bruscamente desde que el conde de San Luis, protector decidido de literatos y de poetas, mejoró las condiciones, nada envidiables por cierto, en que vivían los españoles dedicados al cultivo de las letras.

En la *Historia de España* de Lafuente, continuada por Valera (1), se lee lo siguiente:

«Pronto, antes de la muerte de Fernando VII, se fundó como un club ó círculo de poetas y de literatos, donde se trataban y daban á conocer entre sí, tanto los ya famosos como los que aspiraban á serlo.

»Este círculo estuvo, durante muchos años, en el pequeño café del Príncipe, que vino á llamarse por esto el Parnasillo. Allí asistieron y por allí pasaron los más de cuantos ya descollaban ó descollaron después en las letras, en la política, en el foro, en la tribuna y en las artes. Allí se daban los títulos de poeta que en el teatro contiguo solían conquistarse.»

Del Parnasillo salió el proyecto de la fundación del *Ateneo*; del Parnasillo salió también la apertura del Liceo, pero ni aquel centro que todavía existe, ni la gran boga que logró *El Liceo*, del cual hoy casi no queda ni memoria, fueron causa inmediata de que se disolviese el Parnasillo.

No; ni las veladas literarias y artísticas del Liceo, ni las científicas discusiones de los ateneistas podían disolver una tertulia, que en 1834 había celebrado el triunfo conseguido por Martínez de la Rosa con su drama romántico *La Conjuración de Venecia*, y en 1835 la aparición de *Don Alvaro*, de D. Angel

(1) Barcelona: Montaner y Simón, editores; 1890, tomo xxii, página 295.

Saavedra, y en 1836 la victoria alcanzada por García Gutiérrez con el *Trovador* y en 1837 la aparición de Hartzenbusch con su hermosa obra *Los Amantes de Teruel*.

Por generación espontánea, si vale expresarse de este modo, hubo de nacer el Parnasillo, y de muerte natural falleció sin duda cuando achaques de la vejez en muchos contertulios y ocupaciones en otros comenzaron á producir el alejamiento de éstos y de aquéllos y concluyeron por relajar los lazos del cariño casi fraternal, que tenía unidos en años anteriores á los ancianos como Bartolomé J. Gallardo, José Carnerero, Alberto Lista, Grimaldi, con los muchachos García Gutierrez, Zorrilla, Ventura de la Vega, Rodríguez Rubí y Roca de Togores.

No sé si el insigne Adelardo Ayala y el inolvidable Eulogio Florentino Sanz y nuestro gran Tamayo, alcanzaron todavía las tertulias del Parnasillo; para mí tengo que si las alcanzaron, asistieron á sus postrimerías.

II

Muertos muchos de los asiduos concurrentes al Parnasillo, achacosos otros, ausentes muchos, arrebatados bastantes por el violento alud de los acontecimientos políticos de 1854, primer relámpago de la deshecha tempestad que, catorce años después, había de producir la caída de un trono y el triunfo definitivo de las ideas democráticas—sembradas allende los mares por los colonos de la poderosa Inglaterra sublevados contra la metrópoli, recogidas por los revolucionarios franceses y propagadas por ellos en toda Europa en una labor constante de más de medio siglo,—compréndese bien que las reuniones puramente literarias del *Cafetín del Príncipe* perdieran sus más poderosos atractivos. La política lo absorbía todo, y ade-

más todo lo enconaba. El cultivo de la literatura, como profesión única, estaba aún muy lejos de ser provechoso, á pesar de la protección que, como es sabido, quiso dispensarle el conde de San Luis, cuyos excelentes propósitos ni llegaron á ser del todo realizados por el iniciador, ni tuvieron continuadores.

Refiriéndose á la situación de la literatura patria en los primeros años del reinado de Isabel II, dice el ya citado historiador:

«El desdén con que Fernando VII había mirado las ciencias y la literatura, el recelo con que le acusan de haber considerado los estudios serios, cerrando en ocasión las Universidades y abriendo escuelas de tauromaquia, y el poco estímulo que se dió durante su reinado, á todo trabajo de especulación y de imaginación, todo esto paralizó el ingenio de los españoles, mas no logró secarlo. Se diría que lo tuvo represado como fuente cuyos caños se tapan.»

De los gobiernos de Isabel II no puede decirse, en justicia, lo mismo; pero, con excepciones muy contadas y, por lo tanto, muy honrosas, entre las cuales debe ser mentada en primer término la del ya nombrado conde de San Luis, no hicieron los ministros constitucionales en pro de la patria literatura mucho más que Fernando VII. Aun el mismo Sartorius y los pocos en quienes se vió el decidido empeño de oficiar de Mecenas, solamente hallaron para proteger las letras el fácil recurso de emplear en las oficinas del Estado á los literatos, llevando á los que para ello tenían condiciones y aptitudes, desde los tranquilos y apacibles campos de la poesía, al terreno quebrado y agreste de la política.

Y ¡cuántos, cuántos que acaso habrían dado días de gloria á nuestra escena, pasaron por ella con deplorable rapidez y desaparecieron arrastrados por la impetuosa corriente de los acontecimientos políticos!

Cierto, muy cierto que no todo serían pérdidas en aquellos cambios de rumbo de muchas inclinaciones; todavía re-

cuerdo que, en las columnas de un famosísimo periódico, *El Padre Cobos*, apareció por los años 1855 la siguiente noticia comentada, con toda la gracia y toda la mala intención que constituían lo más característico de aquel semanario:

«Los señores (aquí los nombres que omito, porque no hacen falta para el caso, y porque si alguien desea conocerlos puede buscarlos en la colección de *El Padre Cobos*) Don Fulano de Tal y Don Perengano de Cual, han decidido abandonar el cultivo de las letras, para dedicarse á la política.

»Mucho gana con esto la política; pero, ¡oh dolor!, mucho más ganan las letras.»

No sé, ni me importa, si en los casos á los cuales *El Padre Cobos* se refería, ganaron las letras con la retirada de aquellos cultivadores; pero estoy seguro de que en muchas ocasiones fué un bien para todos que ciertos aficionados á la literatura y á la poesía emprendieran derroteros distintos en que dar empleo á su aplicación ó á su diligencia.

Esas causas y otras muchas, cuya averiguación no es de este sitio (ni en todo caso sería de mi competencia), debieron de producir la disolución de aquella tertulia, de memoria venerada. Los sucesos de 1854, perturbando muy hondamente la manera de ser de la sociedad española, trajeron á la vida del país elementos nuevos y sacaron á luz la *joven democracia* con tanto entusiasmo saludada entonces por González Brabo. Muchachos de mucho porvenir, de grandes alientos, de aspiraciones nobles, entusiastas y decididos, que se llamaban Emilio Castelar, Cristino Martos, Francisco Pi y Margall, Nicolás Rivero, Cánovas del Castillo y muchos otros contribuyeron con su palabra elocuente en las reuniones públicas, con su pluma en los periódicos, á imprimir caracteres de *modernismo* (dicho sea con perdón de la *Academia Española*) al movimiento iniciado por los *doce hombres de corazón*, en el Campo de Guardias, y secundado pocos días después por las masas populares.

Por aquel entonces no existían ya ni el famoso y benemérito Grimaldi, ni Bartolomé José Gallardo, ni Estébanez Calderón;

habíanse lanzado resueltamente á la política los Campoamor, los Pastor Díaz, los Gil y Zárate; Arolas estaba retraído, Tassara desempeñaba funciones diplomáticas en no sé qué Estado de América, Bretón de los Herreros apenas salía de la Academia Española, que lo había nombrado su secretario perpetuo. Con Alcalá Galiano, alma y vida del Ateneo, con Martínez de la Rosa, secuestrado en el Congreso, con el duque de Rivas, solicitado por tareas ministeriales, con D. A. Durán y D. Juan Eugenio Hartzenbusch, recluidos en su querida Biblioteca Nacional, con García Gutiérrez, nombrado poco después director del Museo Arqueológico, no era posible contar para el sostenimiento de aquella tertulia que por sí misma murió, como por sí misma y espontáneamente había nacido.

Para los viejos, para los valetudinarios, para los que habían dado á su tiempo y á su país cuanto podían darle, aquellas visitas al café del Príncipe, aquellas animadas controversias en que lo literario iba casi siempre mezclado con lo política, eran demasiado; para los jóvenes, para los recién llegados exuberantes de vida, con todo el vigor de la savia nueva y de las nuevas ideas, aquellas discusiones ante un auditorio de media docena de oyentes, en un recinto estrecho y ruin, eran muy poco. Los viejos, por consiguiente, abandonaron, uno tras otro, aquella reunión en que no podían reverdecer las glorias de otros tiempos, ni reproducirse encantos que habían pasado para no volver; los jóvenes llevaron y esparcieron el verbo de la revolución política y literaria por las cátedras del Ateneo, por las tribunas de los clubs... y el cafetillo del teatro del Príncipe (que ya no se llamaba del Príncipe, sino Español) quedó desierto; solamente se veía concurrido por escritores y artistas, por literatos y poetas en las noches de *estreno*; como templo solitario en que únicamente resuenan las notas del órgano y se oyen las preces del sacerdote y se aspira el perfume del incienso en días solemnes consagrados por la Iglesia al santo á quien en aquel sitio se rinde culto.

No todos los asiduos y constantes contertulianos del Parna-

sillo eran tan viejos y tan achacosos que hubiesen de renunciar de grado ó por fuerza al trato con amigos y compañeros; ni tan entusiastas de la política y de sus azares que huyesen de toda reunión literaria. Residuos de aquella tertulia del café del Príncipe y residuos de gran valer, quedaron, según la locución vulgar, como sin sombra, cuando el Parnasillo comenzó á venir á menos y recorriendo breve período de decadencia acabó por desaparecer lo mismo que desaparecen todas las instituciones humanas.

Aquellos residuos formaron el núcleo de una agrupación nueva, y alrededor de ese núcleo se agregaron muchos jóvenes, á la sazón completamente desconocidos, pero que empezaban entonces con el ardimiento y con la fe propios de la juventud su carrera de periodistas ó de literatos.

Las manifestaciones de la vida literaria eran entonces más numerosas que antes lo habían sido; los horizontes abiertos al escritor más dilatados, y la profesión del periodismo comenzaba á ser, si no como fin—porque á eso no había llegado todavía—como medio, una de las más apetecibles para los que soñaban con carreras gloriosas y rápidos encumbramientos.

A esa agrupación formada por los rezagados, ó lo que tal vez sea más exacto, por los perseverantes contertulios del café del Príncipe y por la nueva generación literaria que, en rededor de aquellos representantes de *anteriores promociones*, se había formado, le doy la denominación, que no sé si es muy propia, pero que me parece significativa, de *La Hijuela del Parnasillo*.

III

LA HIJUELA DEL PARNASILLO celebraba sus reuniones, que eran diarias y solían durar catorce ó quince horas, en el café Suizo.

Allí, en lo que ahora solemos llamar el *Suizo Viejo*, porque posteriormente á la época de que hablo se abrió al público el *Suizo Nuevo* (que ya no es *Suizo*, sino *El Diván*, según tengo entendido), á la derecha de la entrada y en rededor de las mesas próximas á la puerta que hoy da acceso á la repostería y al salón de señoras, estaban siempre desde la una de la tarde hasta las dos de la madrugada,—ó algo más cuando ocurrían sucesos extraordinarios,—varios representantes de la literatura, del periodismo ó de las artes.

Claro es que esos representantes no eran los mismos á todas horas; unos entraban y salían otros; éstos eran relevados por aquéllos, como se relevan los individuos de ciertas hermandades para alumbrar al Señor en las Cuarenta Horas; pero había algunos aficionados que estaban en todas las guardias y no se dejaban relevar.

En determinados días y en determinadas horas de cada día era más numerosa la concurrencia; pero en cualquier día y á cualquiera hora, estaba seguro, quien allí fuese, de encontrar en su puesto á los constantes.

Por la tarde, desde la una hasta las tres; por la noche, después de las ocho y hasta las ocho y media ó las nueve, y después de la salida de los teatros acudían al café la mayor parte de los contertulios, y el número de ellas aumentaba considerablemente, en los días de toros, poco antes de la corrida; y en las noches de estreno, poco después de la función.

La tertulia de última hora no la tenía fija para abandonar el café. Uno á uno iban despidiéndose los poco trasnochadores y allí permanecían los demás hasta que los camareros comenzaban á limpiar la vajilla y á disminuir la luz y á cerrar ventanas y puertas.

Salían entonces aquellos parroquianos de última hora en bullicioso grupo, que proseguía en la calle la discusión, casi siempre literaria, política algunas veces, en muy pocas ocasiones científica, iniciada en el café acaso en las primeras horas de la tarde.

Y así, andando y discutiendo, ya deteniéndose algunos minutos en mitad de la acera donde á nadie estorbaban, ó en medio del arroyo donde ningún carruaje había de incomodarles; ya continuando sin rumbo fijo y á la ventura su camino; bien encaminándose á la *Rueda*, establecimiento que ya no existe, como que ni siquiera existe el callejón de Peligros en que se hallaba, bien al *Casinillo*, según trataban de tomar un sencillo chocolate ó de cenar opíparamente y sin grandes dispendios; unas veces acompañando todos al que vivía más lejos, el cual en muchos casos desde la puerta misma de su casa se volvía para acompañar á los otros, *hacían tiempo* hasta que los barrenderos de la villa, levantando por todas partes nubes de polvo, anunciaban, poco poéticamente por cierto, la proximidad de la blanca aurora y hacían de todo punto imposible la permanencia en la vía pública.

La aparición de los barrenderos y el trotecillo de las burras de leche venían á ser la voz de mando: «rompan filas», y ponían brusco acabamiento á tales veladas.

He hablado de *La Rueda* y de EL CASINILLO. *La Rueda* era un establecimiento que permanecía abierto á toda hora, y en cuya puerta había un farol, en el cual aparecía, con caracteres muy visibles, esta leyenda: *En diez minutos se sirve chocolate*. Los diez minutos solían ser treinta, y el chocolate solía no ser chocolate; pero el consumidor, que á tales horas no tenía otros establecimientos adonde acudir, aceptaba resignado lo que allí le daban, y cuando se lo daban. Pero entiéndase bien que se lo daban previo el pago del chocolate pedido.

El Casinillo ó *La cocinilla del Casino*, como otros lo llamaban, era eso precisamente: la cocina ó la *antecocina* del Casino de Madrid. A dicha cocina se entraba por la calle de Gitanos (hoy Arlabán), y allí, mediante el desembolso de una cantidad relativamente módica, era posible cenar muy bien algunas noches. Como que aquellas cenas estaban aliñadas y dirigidas nada menos que por el personal de cocineros, subcocineros, pinches, etc., etc., del Casino de Madrid, al frente de los cua-

les figuraba siempre una celebridad culinaria como el insigne Farrugia ú otro de igual ó superior jerarquía en el arte de Brillat-Savarin.

Si los socios del susodicho Casino consumían todas las provisiones que para su servicio había llevado el jefe de cocina, los parroquianos del *Casinillo* se quedaban sin cenar; pero si, como ocurría casi siempre, las provisiones no se habían agotado, allí estaban á disposición de los concurrentes de última hora.

Muchas veces, en la mayor parte de las noches, sucedía que el consumidor no podía escoger, y se limitaba á tomar lo que el cocinero le daba; pero como todo era bueno, *de confianza*, y estaba bien hecho, no era esa dificultad de mucha monta.

No eran, sin embargo, esos momentos del amanecer, ni la hora de buscar cena, los más á propósito para estudiar lo que he denominado *La Hijuela del Parnasillo*.

Al grupo de esos trasnochadores, muchos de los cuales alardeaban de continuar la tradición de la *bohemia literaria*, (hasta el punto de que uno de sus representantes más conspicuos y más justamente celebrados, el insigne *Floro, Moro, Godo* (1), se llamaba á sí mismo, en son de broma, *Rey de los bohemios*); pertenecían algunos de los concurrentes al Suizo; pero no todos. Ese grupo constituía, por la tanto, lo que podría ser clasificado como una variedad de la especie y dar asunto para otro examen ó para un estudio distinto. En la reunión que, para proceder lógicamente, trato de tomar en conjunto, había trasnochadores y había también madrugadores; conocí á muchos que se acostaban al alba, y traté á otros muchos que con el alba se levantaban; supe de aficionados al juego y oí hablar de algunos á quienes el juego no agradó nunca. Allí, en la reunión constantemente renovada del Suizo,

(1) D. Florencio Moreno Godino, inspirado poeta, de mucha entonación y gran fibra; excelente prosista y conocido literato, con cuya firma se honran aún en esta época muchas publicaciones importantes.

sólo había artistas y literatos; allí iban el inolvidable Ortego, cuyas caricaturas alcanzaron justa popularidad, y el buen Perea, el dibujante mudo, que se hacía entender mejor que los que hablaban mucho. Allí estaban con frecuencia Casado del Alisal y Antonio Gisbert y Sans, que entonces comenzaban á ser famosos y que tanto habían de serlo después.

Contertulios eran entonces, ó lo fueron después (en un período que no bajó de catorce años), Manolito Palacio, el poeta popularísimo de los periódicos democráticos; el ingenioso Luis Rivera, el incisivo é inimitable Roberto Robert; el ocurrente Ramón Rodríguez Correa, á quien todos sus amigos llamaban entonces, y han seguido llamando, Correita (1); el antes mencionado Florencio Moreno Godino y su inseparable el agudísimo Ulpiano Segarra Balmaseda; Eduardo de Inza, uno de los hombres de conversación más chispeante que he conocido, y que sólo puedo comparar, por la espontaneidad y por la abundancia con que brotaban los chistes de aquellos labios nunca cerrados, con nuestro Luis Taboada de hoy; si bien este *causeur* de ahora tiene la ventaja de que también es chistoso escribiendo, y Eduardo de Inza solamente lo era hablando; pero hablando lo era muchísimo.

Y recordando aquellos chistes, ¿cómo no decir algo de los innumerables que, á granel, surgían en rededor de aquellos veladores de mármol? Muchos de ellos, la mayor parte de ellos se han perdido; cuantos los oíamos los celebrábamos con ruidosas carcajadas, que muchas veces terminaban para volver á comenzar, y los olvidábamos después. Los mismos que los habían dicho eran los primeros en olvidarlos. No era aquella

(1) Después de escritas estas líneas ha fallecido *Ramón Correa*, el autor de la preciosa novela *ROSAS Y PERROS*; muy deplorable es para mí que la premura del tiempo concedido á la corrección de pruebas haga imposible consagrar mayor espacio á la grata memoria del que murió siendo *oficialmente*: Consejero de Estado, Ilmo. Sr., caballero de no sé cuántas órdenes; pero que fué siempre para sus amigos que tanto le queríamos, *Correita*.

época la de los ocurrentes y chispeantes de oficio que están empollando como gallina clueca durante mucho tiempo las agudezas que desean *improvisar* en determinado día, y que, para hacer que venga á cuento su improvisación, tienen que apelar al conocido recurso del que preguntaba á los circunstantes: «¿No han oído Vds. un tiro?»; y que seguía diciendo, luego de afirmar todos no haber oído nada: «pues, á propósito de tiro...», y enjaretaba su relación. Ni Roberto Robert, ni Ulpiano Segarra, ni Eduardo Inza, ni Marcos Zapata, presumían de graciosos; quizá—y sin quizá—nunca supieron que lo eran, y solamente llegaron á sospecharlo á fuerza de oírlo decir á los otros. Eran graciosos—lo mismo que todos los que lo son de veras—como era poeta Ovidio, ó como hablaba en prosa, sin enterarse, el personaje de Molière. Capaces habrían sido de estarse toda la vida diciendo chistes sin caer en la cuenta de que tuviera gracia lo que decían.

Muchos de esos chistes, ya lo he dicho, se dieron por todos al olvido, y perdidos están en su mayor parte. Algunos, más afortunados—si esto es fortuna—fueron recogidos por algún curioso que después los *encajó* como de cosecha propia en tal periódico festivo, ó en cual colección de chascarrillos, como *Las Mil y una barbaridades*, ó *El Libro de los chistes*, ó *La Floresta del ingenio*, ó *El Tesoro de epigramas*, etc., etc., porque son innumerables los libros y folletos de esa índole que en España se han publicado tomando como punto de partida *El Sobremesa* ó *Alivio de caminantes*, de Timoneda.

IV

Por aquellos años existían en Madrid dos tertulias de café que disfrutaban verdadera celebridad: la de los literatos, en el *Suizo*; la de los políticos, en la *Iberia*.

Se hablaba de crisis ministerial, se procesaba á un perio-

dista ó bien lo encarcelaban ó lo deportaban sin procesarle, procedimiento más rápido y más sencillo, y, por consiguiente, más al uso entonces; circulaban noticias misteriosas de próximas alteraciones del orden público; susurrábase algo de pronunciamientos militares, y al café de la Iberia acudían los políticos de profesión que, con sus conversación y sus comentarios, producían zumbido semejante al de un enjambre numerosísimo de abejas colosales. Se disponía el estreno de una obra dramática, fracasaba una comedia de autor célebre, se trataba de la aparición de un periódico nuevo ó de la publicación de un libro de versos, y animábase extraordinariamente el café Suizo, donde solían verse entonces caras que no se veían allí casi nunca. Individuos había que eran ambidextros, quiero decir, que pertenecían á la una agrupación y á la otra; tales eran por ejemplo, los redactores del periódico *Gil Blas*, que como políticos concurrían á la *Iberia* y como literatos al *Suizo*; aunque, á decir verdad, más á su gusto y más en su sitio se hallaban en este café que en el otro.

Del café de la Iberia, de aquellas tertulias políticas, porque eran varias, á las que concurrían entre otras personas graves y de respetabilidad, D. Cirilo Alvarez, Olózaga, Escosura, y á que asistían también chicos brillantes y de grandes esperanzas como Paco Silvela, Santiago de Liniers, Pepe Herranz, nada quiero decir (aunque podría decirse mucho y muy curioso), porque aquellas tertulias no eran ya *hijuelas* del Parnasillo. La verdadera, la legítima heredera de aquel Parnasillo, fué sin duda la que formaban en aquel rincón del café Suizo; Correíta y Roberto Robert, Eduardo Inza y Florencio Moreno Godino, Manolo Palacio y Luis Rivera, Pellicer y Forteza, Fernández Bremón y Antonio Ramiro, Eusebio Blasco y el Doctor Thebussem (cuando *per accidens* se encontraba Madrid), Manuel Matoses y Enrique Pérez Escrich, Ulpiano Segarra y Puente y Brañas... y muchos más, porque la enumeración resultaría interminable, y no es posible mencionarlos á todos cuando, como estoy haciéndolo ahora, se escribe de memoria.

Pertenecían además al grupo muchos literatos que, ya por deficiencia de su salud, ya por ocupaciones de que no les era dable prescindir, ya por otros motivos, concurrían al café muy de tarde en tarde. Tal sucedía, por ejemplo, con el insigne Narciso Serra, que, poco tiempo después, se vió casi imposibilitado de salir de casa; otro tanto pasaba á Cazorro, á Cisneros, á Pérez Cossío (el Doctor) y á muchos otros que, ora alejados de Madrid por razón de sus cargos, ora obligados á cumplir obligaciones como periodistas, visitaban poco asiduamente á sus compañeros del Suizo, donde eran acogidos siempre con francas y ruidosas y expresivas manifestaciones de cariño.

¡Y cuánto ingenio y cuánto donaire y cuánta sal se derrochaba en aquel círculo reducido!

Muchos de aquellos chistes, muchas de aquellas ocurrencias, puede afirmarse que la mayor parte de ellos, por referirse á circunstancias del momento, aun siendo muy ingeniosas y de gracia peregrina, perdieron su oportunidad, y hoy no sería posible reproducirlas con buen resultado; algunos cuentos, en que eran protagonistas varios personajes de entonces, personajes cuya injustificada notoriedad se ha desvanecido, carecerían ahora de la salsa picante que por entonces les prestaron las circunstancias; numerosos chascarrillos de los allí improvisados, y que por su carácter general son aprovechables en toda época, se han repetido mil y mil y mil veces en gacetillas de periódicos, cuando había gacetilleros, ó en la sección de *casos y cosas*, y otras análogas, cuando se suprimió la gacetilla.

Como hubo un escritor español que, impulsado por el patriotismo, recabó para su país la paternidad del libro *Gil Blas de Santillana*, que pasaba como escrito por Lesage, así podría salir un ex-tertuliano del café Suizo, que entresacara de esos centenares de chascarrillos y casos y cosas, y aun chistes de *teatro chico*, los que fueron inventados por algún concurrente á la reunión aquella, y celebrados y aplaudidos por todos los otros.

Pero ese trabajo, sobre ser muy difícil, casi irrealizable, no conduciría á nada. Muchos de los que aquellas gracias dijeron han muerto ya; si murieron famosos y celebrados, una docena más de chistes en el arsenal de los suyos no había de aumentar su fama; si abandonaron esta vida oscuros ú olvidados, no habría de sacarles de esa oscuridad y de ese olvido la noticia, algo trasnochada, de que habían dicho cosas muy graciosas en un círculo de amigos. Por otra parte, desde Ulpiano Segarra hasta Eduardo Inza, desde Roberto Robert hasta Marcos Zapata, no hubo uno solo que diera importancia á sus chistes, ni mucho menos que se figurase que aquello podía valer algo. Los decían, sembraban de ellos la conversación (aunque el símil resulte cursi y pasado de moda, es exacto), como los pájaros llenan con sus trinos el campo; sin pensar, ni remotamente, en que aquellos gorjeos y aquellos trinos aumenten los encantos de la hermosa alborada.

Sería necesario además, que al emprender tan dificultosa tarea, se procurase establecer división entre lo publicable y lo no publicable; de esto último habría mucho; aún no han transcurrido diez meses desde que en el saloncillo de un teatro de Madrid escuché la lectura (no había más que hombres oyendo) de una composición muy escandalosa, que alguno de los presentes atribuía nada menos que á Quevedo, y otros achacaban á Narciso Serra, y muchos á Miguel de los Santos Alvarez, y que, en realidad, fueron improvisados por un estudiante (estudiante entonces) que concurría como aficionado y admirador á las reuniones de aquellos regocijados poetas y artistas.

Por las razones ya expuestas y por otras muchas que no juzgo necesario exponer, renunció á realizar ese trabajo y dejó que corran sin nombre de autor ó como hijos de quien ningún parentesco tiene con ellos, ocurrencias graciosas, dichos agudos, picantes epigramas, cuentos saladísimos, cuyo origen conozco y de cuyo nacimiento fui testigo. No quiero, ni debo, sin embargo, renunciar también á reproducir alguna de esas ocurrencias, no las más graciosas, ni las más desconocidas, porque

esa elección sería imposible, sino las que más fielmente pintan y definen los especialísimos caracteres de aquella reunión extraña á la que he dado el nombre de *Hijuela del Parnasillo*.

V

Razones de conveniencia y aun tal vez exigencias de la cortesía, que seguramente no se ocultarán á la perspicacia del que leyere, han de obligarme en algunos casos á omitir nombres propios; con nombres propios ó sin ellos anticipo la declaración sincera de que sólo voy á contar lo que yo mismo he visto y he oído; porque *anch'io* figuré, bien que en última fila, entre aquellos parroquianos del Suizo.

Entre ellos figuraba también un poeta de grandes alientos y de mucha confianza en su propio valer, y que solía decir, aludiendo á una frase popularizada por aquel entonces en una novela de Eugenio Sué á la sazón muy en boga: «*Nadie tiene derecho á lo necesario mientras no tenga yo lo superfluo.*»

Del mismo poeta que, por más señas, pertenecía al grupo de los trasnochadores á quienes anteriormente he aludido, se dijo que muchas noches deploraba con amargura que no sobreviniese *ni un mal incendio con que él pudiera pasar entretenido un par de horas*.

También concurría á la reunión, y era por cierto de los más asiduos y de los más perseverantes, *Ulpiano Segarra Balmaseda*, de quien puede afirmarse, con justicia, que es el autor, ó cuando menos el inspirador, de las dos terceras partes, lo menos, de cuantos chistes hay repartidos en casi todas las piezas en un acto que se estrenaron en su tiempo. Allí, sentado á la mesa del Suizo, animado siempre por una sonrisa mesurada y hasta grave, y á la que daba mayor gravedad la poblada y espesa y algo descuidada barba, que casi por completo

ocultaba el rostro de Segarra; rostro del cual solamente se veían dos ojos no muy grandes, pero sí muy vivos, permanecía Ulpiano largas horas charlando y charlando con distintos interlocutores y diciendo un chiste á cada palabra y comentando con un epigrama ó con una salida inesperada cuanto le decían.

Segarra fué quien, burlándose de la nube de cantares—inocentitos y ñoños casi todos ellos—con que nos agobiaban poetas sietemesinos y enclenques (de cuerpo y de inspiración) muy abundantes entonces, lo mismo que ahora, escribió entre otros los *cantarcitos* siguientes:

«Pajarillos picoteros
que en la enramada cantáis,
pajarillos picoteros,
¡buenos pájaros estáis!

—

» Al lucerito del alba
mis penillas le conté,
y me contestó el lucero:
«¿A mí que me cuenta usted?»

De Ulpiano Segarra es también un chiste que luego se ha repetido mucho.

Entregó una vez al camarero, para que cobrase, un duro; el mozo, después de haber mirado la moneda y de hacerla chocar violentamente sobre el mármol del velador, la devolvió á Segarra diciéndole:

—Este duro es falso.

—¿Falso?—preguntó el parroquiano.—¿En qué lo ha conocido V.?

—Pues qué—contesta el mozo sonriéndose y repitiendo la operación de chocar el duro sobre la mesa;—pues qué, ¿no oye V. el sonido?

—¿Y no puede ser falso el velador?—volvió á preguntar sencillamente Segarra.

De aquella tertulia salió también la noticia de que en cierta

reunión aristocrática se acababan los sombreros nuevos á las diez de la noche; noticia que comunicó á sus compañeros, en medio de grandes explosiones de risa, Leandro Pérez Cossio, redactor de *La Correspondencia de España*, uno de los hombres de conversación más amena que ha habido y á quien llamábamos *El Doctor*, por su aspecto serio, su andar reposado y porque usaba invariablemente gafas con armadura de oro.

Era cosa de reventar de risa oyendo contar al Doctor, que por cierto era muy amante de la monarquía, cómo había perdido un hermoso gabán en una recepción de palacio. Habíalo estrenado para asistir con el decoro debido al baile regio; lo dejó no sé dónde, porque nunca he asistido á regias solemnidades y no estoy al cabo de esas cosas, pero lo dejó en alguna parte, donde se dejaban los abrigos; cuando llegada la hora de salir fué á buscarlo, no lo halló, encontrando en su lugar uno muy viejo y de los que se compran en ropería. Inquirió, gestionó, puso anuncios en los periódicos; todo inútil: el autor, consciente ó inconsciente, del cambio no se dió por entendido. Resignóse, pues, ¿qué había de hacer sino resignarse?, el bueno de Pérez Cossio á dar por aceptado el trueque, y encargó al sastre que le volviese el gabán para que á lo menos no pareciera tan traído y tan llevado. Al día siguiente el sastre le dió la desagradable noticia de que el gabán estaba ya vuelto.

Y sobre el tema del cambio de su abrigo, le ocurrieron al Doctor tan sabrosos comentarios, que no hubo en el café quien no celebrase aquel contratiempo del amigo á quien todos queríamos mucho.

Otro *causeur* (lo digo así porque no hallo palabra equivalente en castellano), otro *causeur* deliciosísimo, era Eduardo Inza, á quien antes he mencionado. Inza comunicaba, á cuanto decía, una gracia peculiar suya; un no sé qué, una expresión que prestaba á su movible fisonomía el gesto, el fruncimiento de los labios y que era reforzado por la mímica *sui generis* á que recurría siempre aun para decir una puerilidad ó cualquier extravagancia. Por eso, las graciosas ocurrencias de

Eduardo Inza perdían mucho cuando no eran dichas por él, y, por regla general, lo perdían casi todo leídas.

Inza inventó—porque seguramente fué invención suya, aunque él afirmaba tenazmente que había sucedido—aquella contestación del sereno, á quien preguntaba una señora la causa de un alboroto grande que en la calle se oía, y que respondió:

«Nada; es un señorito que le ha robado la capa á otro: ¡cosas de ellos!»

Y de Eduardo Inza es también la respuesta de otro sereno que, para justificar su ausencia del sitio en que le correspondía estar, dijo á un vecino:

«Mire, señorito; púsose malo el *carboneru* y fuime á llamar al *médicu*, y, *sin embargo*, no estaba.»

De un escritor muy ingenioso, pero excesivamente obeso, decía Inza: «Señores, ese hombre abusa del espacio.» Y en otra ocasión, aseguraba que había visto en la sastrería, que para tomar medida de chaleco al mismo ciudadano, se comunicaban el maestro y el oficial, empleando una honda.

—¿A quién ha saludado V.?—le preguntamos en una ocasión, y nos dijo:

«A Fulano (otro sujeto que tenía fama de tragón), que lleva á su hijo más pequeño para comérselo fuera de puertas.»

En el Suizo oímos á Eusebio Blasco aquello de: *Presento á V. á D. Fulano de Tal, uno de nuestros primeros subtenientes; y lo de: Perengano tiene en Madrid una casa de la cual se ha comido ya dos pisos*, y otros varios que utilizó después en algunas de sus comedias.

En cierta ocasión elogiaban en el café la limpieza admirable con que el célebre Leotard, que á la sazón trabajaba en el Circo de Rivas, saltaba de un trapecio á otro, y Roberto Robert interrumpió, diciendo: «Algo más admirable que eso he hecho yo; he saltado desde el almuerzo de un lunes hasta la cena de un jueves sin tropezar en un garbanzo.» De esta ocurrencia se han hecho en pocos años muchas ediciones. No

se han hecho menos de otra ocurrencia que algunos años después tuvo Marcos Zapata.

Formaba el aplaudido poeta, que entonces no era aplaudido, aunque sí poeta; formaba, digo, parte de la redacción de un periódico, cuyo propietario era, según la frase del mismo Zapata, muy tímido para el pago. Cansado Marcos de trabajar gratis y de gestionar inútilmente el cobro de sus sueldos devengados, que solicitaba un día y otro, recibiendo contestaciones parecidas á las que podrían darse á un mendigo importuno, hizo publicar en otro periódico la siguiente noticia:

«Nuestro querido compañero en la prensa D. Marcos Zapata se ha separado de la redacción de (aquí el nombre del diario), por no estar conforme con la *marcha administrativa* del mismo.»

De Marcos Zapata es también un chiste que no ha muchos días vi reproducido por centésima vez en un diario madrileño.—Dió para pagar al mozo del café una moneda de dos pesetas; el mozo se la rechazó diciéndole que era falsa, y Zapata, que no tenía más dinero, le preguntó muy azorado: *Pero, ¿las dos son falsas?*

Mal debía de andar de intereses el inspirado autor de *La Capilla de Lanuza*, cuando entró en el mismo café (siempre el *Suizo Viejo*), con un su amigo. Este pidió que le sirvieran un *bistek*.

—¿Sólo ó con patatas?—preguntó el mozo.

El parroquiano, á quien sin duda convenia no extralimitarse en el gasto, preguntó:

—¿Qué diferencia hay de precio?

—Poca cosa—respondió el mozo;—el *bistek* solo, cuesta cinco reales; con patatas, seis.

—¿De modo que por las patatas ponéis un real?

—Eso.

—Bueno; pues tráeme el *bistek* sin patatas.

Ya iba á separarse el mozo para cumplimentar la orden re-

cibida, cuando Marcos Zapata le hizo seña de que se detuviera, y le dijo en voz baja:

—Oye, á mí me traes un *bistek*... sin carne.

El diálogo tan conocido:

—«¿Tienes ahí dos ó tres duros que necesito?»

—Aquí no los tengo.

—¿Y en casa?»

—Todos bien, muchas gracias,»

salió también, como tantos otros con que hoy se rellenan almanaques americanos y se surten semanarios festivos, de aquella inolvidable tertulia.

No para un artículo, para algunos tomos darían materia, y materia en verdad interesante y curiosa, las anécdotas y los episodios en que aquellos hombres, de los cuales muchos ya no existen y muchos otros, casi todos, han sido célebres en la política ó en las letras, en las ciencias ó en las artes, aparecieron como actores principales, ó como *partes de por medio*. El marqués de Albaida y D. Nicolás Rivero; D. Laureano Figuerola y Federico Balart; Calvo Asensio y Figueras; casi todos los hombres que durante el período de catorce años, desde 1854 á 1868, figuraban ya ó aspiraban á figurar en literatura ó en política, sobre todo en literatura, han pasado con más ó menos asiduidad por aquella tertulia en que había siempre conversación grata, sincera alegría y movimiento y vida y ruido y buen humor jamás alterado.

Quien tuviese á mano la pluma primorosa con que el insigne Mesonero Romanos escribió las *Memorias de un setentón*, podría ir preparando para dentro de algunos años otras memorias, que, bien pensadas y bien escritas, habrían de reunir, por su asunto, casi tantos atractivos como aquéllas.

Borrascosas fueron sin duda aquellas épocas de que nos habla, con su gracejo característico y con la encantadora sencillez de su prosa, *El Curioso Parlante*; pero no lo ha sido menos la que comprende alzamientos, como el de 1854, reacciones como la de 1856, movimientos revolucionarios como el de 1868, y que

tuvo por terminación y acabamiento la restauración de 1875.

Las figuras de los hombres que, bien en primera fila, bien desde más humilde puesto, influyeron más ó menos directamente en la marcha de aquellos acontecimientos y dirigieron la opinión y cautivaron á las muchedumbres, son figuras de verdadera importancia histórica y que necesariamente despertarán interés. Por esto, repito, con el *rótulo* mismo ó con otro rótulo diferente, hay que escribir un libro, que pueda ser, por su contenido, como la continuación del de Mesonero Romanos.

VI

Como el pronunciamiento de O'Donnell y el triunfo del partido progresista en 1854 fueron causas determinantes de la disolución de *El Parnasillo*, la revolución de Setiembre de 1868 fué golpe de gracia para la *Hijuela* del mismo.

La perturbación producida en la vida nacional por los sucesos de Julio separó bruscamente los elementos heterogéneos de que se componía la tertulia del café del Príncipe; el trastorno que el advenimiento de la democracia causó en todas las esferas de la sociedad española desunió á los que en el Suizo se juntaban diariamente.

Diputados los unos, oradores de club los otros, gobernadores estos, empleados en Ultramar aquéllos y diplomáticos los de más allá, disemináronse por toda la haz de la tierra los elementos que á formar aquella agrupación habían contribuido, y con esto desapareció por completo la descendencia legítima y directa de *El Parnasillo*.

Posteriormente se han formado agrupaciones análogas; casi todas con carácter, por decirlo así, oficial, como asociaciones reglamentadas, por ejemplo la *Asociación de Escritores y Artistas*, cuyo nacimiento y cuyo definitivo arraigo se debió, en

primer término, á la iniciativa eficaz y á la perseverancia incansable del laboriosísimo *Campo y Nava*, de grato recuerdo para cuantos lo trataron, y una de las figuras más simpáticas del periodismo español contemporáneo. De la misma índole son el *Círculo de Bellas Artes* y el *Círculo Artístico-literario*. Pero esas sociedades, cuyos individuos pagan (ó deben pagar) mensualmente sus cuotas y acuden á su círculo, como al Ateneo los ateneístas, ó los comerciantes á sus *Centros*, para leer los periódicos, ó escuchar conferencias, ó jugar una partida de carambolas, no es ya la tertulia del café, espontáneamente formada, sin reglamentos que determinen los deberes y los derechos de los socios, sin presidencia que dirija las discusiones, ni conferenciantes que monopolicen la atención de todos y secuestren á los demás el uso de la palabra.

Más semejanza con aquellas tertulias del café del Príncipe y del Suizo ha tenido otra que, con el título, un tanto epigramático, de *Bilis-Club* era conocida hace poco años. Aquélla, no obstante, más que agrupación de literatos, era una reunión de buenos amigos, entre los cuales había algunos que cultivaban las letras. De modo que, en justicia, podía decirse de ellos aquello tan sabido:

«Ni son todos los que están,
ni están todos los que son.»

No; ni todos los que concurrían al *Bilis-Club* eran literatos, ni todos los literatos concurrían al *Bilis-Club*. Ni es posible ya que todos los literatos madrileños concurren á un sitio mismo para verse y tratarse.

Desde que García Gutiérrez y Hartzenbusch y Gil de Zárate y el duque de Rivas (que aún no era duque de Rivas) se reunían en el Parnasillo, hasta hoy, ha aumentando muchísimo el número de literatos. Ahora, solamente los que cultivan la literatura dramática pasan de doscientos.

Y nada digo de los periodistas, que podrían formar hoy un ejército numeroso.

El periodismo ha comenzado á ser ya entre nosotros verdadera profesión, decorosamente retribuida; en épocas anteriores el periódico era para las empresas arma de combate, para el redactor camino de notoriedad; hoy para las empresas es industria, para el redactor puede ser posición digna y hasta medio de vivir con relativo desahogo.

Mientras fué ocupación interina, ejercicio provisional, medio de llegar á elevados cargos políticos, eran casi todos los periodistas muchachos jóvenes, ganosos de darse á conocer y de salir pronto del trato con las cuartillas. Y los jóvenes, aun militando en partido político diferente y defendiendo contrarias ideas, podían ser amigos, hasta hermanos; ni la envidia los separaba, ni los desunían los celos. Ahora hay periodistas viejos, y hay muchos, y existen entre unos y otros malquerencias y rencores, que si no les impedirían agremiarse si eso les conviniese, serían obstáculo invencible para formar lazos de fraternidad y de compañerismo.

Eso dificulta mucho hoy, eso mismo imposibilitará mañana la formación de agrupaciones como las que nacieron cuando Alberto Lista, ese maestro de tres generaciones, enseñaba á Espronceda y á Ventura de la Vega, y como la que nosotros, los discípulos de éstos, constituimos muchos años después.

Los tiempos han cambiado mucho, los sucesos toman ahora direcciones muy distintas. Se formarán sociedades literarias y habrá reuniones de escritores y de artistas; pero de las que estaban formadas por amigos inseparables, que como hermanos disputaban y también se querían como hermanos, puede decirse, con el infortunado Becquer (que también era de la *Hijuela del Parnasillo*),

«Esas, no volverán».

A. SÁNCHEZ PEREZ.

POR FRANCIA...

I

Explicaciones.

Confieso que cuando me decidí á ordenar las *notas* de mi diario de viaje, en el artículo sobre la *Enseñanza en París* (1), ni por asomo me imaginaba que había de hacer lo propio con las relativas al resto de mi excursión por Francia. Ordené aquéllas por estimar que acaso podrían revestir cierto interés en razón del asunto mismo, condenando para mis adentros á *cartera perpetua* todas las demás, salvo las que hubieran de aprovecharse aquí y allá en estudios y artículos. De haberlo *pensado antes*, aunque no sé si mejor, la relación de la excursión... pedagógica hubiera empezado por la primera parte del presente trabajo, respondiendo así á la marcha seguida en el viaje. Pero la cosa ya no tiene remedio. Después de publicado el artículo á que me refiero, por razones que no sabría explicar, he creído conveniente completar el trabajo de ordenación y *limadura* de las notas todas sobre enseñanza, y si en aquél incluí lo relativo á pedagogía en París, en éste irá la pedagogía y algunas cosas más en... provincias, ó si se quiere en los departamentos, ó con más exactitud aún, en algunos departamentos de Francia.

(1) Véase el número de Agosto último de LA ESPAÑA MODERNA.

II

En marcha.—Por España.

Salimos de Oviedo el día 6 de Junio... En la mejor disposición de ánimo que el lector puede imaginarse, para hacer un viaje en tercera, y en la amable y hasta discreta compañía de unos tratantes en vinos. Como que salíamos poco menos que de la cárcel. En efecto, un preso, después de pasar larga temporada en el más incómodo calabozo, no creo que tome con más placer y ansia la puerta de la prisión que nosotros el tren, después de haber pasado cinco inacabables días examinando á cerca de trescientos muchachos..., los cuales todos dicen lo mismo ó casi lo mismo. ¡Los exámenes! ¡Oh gabela, formalismo insípido, tormento de alumnos, desesperación de profesores, preocupación de padres, trámite que convierte en oficinesca la función de enseñar y en burocrática la ciencia!... ¡Lástima, lástima de esa *Liga internacional contra los exámenes* de que nos hablaba M. Lavissee en la Sorbona! Porque no hay remedio; mientras haya exámenes, y lo que es peor, mientras sean *necesarios*, hay que renunciar á hacer de la enseñanza algo más serio y sustancial... que lo que es; es decir, la *preparación mecánica para los exámenes*.

Pero dejemos esto. Lo cierto es que tomamos el tren con gusto, como una tabla, más ó menos dura, pero tabla al fin, de salvación.

En España no hicimos más paradas que las indispensables. Sólo aprovechamos unas horas para visitar á Burgos. Pero ya comprenderá el lector que no se trata aquí de entretenerle describiéndole una vez más el Espolón, la Catedral, la capilla del Condestable, la Cartuja, ni las Huelgas. Por mi parte, no puedo ofrecerle ninguna novedad en punto á arte. Relacio-

nado, aunque de lejos, con el arte, si pudiera decir algo, algo muy curioso ó que á mí me lo pareció de veras. Como que no se me borrará nunca el recuerdo de los dos *cicerones* con quien tropezamos en la hermosa ciudad castellana. El uno, hombre del siglo, es el distinguido y amabilísimo pertiguero (?) de la Metropolitana. ¡Qué erudición! ¡Qué conocimientos! ¡Qué sonrisas! ¡Con qué entusiasmo nos despedía! Apretando la diestra del amigo Sela, por la que se deslizaba la propina, exclamaba: «¡Oh! No debían Vds. marcharse hoy de Burgos. Créanme, caballeros; aquí cada piedra de la calle es un recuerdo histórico.» El otro se viste por la cabeza; también muy amable. Nos enseñó lo que tenía que enseñar, leyendo en voz baja en un libro pequeño y muy grueso, que yo creí al principio sería un devocionario y que luego resultó ser... la *Guía*, en la cual se enteraba de cuanto nos decía. El hombre debe de ser nuevo en el oficio. Figúrese el lector que al oír á uno de nosotros cierto elogio hiperbólico que suele hacerse de la cabeza *divina* de un santo..., se quedó estupefacto, en una pieza, y preguntó...: ¿Cómo saben Vds. eso? ¿Lo han leído en un libro como éste? Y señalaba el libro que hasta aquel momento había tomado yo por un libro de oraciones.

Y hago gracia al lector de todo lo demás. Incluso del lenguaje *culto* con que regaló nuestros oídos un apuesto carabiniero que allá hacia Rentería se metió en nuestro coche. Al lado de él, ¡cuán discretos, finos, comedidos y bien hablados los tratantes en vino que tuvimos de compañeros desde Oviedo hasta Villamanín, si no recuerdo mal!

III

En Bayona.—El Liceo.

El día 8 llegamos á Bayona, donde empezó nuestro trabajo... pedagógico. Tiene Bayona un hermoso ejemplar de un

género de establecimientos de enseñanza, que en Francia, como en todas partes, revisten grandísimo interés, pero que en Francia tienen un carácter muy particular. Me refiero al *Liceo*, que aquí en España llamaríamos, por el grado de la enseñanza á que pertenece, *Instituto*. El Liceo de Bayona ocupa una situación magnífica, verdaderamente excepcional. Mejor que los de Pau, de Tarbes, Toulouse, Poitiers y aun que alguno de París. En efecto; el Liceo de Bayona hállase situado á uno ó dos kilómetros del pueblo, hacia un frondoso paseo, y en medio de un espléndido parque, lleno de magníficos árboles y con grandísimas praderas admirables para la organización de los juegos á *plein air*, que en Francia empieza á ser una costumbre nacional. El edificio, de reciente construcción, y hecho *ad hoc*, es una de tantas obras dedicadas á la enseñanza por el esfuerzo constante de la tercera República. Lo componen varios cuerpos, tiene numerosos patios amplios excelentemente dispuestos, y luego, con más lujo que algunos, lo que suelen tener todos, á saber: oficinas, clases (bastante bien aireadas y orientadas), salas de estudio, de esgrima, dormitorios estilo cuartel, etc., etc. Lo más saliente de este hermoso edificio ya lo he indicado... Es su situación topográfica, que permite fácilmente, si el profesorado quiere, vencer todos los defectos terribles que el sistema de los Liceos franceses tiene, contrarrestando el *surmenage* intelectual, la hacinación de los dormitorios, etc., etc., con los constantes juegos en el parque, al aire libre.

IV

La enseñanza secundaria.—Ojeada general.

Sería pesado é insulso hablar aquí de todos los Liceos que hemos visto en Francia, ni exponer las consideraciones recogidas de labios de algunos de sus profesores. Prefiero resumir

brevemente la impresión que de todos he sacado, aprovechándome, sobre todo, de nuestra larga conversación con el censor del Liceo de Bayona y con el Jefe de la enseñanza secundaria, Sr. Rabier.

La enseñanza de los Liceos franceses corresponde de lejos, en sus términos generales, á nuestra segunda enseñanza. Pero es: 1.º Más rica en matices, pues hay, al lado de una enseñanza *clásica*, con lenguas muertas, la llamada enseñanza *moderna*, con lenguas vivas y ciencias, y por último, los *Liceos de señoritas*. 2.º Más sólida: se revela esto en sus programas amplios, comprensivos y de elevado espíritu; revélase, además, en el alto grado de cultura que en Francia tienen las gentes ilustradas. Y 3.º De un carácter más educativo, por necesidad.

Este último supuesto, es el que más interesa en una visita á los Liceos franceses. En efecto; aun cuando el profesorado de segunda enseñanza en Francia no tuviera idea reflexivamente formada de la misión educativa del Liceo, no tendría más remedio que darse cuenta de ella en la práctica por una razón muy sencilla: por *el internado*.

El internado, es verdad, impone necesariamente una misión educativa al Liceo francés. ¿Cómo vivir al lado de cien ó más muchachos, vida común, días y días sin proponerse hacer algo en lo relativo á su educación, á la formación entera de su carácter? Lo que hay es que mediante el internado la misión educativa entra en la enseñanza con mal pie. El internado, esto es, la separación del joven de la vida de familia, cuando más lo necesita, para llevarle al acuartelamiento que la vida colegial supone, entraña ya un supuesto antipedagógico de la peor especie. Basta sin duda recorrer cualquiera de los Liceos de Francia, el de Bayona ó el de Pau, el de Luis el Grande ó el de Montaigne en París, para comprender lo que digo. Admira uno la riqueza de medios, lo soberbio de las instalaciones, lo amplio de los parques en algunos...; pero en cuanto se pasa á los *dortoirs* y se contempla aquellas filas de camas, que por bien dispuestas que estén resultan siempre

hacinadas; cuando se escucha de tiempo en tiempo el redoble del tambor llamando á las gentes á esta ó á aquella ocupación (la misma invariable de día en día), no falta más que contemplar las filas regulares de los fusilitos del ridículo y depresivo batallón escolar (1), colocados en el depósito, para creerse, no en una casa de educación de ciudadanos pacíficos, sino en el cuartel donde se *instruyen*

los hombres de mañana,

los hombres de la *revancha*, capaces de embarcarse en busca de aventuras con cualquier Napoleón I ó III ó hasta con cualquier Boulanger romántico.

Que lo del internado es malo, pedagógicamente hablando, y que contribuye como pocas cosas á relajar los vínculos de la familia, facilitando la tarea del padre á costa de su influjo benéfico, lo reconocen los mismos profesores franceses y lo sostienen sus eminencias pedagógicas. Pero hay obstáculos, hoy por hoy, insuperables que impiden pensar en Francia en destruir el internado y sustituirlo, como ha hecho la Escuela Alsaciana de París, por el sistema tutorial ó de vida en familia con los profesores. Uno de los más distinguidos pedagogos de Francia, con quien hablamos de estas cosas, nos lo decía. En primer lugar, la familia francesa es muy... *metida en sí*, muy recogida, egoísta si se quiere. El francés, que es tan obsequioso, tan amable, tan fino, no puede resistir en su familia haciendo vida de miembro de ella á ningún extraño. Por otra parte, el internado es un medio de defensa de la enseñanza laica. Mientras las congregaciones religiosas estén por esos mundos de Dios ofreciendo á los padres las facilidades que ofrecen para desprenderse de sus hijos, á cambio de una módica remuneración; mientras haya padres que encuentran

(1) Los batallones escolares están hoy en completo descrédito en Francia por fortuna. Ahora aquí empezamos, por lo visto, con los batallones infantiles. ¡Siempre tan adelantados y oportunos!

superior á la vida de familia la vida de acuartelamiento ó conventual de los colegios, el Liceo francés, que lucha á brazo partido con los centros de enseñanza congregacionistas, tiene que mantener el internado con todas sus funestas consecuencias...

V

Un paréntesis. — Lourdes.

Después de andar en Pau poco menos que á paraguazos con toda una gavilla de mozos que se quería apoderar de nuestras maletas y que se empeñaba en llevarnos á este ó aquel hotel...; después de visitar el Liceo y el castillo...; de contemplar embelesados el magnífico y soberbio anfiteatro de los Pirineos, con su blanca corona de nieves y de nubes, una calurosa mañana de Junio, precursora de segura tempestad, llegábamos al amplio y larguísimo andén de la *gare* de Lourdes. La curiosidad, una curiosidad despertada de mil modos y por mil motivos, nos hizo detenernos en ese lugar que tantos conceptúan santo, y que el genio habilidoso de los franceses convirtió en la más amena y entretenida de las estaciones de verano. Es realmente interesante Lourdes, el balneario místico.

Yo no sé el efecto que podrá hacer aquella avenida, larga, interminable, cuajada de hoteles y atestada de comercios donde se expende todo cuanto el genio *bisuteril* de Francia es capaz de crear, en el espíritu preocupado del hombre de fe; no se me alcanza qué impresión producirá en el alma sencilla del que siente *algo raro* en Covadonga, en el Pilar ó en Monserrat, y se emocione bajo las bóvedas de Toledo, de Burgos ó de León, la contemplación de la arquitectura modernísima, de ocasión, de confitería, en suma, de las dos iglesias de

Lourdes... Lo que sí sé es el efecto que en mí produjo, y que por no echármelas de hombre, ó porque no se crea que me las quiero echar de tal, me guardo allá muy en el fondo del alma, donde se guardan los sentimientos más hondos y más profundos, lo mismo los que provocan disgusto que los que producen placer indeleble. Yo estoy seguro de que por buena fe con que se quieran contemplar ciertas cosas, aunque se haya sentido emoción al ver en la cueva mil cirios ardiendo en honor de *Notre-Dame blanche* y doscientas personas de rodillas; y se haya calculado la fuerza inmensa de la fe consoladora de incurables, al ver la incesante cadena de enfermos que se inclinan á beber el agua que al pie de la roca milagrera se hizo brotar, experimentando en fin cierto escalofrío en la cripta, donde un oportuno letrero impone *silence*, y donde cientos de personas murmuran al oído de los sacerdotes los pecados cometidos... toda persona que vea algo, que no esté ciega, tienen que sentir una impresión muy distinta, de desagrado, de disgusto, por no decir otra cosa, al ver lo que allí se ve en todas partes, lo que flota en todos los sitios, lo que sirve quizá de supremo resorte á tanto movimiento y á tanta vida...

Un paseo por Lourdes enseña mucho. Un viaje *pedagógico* puede, en verdad, recoger hondas sugerencias al pie de la *Grotte*, estudiando la llegada incesante de los creyentes y de los *touristes*. No diré yo que Lourdes represente lo que Zola quiere; un estado actual de la conciencia religiosa, de la crisis científica. No pica, en mi opinión, tan alto, lo que en Lourdes puede pasar: lo místico de Lourdes es más *terre á terre*; pero, con todo eso, Lourdes deja ver cómo andamos aun de cultura, cómo influye en las gentes de todas clases lo maravilloso más primitivo, y cómo se entiende por todos los que en Lourdes van á beber la salud del cuerpo, el favor divino.

Y no hace falta, en verdad, recordar todo el conjunto de explotaciones mercantiles que en Lourdes tienen su asiento: medallas, vírgenes, rosarios, pastillas, pasteles, cirios, estampitas y... cantimploras. Basta una cosa: basta un paseo con la

vista por el interior de las iglesias. La del Rosario y la Cripta tienen sus paredes literalmente llenas de inscripciones, que forman en junto un poema... mixto de una porción de cosas, desde la sinceridad más *naïve* hasta lo que Vds. quieran. Allí, allí está grabado, en mármoles de colores, lo que es Lourdes para la sociedad contemporánea. *Merci, Notre-Dame*, por tal cosa... por tal otra. *Merci*, dice una, *por haber dado muerte cristiana á mi padre y fijado mi porvenir. Merci... ¡Action de graces à Marie!*, dice otro, *pour les honneurs rendus à Cristophle Colon en el 4.^{me} centenaire, 1892.* ¿Se quiere más?

¡Ah! ¡Sí! querría uno que aquello hubiera resultado de otra manera, que el perfume poético de la iluminada Bernardeta se hubiera conservado puro en aquellos montes hermosos y agrestes!...

Cuando íbamos á abandonar la Gruta, el cielo encapotado, ceniciento, se deshizo en agua... Una lluvia torrencial, con acompañamiento de relámpagos y truenos, descargó sobre nosotros. Nos refugiamos en los locales destinados á los baños... Aprovechando un claro, la emprendimos á escape por el Lourdes antiguo, cruzando cerca del comercio cuyo reclamo consiste en ser de un *hermano de Bernardeta*... Unos momentos después estábamos en la estación otra vez. No había un alma... Un silencio absoluto reinaba en el andén... y seguía lloviendo, lloviendo... Serían las seis de la tarde y apenas se veía. El trueno se dejaba oír de cuando en cuando á lo lejos sobre Nuestra Señora del Rosario... ¡Qué hermoso, qué hermoso y qué triste! Una hora interminable pasó todavía antes de llegar el tren que nos debía conducir á Tarbes. Los cuatro amigos, sentados en uno de los bancos del andén, no hablábamos ni una palabra. Al fin llegó el tren deseado. Nos colocamos como pudimos, pues venía atestado de gente, y á poco dejábamnos á Lourdes envuelto en medio de densa niebla. El agua torrencial azotaba con fuerza los vidrios de los coches...

VI

La Academia ó Universidad de Toulouse.

Día 10 de Junio.—A las doce de la mañana llegamos á Toulouse, donde pasamos tres días ocupadísimos y muy aprovechados. Tenía esta bella población, la más grande del Mediodía de Francia y la más española de las grandes poblaciones francesas, un interés particularísimo para nosotros. Hay en ella una Academia universitaria, ó, como decimos aquí en España, una Universidad con sus facultades de Derecho, Letras, Ciencias, y Medicina y Farmacia. Depende de ella una facultad de Teología protestante con residencia en Montauban. La Academia universitaria de Toulouse es un precioso ejemplar de una Universidad de provincia, de las concurridas por el elemento estudiantil de Francia. En ella, como en Lyon, como en Burdeos, se advierte y comprueba algo que puede consignarse en honor de Francia. A pesar de ser Francia el país centralizado por excelencia, á pesar de tener por capital París, no se halla allí reconcentrada la vida científica y universitaria en la capital, no. En Toulouse hay movimiento, hay animación, hay empuje. Su Universidad no es una rueda del gran mecanismo burocrático de la enseñanza; es un centro con vida propia, con originalidad relativa, que cuenta con un profesorado ilustrado y poseído de su papel. Más es; en Toulouse se tiende, como en Lyon, como en Burdeos, á afirmar la descentralización universitaria, á oponerse á la absorción parisién. Basta leer los *Rapports* anuales y los *Compte rendus* de los trabajos de las facultades para convencerse de lo que digo.

Nuestra visita en Toulouse se contrajo principalmente á dos de las facultades que hay allí instaladas: la de Derecho y

la de Letras. Ocupan ambas edificios contiguos, de reciente construcción y muy bien entendidos. Todo ello se reduce á una gran crujía donde están las cátedras y las salas de actos y á hermosos y frondosos jardines. Este detalle de los jardines conviene consignarlo muy expresamente. Casi todos los grandes establecimientos de enseñanza que he visitado en Francia, en vez de los patios conventuales de muchas de nuestras Universidades, tienen un jardín ó varios admirablemente cuidados y sin que nada pase. Los estudiantes, naturalmente, los respetan. Debieran tenerlo en cuenta los jefes de nuestras Universidades é Institutos que tiemblan ante la idea de abrir de par en par y á todas horas los jardines de la casa...

En Toulouse nos presentamos sin carácter verdaderamente oficial. Esto no fué obstáculo para que obtuviéramos todos los informes necesarios. Al día siguiente de nuestra llegada por la mañana, nos dirigimos á la Facultad de Derecho. Nuestro propósito era ver al señor Rector; pero no hizo falta. Un portero muy fino nos indicó que no estaba el Rector allí á la sazón, pero que en aquel momento salía de su clase el profesor de Derecho internacional, á quien podíamos ver. Así lo hicimos. Le pasamos las tarjetas y eso bastó. M. Merignac (que así se llama) nos introdujo inmediatamente en el salón de profesores. Aún no se había despojado de su vestidura académica cuando nos recibió, sosteniendo nuestra conversación durante hora y media. Fué en verdad una de las conversaciones más interesantes, de cuantas mantuvimos en el viaje con la gente universitaria. De ella sacamos la impresión fiel y exacta, luego confirmada, del estado de renovación inicial en que está todavía, la reforma *pedagógica* de las facultades de Derecho. El profesorado empieza á darse cuenta de la necesidad de remover obstáculos y de dar á los estudios otro alcance; pero el profesorado de las facultades de Derecho en Francia (regla general), no es un profesorado penetrado en lo íntimo de la misión pedagógica de la enseñanza superior.

M. Merignac, no sólo nos dió las noticias que le pedimos

acerca de la organización general de la enseñanza, sino que nos presentó á gran número de sus compañeros, entre ellos al profesor de Derecho civil que explica también Derecho comparado, comprendiendo el Derecho civil español, y luego nos acompañó para visitar las cátedras, las oficinas y la biblioteca.

Lo mismo las oficinas que la Biblioteca de Toulouse, merecen especial mención. Las oficinas por lo admirablemente instaladas. Con una matrícula enorme, de más de mil alumnos, con el movimiento que todo esto supone, las oficinas tienen un secretario y un oficial, y no hay en ellas el hacinaamiento de expedientes, papelotes... y polvo, que parece obligado en tales casos.

En sencillas y limpias estanterías, llenas de bonitas cajas de color verde, se encuentran todos los documentos, incluso los expedientes personales de los alumnos, escritos estos en tarjetas mil veces más manejables, más útiles y menos molestas que esos papelotes imposibles que no sé qué peregrino ingenio inventó para nuestras operaciones universitarias, y en los cuales hay una de firmas del *interesado*, del *secretario*, del *jefe de negociado*, del *rector*... que asusta y confunde.

La Biblioteca es magnífica, rica y muy bien dispuesta. Tiene una gran colección de revistas francesas y extranjeras, y todo ello se halla constantemente al servicio de los estudiantes, que es lo más importante.

En la facultad de Letras, nos recibió un joven profesor á quien yo conocía de antiguo: especialista en lengua y literatura inglesa, y publicista muy fecundo. Llámase H. Dumeril y es hijo del que fué hasta hace poco decano de la misma facultad. M. Dumeril salía de su curso privado cuando llegábamos á la facultad. De él recibimos amplias noticias de la organización de los estudios de Letras. Por él empezamos á ver confirmadas nuestras noticias acerca del estado de renovación, en parte ya realizada, de esta rama de la enseñanza superior francesa. Las facultades de Letras en Francia están ya pene-

tradas de la alta misión científica y pedagógica á la vez de la enseñanza profesional; reina en ellas el espíritu vivificante de la libertad del profesor para enseñar sin sujeción estricta á programas fijos, y del estudiante para aprender según sus fundamentales aficiones.

VII

M. E. Merimée.

Estar en Toulouse visitando la única Universidad de Francia, que tiene entre sus enseñanzas una cátedra de *lengua y literatura españolas*, y no preguntar por el profesor encargado de ella, y siendo éste un hombre tan conocido en la literatura como M. E. Merimée, marchar de Toulouse sin verle, cosa es que nosotros no podíamos hacer. Así es que en cuanto M. Dumeril nos indicó si tendríamos gusto en ver al insigne profesor, al entusiasta de España, inmediatamente aceptamos, y de la facultad de Letras nos dirigimos al domicilio de M. Merimée, que no está lejos. Vive éste en una casa alegre y agradable, con bello jardín, en medio del cual tiene aquél su despacho. Nos recibió en seguida, saludándonos en correcto... mejor, en *familiarísimo* español. M. Merimée representa unos cincuenta años; es alto, de fisonomía franca, abierta, comunicativa, de mirada penetrante y alegre. El tipo es francés (*midi*), pero es un francés que habla como un español y que vive como... un español... ilustrado por supuesto. Así, según él vive, es como un literato puede llegar á dominar una literatura y un idioma extranjeros. En efecto, Merimée tiene por compañeros constantes, no sólo á los castellanos eminentes del siglo de oro, sino á los de los demás siglos... pasados... y los del presente; Merimée, que cuenta en sus armarios de libros á Lope, Calderón, Quevedo (sobre quien ha hecho una monogra-

fia, reputada como de lo mejor que se ha escrito sobre el gran satírico), Tirso, Moreto, Moratín, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Fray Luis de León, etc., etc.; tiene cerca de su mesa á Galdós, Valera, Armando Palacio, Pereda, la Pardo Bazán, Campoamor, Castelar, Núñez de Arce, etc., y, por fin, recibe LA ESPAÑA MODERNA y lee todos los días *El Liberal*, *La Publicidad*, de Barcelona, y cuando salen, *Blanco y Negro* y no recuerdo qué otro periódico satírico.

M. Merimée nos habló largo rato con entusiasmo de España. En medio de calurosos elogios me preguntó por Galdós, por Pereda... por todos los contemporáneos, citándonos sus libros más conocidos y recordándonos hasta pasajes de ellos. Fué aquel un momento delicioso y halagüeño para nuestro desinteresado amor nacional...

... A la noche paseábamos por la hermosa calle de Alsacia y Lorena, en dirección ya del hotel de la Posta, donde parábamos, cuando de repente sentimos unos brazos amigos que nos estrechaban fuertemente al par que oíamos en castellano de Madrid ó de Toledo: «¡Oh caballeros, buenas noches! ¿Dónde se va á estas horas?» Nos volvimos sorprendidos á ver quién era el inesperado compatriota. Era M. Merimée, un español casi, un español en verdad que honraría á España.

VIII

En Poitiers.

Tengo que dar un salto enorme en mis notas. De Toulouse fuimos á París, y de París, una noche calurosa, de las pocas verdaderamente calurosas que habrá habido en este *frío* verano, emprendimos nuestro regreso hacia España, con ánimo de detenernos en Poitiers para visitar su Universidad y ver así un tipo de *Academia Universitaria* de proporciones reduci-

das, á fin de compararla, no con París, pero sí con Toulouse ó con Burdeos (que veríamos y vimos después), universidades *grandes*.

Serian las cuatro de la mañana cuando el tren se detuvo en la estación de Poitiers. Tiene esta hermosa é interesante ciudad una posición parecida á la de Pau. El ferrocarril va por el fondo de un valle y Poitiers se encuentra en lo alto de una meseta. Para llegar al pueblo es preciso subir y subir largo rato por una empinada carretera interrumpida por series de escalones. La vista verdaderamente deliciosa que según se sube se va gozando, compensa en parte el trabajo de la subida. A la hora aquella en que llegamos, la ciudad, dormida aún, aparecía algo triste. La soledad en las calles era completa. Sólo cruzaba por ellas tal ó cual madrugador.

Cualquiera creerá que nos metimos en un hotel á descansar... pero no hicimos tal. Fuimos al hotel, sí, á hacernos breve *toilette* y luego (serían las cinco) nos lanzamos á ver el pueblo. Tiene su encanto especial visitar un pueblo, por primera vez, á esas horas. Después de todo, lo que Poitiers encierra de más interesante para el *tourista*, es á saber: Poitiers mismo, y además sus preciosos templos, á esa hora se ve perfectamente. Pues á ver eso dedicamos el tiempo, en espera del momento oportuno para visitar al rector. Estuvimos en la catedral, templo gótico del siglo xv, con sus tres naves paralelas y su ábside, ni por tanto girola, luego fuimos á Santa Radegunda, iglesia románica muy interesante, con su cripta en el fondo, donde se venera el cuerpo de la Santa. Es este un lugar hermoso en el cual (y no en Lourdes) se puede experimentar la impresión esa especial de los lugares religiosos que una tradición respetabilísima reputa santos. Por fin entramos en el pequeño templo de Notre-Dame, que es un ejemplar interesantísimo del estilo romano-bizantino del siglo xi; sobre todo su fachada, riquísima en ornamentación y perfectamente conservada, es digna de verse.

IX

M. Compayré

Nos dirigíamos á la casa de M. Compayré, el rector en la actualidad de la Academia universitaria de Poitiers, cuando en un suplemento extraordinario de un periódico nos enteramos del asesinato de M. Carnot. M. Compayré, que nos recibió inmediatamente, pues del Ministerio le habían anunciado por comunicación oficial nuestra visita, estaba afectadísimo. Tenía sobre la mesa de su despacho el telegrama en que el ministro le anunciaba la triste nueva, y con una emoción grandísima nos lo presentó.

M. Compayré es un insigne pedagogo, no es meramente un profesor como cualquier otro. Si no estoy equivocado, debió ser de los que auxiliaron á Ferry en su campaña de reformas, representando con Buisson, Pécaut, Liard, Guillaume, la tendencia, hoy ya triunfante, de secularización de la enseñanza y de reconstrucción pedagógica. Es además un publicista muy distinguido, que ha escrito sobre historia de las doctrinas pedagógicas, sobre educación cívica, sobre historia de las universidades y sobre otras cuestiones particulares de su ciencia. Entre los estudios publicados primero en Revistas y luego en un grueso volumen, debo citar uno sobre cosas de España, que M. Compayré conoce bastante; ese estudio trata de un pedagogo español: el Sr. Giner de los Ríos y de una de las obras más modestas, pero á la vez más fecunda en excelentes resultados: la *Institución libre de enseñanza*, cuyo espíritu aplaude el profesor francés con entusiasmo y sin reserva alguna.

Por otra parte, M. Compayré no contrae su acción y su influjo personal á la enseñanza... militante y á la propaganda;

durante algún tiempo su actividad manifestóse en el Parlamento como diputado, interviniendo eficazmente en los trabajos legislativos relativos á la instrucción pública.

Según he dicho ya, el rector de Poitiers nos esperaba. En su virtud, lo tenía todo dispuesto, según nos dijo desde el primer momento, para que pudiéramos desempeñar nuestro cometido pronto y bien. Y así fué; después de hablar de nuestra misión á su país, de aplaudir nuestro punto de vista en la cuestión de los exámenes, de recordar á sus amigos (Giner, Cossío...) de España, de referirnos mil interesantísimos detalles de su viaje á Chicago y de su visita á las principales universidades norteamericanas, M. Compayré dispuso que su secretario particular nos acompañase á las distintas facultades, á fin de que los decanos, según tenía dispuesto, nos condujeran y nos dieran cuantas noticias y datos pudiéramos necesitar...

X

La Universidad.

Es esta una de las visitas á edificios é instalaciones de enseñanza de que estoy más satisfecho. En efecto, la Universidad ó Academia de Poitiers con su facultad de Derecho, Letras y Ciencias, es una *pequeña* universidad, modesta... y rica, de apariencias nada ostentosas, pero en el fondo sólida y bien constituida. No hay los lujos de París, de Burdeos, de Toulouse mismo, pero ¡qué importa! Hay todo lo necesario para enseñar bien y mucho. Lo monumental brilla por su ausencia; nada de escaleras que cuestan un sentido, ni de salones decorados, ni de fachadas imponentes, pero en cambio hay buenas clases, buena biblioteca, excelentes laboratorios.

Todo ello es en rigor de fecha recientísima, como que la instalación universitaria aún no está terminada. Merced á una subvención del Estado y al esfuerzo del Municipio, los antiguos edificios van poco á poco desapareciendo, sustituyéndolos otros nuevos. Hoy por hoy, la facultad de Derecho ocupa todavía un edificio antiguo, pero que se reformará muy pronto. La facultad de Letras ocupa ya gran parte de su edificio nuevo. La facultad mejor instalada, y que por las razones dichas en el párrafo anterior, podía servir de modelo... mejor mil veces que el derroche descabellado, por ejemplo, de la Universidad de Barcelona, es la facultad de Ciencias. Ocupa la parte completamente nueva.. Total, tres cuerpos con un jardín común central: uno de ellos para las ciencias físicas, otro para las naturales y otro en fin para las matemáticas. Cada cuerpo de edificio tiene: 1.º, un aula ó anfiteatro amplísimo, lleno de luz; 2.º, los gabinetes repletos de instrumentos, de colecciones; 3.º, el de ciencias físico-químicas; tres laboratorios: uno para el profesor, otro para el trabajo *personal* de los alumnos, y otro, en fin, para investigaciones científicas de los especialistas.

Allí se trabaja de seguro.

También merece mención especialísima la biblioteca de las facultades. La visitamos con mucho detenimiento, acompañados de los decanos de Derecho y de Letras y del inteligente y amabilísimo bibliotecario. Está instalada (provisionalmente aún) de un modo adecuado para que estudiantes y profesores puedan aprovecharse de ella. Tiene, como las de Toulouse y Burdeos, riquísima colección de revistas. Tiene además una inmensa colección de tesis doctorales de todas las principales universidades del mundo (Alemania sobre todo), perfectamente ordenada por un procedimiento originalísimo, invención del sabio bibliotecario.

XI

Descentralización universitaria.—Emulación.

Ya al hablar de Toulouse lo dije, pero la visita á Poitiers me obliga á insistir sobre el fenómeno á que me refiero. En Poitiers, como en Toulouse, como en Burdeos, como en Lyon, y, según parece, en todas las universidades departamentales, existe hoy una tendencia fortísima á afirmar la vida local y autónoma. Hay entre ellas una especie de emulación, de competencia sana, que se dirige á conquistar al público, á ganar en el concepto general científico... Esa emulación se traduce en enseñar mucho, en enseñar bien, en poner cada vez más alto y mejor la reputación de seriedad en la enseñanza, de solidez en la ciencia: tradúcese también en el esfuerzo económico constante para transformar todo el material universitario. ¡Ah! En esa Francia tan rica y tan culta, el Estado destina el dinero á manos llenas para edificios, libros y colecciones; y los Municipios hacen esfuerzos pecuniarios tan gigantes como el de Lyon, crean cursos y los sostienen como en Toulouse y contribuyen con sumas inverosímiles para un Municipio de una población de 30.000 almas como el de Poitiers, para construir los edificios de la Universidad.

Una de las preocupaciones que he podido advertir como más general en el profesorado de los departamentos, es el tener alumnos, atraer la juventud, y para conseguirlo, no se hace lo que suele hacerse en algunas partes, á saber: *levantar el brazo* en los exámenes y ser *transigentes* durante el curso, sino trabajar de firme y con alma, procurar instalaciones cómodas y adecuadas y poner muy alto el rigor de la enseñanza.

XII

En Burdeos.

Antes de volver á España visitamos también la Universidad ó Academia de Burdeos, con sus instalaciones modernas y ricas, su hermosísima biblioteca... pero no creo necesario insistir en poner en *limpio* mis notas. Después de haber hablado de la Academia Universitaria de París (única) y de haber descrito una Universidad *grande* y otra *pequeña* de los departamentos, en el estilo rápido, y... *al vuelo* en que necesariamente tiene que escribirse esto, referir lo visto en Burdeos resultaría quizá monótono y no de gran interés. Sería preciso meterse á hacer ciertas consideraciones, comparando, señalando detalles... y alargando más de lo conveniente este artículo, para que la notas de Burdeos fuesen algo más que una repetición casi de lo dicho sobre Toulouse.

Y como de Burdeos nos vinimos á Oviedo, casi de un tirón, sin tropezar más que... con la Aduana, hago aquí punto final.

ADOLFO POSADA,

Profesor en la Universidad de Oviedo.

FRAY JERÓNIMO SAVONAROLA

II

EL CARNAVAL EN FLORENCIA (1)

Es uno de los sucesos más conocidos, puede decirse que es el único por el que la generalidad sabe que existió *Savonarola*. Fué la organización de un espectáculo especial é inusitado, al que se dió el carácter de fiesta religiosa, significativa del triunfo del genio del cristianismo sobre el espíritu del paganismo: debiéndose celebrar el último domingo de Carnaval, en contraposición al desorden y desvarío de los tiempos paganos. El Carnaval tenía entonces para los italianos el mismo y seguramente mayor atractivo que en nuestros días; y al anuncio de dicho espectáculo y fiesta, acudió á Florencia un gran concurso de forasteros y muchísima gente de las ciudades y aldeas vecinas: no se hablaba de otra cosa más que del anunciado espectáculo, del fervoroso fraile su promovedor y organizador, y de la significación de la fiesta renovando el enardecimiento de la fe de los primeros siglos cristianos.

Llegó el día prefijado: en medio de la plaza levantóse una elevada pira, y por remate un colosal maniquí figurando el Carnaval con todos sus atributos. En aquella gran hoguera

(1) Véase el artículo primero de LA ESPAÑA MODERNA, Setiembre, pág. 43.

debían arrojarse y reducirse á cenizas todas las obras de arte y de literatura pagana ó con tendencia á ella, de antemano recogidas ó que allí se presentasen. Desde por la mañana, saliendo en procesión y esparciéndose por los barrios ocho mil muchachos llevando en la mano una pequeña cruz roja, recorrieron la ciudad, como última requisitoria, en busca de los objetos *anatematizados*, entendiéndose por tales, como se ha dicho, los de arte y lujo reputados profanos, libros y manuscrito licenciosos, dibujos, pinturas y estatuas representando desnudeces ó asuntos mitológicos, adornos inútiles de las mujeres, cuyo valor material debía destinarse á limosnas, y el precio de estos últimos resultó tan abundante que fué suficiente para fundar cuatro Montes de Piedad en alivio del pueblo... pero las obras de bellas artes y de literatura debían ser irremisiblemente quemadas. El entusiasmo fué tan extraordinario, que hoy no puede menos de parecernos ó una exageración de la historia, ó como una especie de vértigo social, tanto más inconcebible cuanto más violentas eran las contrarias y generales corrientes. Allí se vió á *Baccio della Porta*, después el célebre Fr. Bartolomeo, y á su amigo *Lorenzo di Credi*, cómo ellos mismos llevaron sus propias obras, tachadas de impureza, para arrojarlas al fuego; y muchísimos otros artistas imitaron su ejemplo. Ricos ciudadanos y magnates, conocidos poco antes por su amor á las bellas artes, enviaron desapiadadamente á la hoguera pinturas y estatuas compradas á gran precio... Aquello se transformó en un montón de obras de arte, muchas de ellas de un mérito de primer orden: muchísimo de lo producido por los artistas del Renacimiento estaba allí; y no solamente las obras modernas, sino estatuas antiguas, entre éstas algunas Venus, á las cuales se les había dado el nombre de mujeres que en Florencia llamaron la atención por su hermosura y por sus desórdenes, por ejemplo, la bella *Bencina*, la *Morella*, la *Bina*..., etc., todo debía reducirse á ceniza; libros y manuscritos de *Petrarca*, *Boccaccio* y otros poetas antiguos, razón por la cual son de extremada rareza

las primeras ediciones de sus obras : hasta muebles ricamente labrados y tallados y de gran precio fueron llevados al *altar de la purificación*, cuyo nombre se dió á la hoguera.

A la hora señalada para lo que puede decirse el *sacrificio artístico*, ó, si se quiere, para aquella especie de *auto de fe*, promovido por un gran desvío de sentimiento y de pasiones, y concebido por una gran idea, no podía ser menor lo grande del artístico desastre.

Púsose en marcha la fúnebre comitiva, que siempre, aunque en son de fiesta y alegría, reviste tristeza cuando su objeto es inmolar reos ó víctimas; y víctimas eran allí las preciosas obras de arte. Nada faltó á la mayor solemnidad del extraño espectáculo, y jamás cosa semejante concebida : siendo muy notable que aquel acto se verificase desposeyendo á las masas populares del inconsciente furor que siempre las domina en los momentos de realizar una destrucción, mayormente habiendo sido azuzadas, en cuyo caso es muy difícil contenerlas y enfrenarlas : allí sucedió todo lo contrario ; masas populares inconscientes, inteligencias privilegiadas, corporaciones, gremios, clero secular, órdenes regulares, todo obedecía á un plan calculado : el ardor de *Savonarola*, en su proyecto de radical destrucción, más por lo que aquel arte trascendental significaba que por lo que en sí eran aquellas obras de arte, parecía como que hubiese concentrado en sí todo el fuego, y toda la vida de los florentinos todos, por la docilidad con que le seguían y la espantosa frialdad con que le secundaban.

Llegó el momento fatal para el arte y feliz para *Savonarola*, como el del triunfo de sus predicaciones. En la procesión iban delante los niños, lo cual pudiera interpretarse como símbolo de la inocencia de muchos de aquellos objetos colocados ya sobre la pira; seguiales el clero y las órdenes religiosas, después de éstas, las jóvenes vestidas de blanco, seguidas por sus madres; cerrando la procesión una muchedumbre de peregrinos y pueblo: en el centro y á los lados, los artistas llevando las grandes obras del *arte nuevo*, del arte, á juicio del fer-

voroso fraile, no esencialmente cristiano. Era aquello un desfile de pinturas y de estatuas que se llevaban á ser quemadas á mayor gloria de Dios, que tal así sinceramente creían, en términos que hasta fué destruido el bello niño Jesús que con una mano daba la bendición y con la otra señalaba la cruz y la corona de espinas, obra del insigne y célebre *Donatello*. Cuando todos hubieron llegado al lugar del sacrificio, se prendió fuego á la pira. Y entre tantos artistas eminentes, tantos esclarecidos aficionados y amantes de las Bellas Artes, no se oyó ni un solo suspiro, ni un grito de dolor, ni una mal reprimida exclamación de sentimiento, ni siquiera un gesto que revelase la menor pena por la destrucción de tantas maravillas del arte. Casi tan triste como la pérdida de aquellas obras sería para nosotros aquella fría indiferencia y la desconsoladora convicción con la cual se cometía aquel acto. Un arrebató popular, se comprende; una irreparable perdición, puede ser acusable; un brutal desahogo puede ser lógico, aunque nunca legítimo: atendiendo á los tiempos, hasta se concibe la destrucción *iconoclastica*... pero no el desastre artístico realizado en Florencia por *Savonarola*, si no se hace un gran esfuerzo en conocer la gravedad de la tendencia de la época aquella y del estado de las costumbres, y aun así, quizá medios menos violentos hubieran podido adoptarse para remediar los males y daños que radicalmente quisieron cortarse, y, que en último resultado, brevemente retoñaron con parecida tendencia y con igual pasión por aquel carácter pagánico, á pesar de aquella destrucción en que no todo pereció, y mucho menos las ideas, que el fuego no las consume. Pudo parecer á muchos, juzgando por lo sucedido, asegurado el triunfo de aquella predicación: pero aparecieron otros artistas: germinaba un espíritu contrario, por más que sofocado: aumentaba el número de los enemigos de *Savonarola*, que tenerlos es condición de los hombres que valen, y éstos sólo esperaban una oportunidad para la explosión.

Esa fiesta del Carnaval en su sentido religioso, el espec-

táculo dado por *Savonarola*, había sido para él un día de triunfo; pero también fué el último día de su satisfacción.

Condensábase y aglomerábase sobre él la tempestad. Recordábase que cuando Pedro de Médicis, con ayuda de los aventureros de la Romanía, intentó dos veces volver á Florencia, puesto de acuerdo con sus partidarios, y descubierta la conspiración, el *Gonfaloniero Bernardo del Nero* y otros fueron condenados á muerte. Desde entonces los *Piagnoni*, ó secuaces de *Savonarola*, que motivaron aquella condena, perdieron mucho terreno en la opinión pública: su jefe empezó á ser mirado como intrigante, cuyas pasiones desmentían sus palabras, y que anunciaba como un enviado de Dios á Carlos VIII; y lo que más pesaba en su contra era el atrevimiento con que reprendía la conducta de la familia del Sumo Pontífice Alejandro VI, el tan conocido Rodrigo Borgia (mejor dicho, Lenruoli Borgia, ó Borja, cuyos italianizados apellidos, como de familia valenciana, debían ser, como no falta quien así lo supone, *Llansol* y *Borjes*). El Papa le formó un proceso de herejía, le prohibió la predicación y excitó contra él á los partidarios de los Médicis á la oligarquía y la envidia de las demás Ordenes. Protestó el fraile contra la condena de que era objeto, y con fecha 20 de Setiembre de 1497 le escribió lo siguiente: *Dígnese Vuestra Santidad indicarme qué es lo que he escrito ó dicho que requiera retractación, y yo libremente lo haré.* Y continuó predicando con más fervor y ante mayor número de oyentes, cuanto más se burlaban de él los llamados *Compagnacci*.

Sucedió que un fraile muy elocuente de la orden de San Francisco, rival de la de Santo Domingo, nombrado Francisco de Pulla, le retó y desafió á que probase la verdad de sus predicaciones con un milagro, ofreciendo entrar con él en una hoguera, atravesándola en una longitud de ochenta pies por un espacio de solos tres pies de anchura, asegurando que Dios protegería su ministro y quemaría el de Satanás. Dicese que la iniciativa del juicio ó prueba del fuego había partido de *Savonarola* tal vez en un momento de entusiasmo y como rasgo

de elocuencia, y que el franciscano Pulla la recogió y la aceptó: partiese del uno ó del otro, lo cierto es que, formalizado el reto, se estuvo á punto de ejecutarlo á contento general del pueblo. La multitud, siempre aficionada á los espectáculos, sean cuales fueren, y mayormente gratis, lo acogió con júbilo, preparó la hoguera, prendió fuego á la leña, y los dos frailes, ante un gran gentío, se preparaban á probar de parte de cuál de ellos dos estaba la razón, porque el pueblo no dudaba de lo irrecusable de la prueba. *Savonarola* empezó por discutir y retroceder, y Pulla le dijo: *Yo seré quemado contigo, pero habré hecho un gran servicio á la santa Religión.* Al ver que *Savonarola* titubeaba y se resistía á la prueba, muchos de sus discípulos y secuaces, hombres y mujeres, se ofrecieron á sufrirla por él, y en especial Domingo de Pescia. Exigió *Savonarola* que su contrincante ó retador entrase con la Hostia consagrada, pero los Franciscanos se opusieron á ello tenazmente; y pasándose el día en tales disputas é indecisiones, sobrevino por la tarde una gran lluvia que apagó la hoguera y dispersó la multitud.

Poco basta para que los que han sido mirados por el pueblo como sus ídolos, de repente lo sean también como el blanco de sus iras...: la historia nos ofrece de continuo tales ejemplos. El entusiasmo popular, viéndose burlado, abandonó á su profeta, á quien faltó la fe, y se transformó en cólera y deseos de venganza: el motín y la revolución rugía en todas partes; fué asaltado el convento de San Marcos, del cual continuaba *Savonarola* siendo prior; *fray Jerónimo* fué insultado: *Baccio della Porta* acudió con quinientos hombres armados, y espada en mano intentó defenderse dentro de la misma iglesia y junto al altar donde *Savonarola* se había refugiado; pero no permitió resistencia alguna, diciendo que un ministro del Señor no debía emplear más armas que las espirituales; que si había rehusado morir como fanático, quería morir como cristiano.

A tal punto llegados los sucesos, y sin que ofreciese temor la fuerza de sus secuaces, la señoría de Florencia pudo

ya dejarle prender y enjuiciar. Quince de sus enemigos fueron los jueces: sometido al tormento para que confesase la falsedad de sus revelaciones, desmintió, por el contrario, las calumnias, sosteniendo que no se creía inspirado, fundándose únicamente en las Santas Escrituras; que no le movió ni la codicia ni la ambición, sino el deseo de cooperar á la convocación de un Concilio para la reforma de las costumbres, como en los tiempos apostólicos. Condenósele á ser quemado vivo, juntamente con Fr. Domingo y Fr. Silvestre Marufi: y cuando el Obispo, al degradarlos, declaró que los separaba de la Iglesia, como herejes, añadió *Savonarola*: «*De la Iglesia militante*», y expiró con la confianza de entrar en la «*triumfante*»: su ejecución ó suplicio se verificó el día 23 de Marzo, según unos, ó de Mayo, según otros, del año 1498. Sus cenizas fueron arrojadas al Arno, y las orillas del río se cubrieron de gente, buscando en ellas y en sus arenas los restos y carbones para conservarlos como reliquias: su fama de doctor y de mártir y elegido como bienaventurado, tomó incremento y consistencia al correr la voz del milagro de una estatua de piedra ó de madera, la cual había levantado un brazo, y con un dedo señaló el alma de *Savonarola* llevada al paraíso por unos ángeles: y el pueblo, que todo lo cree, lo creyó, y seguramente muchos hubieran jurado haberlo visto.

Dice César Cantú, que la muerte de *Savonarola* no fué un asesinato religioso, sino político: y mientras era maldecido por unos como impostor y demagogo, le veneraban otros como santo. Francisco Meyer de Jena, que en 1836 ha publicado muchas cartas de Alejandro VI, presenta á *Fr. Jerónimo Savonarola* como el precursor de Martín Lutero.

Aquel suceso motivó que viéranse de repente aparecer escritos y pinturas significativas y medallas, en todo lo cual *Savonarola* aparecía adornado con los títulos más gloriosos: poco tiempo después, Rafael, en su famosa pintura *la disputa del Santísimo Sacramento*, en el Vaticano, lo colocó entre los Doctores de la Iglesia; su retrato figuraba en la iglesia de Santa

María Novella, en una de las vidrieras de colores en la que está representado Jesucristo predicando, y el nacimiento de Santo Domingo: Santa Catalina de Ricci le invocaba en sus oraciones; San Felipe Neri, que conservaba su retrato en su cuarto, rogaba á Dios que su memoria no fuese reprobada. Los historiadores *Menard* afirman que no lo fué, en efecto; que el proceso *Savonarola* fué revisado y anulado, y esparciéronse sus imágenes y medallas, designándole con los títulos de doctor y mártir; y durante más de dos siglos, el día del aniversario del suplicio, los jóvenes cubrían de flores el lugar manchado con aquel acto.

El citado Cantú, en sus aclaraciones, se extiende muchísimo en lo referente á tan interesante personaje; pero son tan extensas y minuciosas, que su extracto las desvirtuaría; y como de otra parte en nada alteran la principal esencia de lo indicado, en cuanto á su personalidad, celo y fervor religioso, y mucho menos en lo concerniente al efecto de su predicación respecto á las bellas artes y sus trascendentales consecuencias, se puede prescindir de dichas aclaraciones; con lo dicho queda tratado el punto principal, y después de esto, venimos á parar á las preguntas del principio y algunas consideraciones. ¿Fué acaso *Savonarola* un ciego fanático, un místico inspirado, un iconoclasta furioso, un sincero proclamador de la pureza de la fe, un ferviente reformador de las costumbres, un cristiano ejemplar, un humilde fraile, un político ambicioso, un indómito heresiarca, un héroe, una víctima ó un mártir? ¿Qué consecuencia produjo el vehemente predicador en la manifestación espléndida del sentimiento de lo bello, preparada por los artistas de los siglos XIII y XIV, dejando trazada la senda á los del siglo XV y del XVI? Y aquí digo y pregunto: ¿Fué *Savonarola* causa ó efecto? No pudo ser causa, porque predicó, declamó y se esforzó en destruir lo que dió motivo para cuanto dijo y llevó á cabo á consecuencia de sus ideas; fué, pues, efecto de una causa dada y motivada por otros, como sucede siempre en semejantes casos y sucesos, los

cuales responden á las necesidades sociales y corresponden á los tiempos. Y sigo preguntando: ¿Qué le hubiera sucedido á *Savonarola* si exclusivamente se hubiese concretado á las manifestaciones artísticas inconvenientes, encauzando de nuevo el arte cristiano, trascendental bajo este punto de vista, enca-minándolo á la genuina y propia y decorosa y debida expresión del sentimiento religioso, depurándolo de su carácter de belleza ó reminiscencia pagana?... ¿Si se hubiese esforzado sencillamente á su empresa, aunque con todo el ardor de la convicción, por la persuasión y la necesidad de la reforma de las costumbres, pero vedándose terminantemente entrar en el orden en que gira la política... esa cosa, según frase feliz de un escritor valiente, *que debe valer muy poco cuando Dios la abandonó al dominio del hombre*; indicándolo con las sabias palabras: *Dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César*; vedándose tocar todo lo candente, todo lo ajeno de su idea, y de lo cual podía prescindir como orador, como fraile y como sacerdote?

Así, tal vez hubiera sido posible y probable su triunfo, quizá más radical y más duradero, y siempre con la ventaja de librarse de las represalias de sus enemigos é interesados en el gobierno del Estado, los cuales más ó menos tarde habían de procurar la perdición de su contrario, sin atender á lo justo y motivado de lo que combatía y defendía; de los abusos que señalaba y de los desenfrenos, desórdenes y extravíos que anatematizaba.

No hay que dudarlo; como sucedió entonces, como hoy sucede, como sucederá mañana y siempre, y nunca con escarmiento, al tocarse las cuestiones políticas se empañan y comprometen los éxitos de las que pudieran tratarse sin inmiscuirse ni rozarse con aquéllas. Por desgracia es muy sabido que no siempre es posible su total separación; que en muchos casos son de tal género sus relaciones, que es imposible desenlazarlas; pero también es cierto, y doblemente lamentable, que muchas veces, que aun cuando estén por su índole separadas,

se hace un esfuerzo en unir las, se violenta su identificación, se intenta y se logra presentarlas compenetradas, como dependientes unas de otras, para soliviantar los ánimos, para interesar en ellas como medios ó resultados, de los cuales podrían dejarse libres y ajenas. Ciertamente es que en algunos casos esas relaciones pueden ser afines y muy íntimas, como precisamente lo demuestra el asunto mismo de que se trata, como algunos otros podrían igualmente demostrarlo ya en bueno como en mal sentido. Pero de unos sucesos históricos en períodos especiales y causas particularísimas, formular un pensamiento y arraigar una convicción general de continua aplicación, esforzándose en querer presentar la índole de la cosa como incontrovertible fondo de verdad, siempre lo mismo, en todo, en todas partes y en todas épocas, y no distinguir bien la gravedad del extravío de la importancia del desvarío, de la lícita facultad en lo que sea opinable, media mucha distancia, lo separa mucha diferencia y en no verlo así es en lo que se equivocan muchísimos, por rutina propia de la gente de cortos alcances, y no pocos que á sabiendas y con aviesas miras sostienen y mantienen la violenta tensión de la animosidad en extremos de asequible y fácil armonía. ¡Eso es un mal! ¡Y mal gravísimo, tanto mayor cuanto menos trazas lleva de remedio! Separando la vista de esa sensible y desgraciada campaña, volvámosla á nuestro asunto.

Hemos de tener por indiscutible, como cuestión de hecho, que *Savonarola*, más ó menos duradero y de mayor ó menor importancia y consecuencia, obtuvo un éxito contra el arte acentuadamente pagano; un éxito contra la dinastía y el poder de los Médicis; un éxito á favor de la política y gobierno popular; un éxito llamando la atención de Europa, y conjurando en contra suya los poderosos de Italia y Roma frente á frente. Abandonando los de índole distinta del asunto de que se trata, y que no deben en este caso interesarnos, concretemos la atención á los concernientes á las bellas artes.

No puede decirse que *Savonarola* pensase en crear una es-

cuela de nuevo carácter, ni mucho menos de nueva y desconocida tendencia, en armonía con sus ideas y sentimientos, porque, sobre no ser esto posible, no necesitaba de otra cosa más que de impeler á los artistas hacia lo conocido ya, hacia lo que se amoldaba á sus proyectos y respondía á sus intentos: porque su arte tenían las obras de los artistas del siglo XIII y del XIV, y de gran parte del XV: para comprender lo que esto significa, basta recordar los nombres y las obras de Cimabue, Gaddi, Pisano, Buffalmaco, Lapo, Giotto, Fra Giovanni, Massolino, Lippo, Simone, Vanni, Orcagna, Starnina, Mino, Ghiberti, Verrochio, Donatello y muchos más, cuyos nombres se omiten para no prolongar la enumeración de todos ellos. A la predicación, á la tendencia y al indicado rumbo evidentemente razonado en fuerza del desvío por el cual se corría, ofrecíase el ejemplo de las obras de arte de los maestros saturados, digase así, del estilo rígido y de la mística inspiración del arte de la Edad Media, no contaminados aún del sabor clásico del arte pagano, ni siquiera por los acentuados esfuerzos hacia la exageración del naturalismo.

Ancho campo ofrece, sin duda, este punto á la controversia para sostener, con sólido y con aparente fundamento, reñidas polémicas, en lo tocante á los artistas llamados *trecentistas*, arquitectos, estatuarios, escultores, orífices, repujadores y pintores, por lo general simultáneas en ellos todas las manifestaciones artísticas; considerándolos precursores de los de *mil quinientos*, y del esplendor del arte al terminar dicho siglo y empezar el *décimosexto*: aduciendo en consecuencia, que, si tales precursores fueron, á la vez hubieron de preparar la inclinación del arte del lado á que se inclinó luego. Esta observación, que parece un argumento en firme, se destruye con facilidad profundizando el asunto, y demostrando que el extravío en las bellas artes, sobre todo en el arte religioso, punto culminante del asunto, pudo ser debido precisamente al olvido de las máximas y sentimientos de los precursores; y á causa de haberse descubierto con posterioridad los ejemplares

del arte del paganismo, revistiendo de novedad aquellas viejas ideas, olvidadas y desconocidas por su destrozo y ocultación en las ruinas de los monumentos arquitectónicos, y arrojadas al fondo de las aguas aquellas delicadas estatuas, revividas por el genio del Renacimiento, el cual, saboreando las obras literarias de los autores clásicos, y empapándose en la belleza de las plásticas labradas por el cincel griego, prendados de ella, se esforzaron en hacer lo que aquellos artistas hicieron, impresionándose, imitando y copiando, y adecuando... pero no se esforzaron en hacer como ellos hicieron; y unida esta equivocación á otras complicaciones, resultó un grave error trascendental: ante aquel arte, indudablemente bello, y superior á todo lo conocido, y ni hasta hoy en estatuaria sobrepujado, el espíritu del Renacimiento padeció un arrebató, quedó como deslumbrado, y se dejó llevar de su impulso sin el debido discernimiento, sin duda inconscientemente, supuesto que no parece resultar se hiciese esfuerzo alguno en distinguir qué clase de fuerza y de sentimiento religioso, y qué clase de potencia de espíritu patriótico había producido aquellas obras de arte; parangonando aquellos móviles con los suyos, y con su sentimiento distinto y su espíritu diverso, para poder producir cosa semejante; cuidando menos aún de medir la distancia que mediaba de una á otra época, y hasta lo encontrado de las corrientes de las ideas y de los sentimientos. Y como mal podían adecuarse unas cosas á otras, resultó que aun cuando el arte del Renacimiento de los siglos XV y XVI en el sentido de que se trata, contenga en su esencia excelentes condiciones... porque en arte, y en el orden de lo bueno, éste siempre es idéntico á sí mismo... el arte del Renacimiento, aunque contenga obras de mérito relevante, lo cual ni niego, ni puede negarse, y de apropiada aplicación en algunos casos, sin embargo, el inconsiderado abuso y general adopción como gusto reinante y predominante en muchos otros casos por su desacertada aplicación, resulta como un arte *híbrido*, en no pocos anacrónico, en bastantes de todo punto inconveniente

y hasta detestable, por más que muy revestido de riqueza y de aparente belleza se ofrezca, en todos aquellos en que la reminiscencia y la tendencia pagana no puede ni debe ostentarse, ni siquiera transparentarse, antes bien, todo lo contrario.

Ya se sabe, huelga indicarlo, cuán difícil era, puede decirse imposible, que el sentimiento artístico, la explosión del genio pudiese permanecer sujeta á los estrechos límites de leyes coercitivas, y supeditado á la severidad de un cánón trazado cual ejemplar modelo, como las esfinges, las cariátides y los colosos egipcios; ó como el arte religioso ruso, que es, en suma, una especie de industria artística (permítase la disonante frase), y que se explota en las poblaciones de *súsdal* y *arsamáss*, abasteciendo todo el Imperio, y los puntos á que alcanza aquella creencia religiosa, y hasta las colecciones de los aficionados, en las cuales quedó como vinculada la práctica de ese arte que puede calificarse *abyzantinado*, cuya tradición y fiel imitación dura desde la disidencia lamentable de los Padres de la Iglesia en los célebres Concilios de Nicea, Constantinopla, Efeso y Calcedonia, la que ocasionó el cisma de Oriente y la separación de las Iglesias latina ó católica, y la griega ó rusa cismática. El arte obedeció entonces á los impulsos que recibía y de los que no pudo prescindir ni separarse; así como, obedeciendo al móvil de las ideas del Renacimiento, no podía seguir los ejemplares de aquel primitivo misticismo, ni los de la época más rígida de la Edad Media: tampoco niego, ni puede negarse, que aquel arte adolecía de alguna exageración, á la que no podían amoldarse las nuevas tendencias en punto á la belleza: ni menos eran tampoco las diversas apreciaciones referentes al particular, cuando la controversia venía indicada ya, como se ha dicho, por aquellos Padres, iniciada por San Justino, y removidas por San Clemente de Alejandría; San Gregorio, San Jerónimo, San Ambrosio, San Agustín, San Crisóstomo, San Cirilo, Theodoreto y otros, en pro y en contra respecto á la belleza moral ó material de las sagradas imágenes... de lo que resultó que el *arte mystico* pu-

diese incurrir, como incurrió, en la inconveniencia exagerada de dar demasiada importancia al espíritu y á la idealización en perjuicio de la belleza, de la forma y de la naturalidad, fiando en la sencilla fe de los fieles. Mas como esa prudente línea divisoria es la más difícil de trazar y conocer, de ahí resulta la gran dificultad en contenerse en un límite sin tocar en el otro; de ahí resulta la exageración en uno y otro sentido; y de esto se desprende, que, raras veces, la obra de arte se sostenga en el equilibrio de carácter que á su condición corresponda. En aquella época, la del Renacimiento, como en todas, el arte no podía permanecer estacionario, ni tampoco retroceder á una rigidez y severidad poco armónica con el nuevo modo de ser social. El sentimiento artístico, á la vez que intuitivamente debía conocer el secreto impulso que le agitaba, no debía tampoco desconocer su procedencia; pero en la lucha para exteriorizar su modo de sentir, no se daba clara razón de cuál debía ser su natural y debida tendencia, al salir de un período y entrar en otro casi sin punto de contacto; considerando á los artista en tales dudas, incertidumbres, deseos y zozobras, y haciéndonos cargo de tales circunstancias, casi podría acentuarse el juicio, que no sabrían qué hacer al encontrarse con los descubrimientos de los restos del arte griego y romano, lo cual produjo un efecto parecido al de prender fuego á bien preparada cima, cuya explotación casi es instantánea. Los artistas, quizá, no llevaban ni la remota intención de acentuarse paganos en la manifestación y exteriorización de su sentimiento; tal vez el mismo violento esfuerzo en contrariarles les empeñó más y más en aquella tendencia, ¡quién sabe! ¡quién puede apreciar con exactitud la fuerza de las circunstancias, los efectos de la atmósfera que se respiraba, la presión de los tiempos! Graves pueden ser los errores que se cometan juzgando sucesos de tan remota fecha, y que difícilmente se conocen con la necesaria claridad.

JUAN O'NEILL.

VIDA LITERARIA
DE
DON ENRIQUE DE VILLENA

(SEGUNDA PARTE) (1)

III

TRATADO DE LA FASCINACIÓN

Tócanos hablar ahora de una de las obras más curiosas y originales del nieto de Enrique II; obra que, empezada y casi concluida en 1422, fué definitivamente retocada en este año ó en el siguiente (1425): de su *Libro del Aojamiento ó fascinología* (2).

También aparece enviado á su grande amigo Valera, con la siguiente carta que empieza este escrito: «Johan Fernandez: yo DON ENRIQUE tio de nuestro señor el Rey é uno de los

(1) Véanse los números de LA ESPAÑA MODERNA correspondientes á Julio y Setiembre del presente año.

(2) Es el último opúsculo que contiene el citado códice S. 126; consta de 11 hojas, de igual letra que los anteriores y con este principio: «Aquí comienza el tractado del ojo ó de façinacion fecho por el muy virtuoso señor DON ENRIQUE DE VILLENA.» Está dividido en nueve capítulos. Por un manuscrito bastante incorrecto, copia hecha por D. Rafael Floranes de un códice más moderno que el de la Biblioteca Nacional, ha sido impreso este tratado en la *Revista Contemporánea*, t. IV, páginas 405 á 422 (1876). Sin embargo, algunas variantes que ofrece este texto con respecto al S. 126, merecen estudiarse antes de rechazarlas definitivamente; aunque la mayoría son errores bastante groseros, propios del original que tuvo presente Floranes.

del su Consejo, vos envío mucho saludar, é cierto fágovos saber que sábado pasado cercano, III Calendas Junii (ó sea el 30 de Mayo) á una hora y dos grados desa noche, una vuestra rescebí carta con é por Miguel Ruys, escudero de mi casa, é por ella entendí vos fuera aplacible la breve declaracion que sobre las Escripturas (1) en las epistolas que vos envié, fice; de que dubdaba non poco por ser tan breve y mal compuesta en quien podia clarescer con cuanta se fizo priesa.»

Esta obra, *spécimen* de otra más extensa que se proponía escribir (2), fué compuesta en Torralba, en cuatro días, según manifiesta, habiéndola empezado el mismo día 30 de Mayo y la tenía ya terminada el 3 de Junio.

Modificada después para ser enviada á su destino, aparece dividida en solos nueve capítulos, en los cuales desarrolla la materia del modo que vamos á indicar.

Sabido es en qué consiste la vulgar creencia que motivó el escrito del señor de Iniesta: esto es, el daño causado en el hombre y hasta en los animales, por el simple efecto de la mi-

(1) Debe de ser la *Exposición* del versiculo 4 del Salmo VIII, de que se acaba de hablar.

(2) En la carta que hizo anteceder á su *Tratado de la Consolación*, para ponderar DON ENRIQUE la prisa que se dió en componerlo, dice á Valera: «E fué cerca de vos mudo y vaco la péñola *de continuar el tratado de la fascinología*, es á saber, sermon del ojo, siquier aojamiento, que á vuestros preces y para vos avia començado, distinguiéndolo en tres partes é cada una de aquellas en treinta capítulos lo dividiendo. E ya á la primera doce tenía cumplidos capítulos, trayendo por autoridades famosos doctores, cuándo y cómo y por quién la fascinación fue sabida, conocida, divulgada y actualmente parecida. E aún están así aquellos pocos y primeros capítulos esperando subseguir los otros en la división prometida». Algo hubo de alterar después este plan, como se ve por lo arriba expuesto; pero nunca renunció á componer la obra extensa; pues en el cap. I (f. 2) de la que hoy conocemos, dice al citado Valera: «Con todo eso, tanto fui incitado por vuestras gratas incitaciones ó invitaciones, que tomé osadía de escrebir alguna desto cosa, non en paga mas por señal, con entención que si el vagar consintiere, dello faré un tratado, la ayuda permisa divina, é vos lo enviaré.» Lo mismo advierte en el cap. IV (folios 6 y 6 v.): sin embargo, probablemente habrá dejado incumplida su promesa.

rada de ciertas personas ó de irracionales. Pero oigamos á DON ENRIQUE tratar técnica é históricamente el asunto. «Muchos filósofos y grandes letrados fablaron del ojo, donde se deriva aojar, que en latín decimos façinare, y por aojamiento facinacion, y pocos dieron la causa dello, y fueron menos las causas alcanzantes de sus remedios preventivos, çegativos é subsecutivos, si quier, curativos. Los más, empero, concuerdan de aquéllos sean algunas ponçoñas tanto venenosas en su complexion y tan apartadas de la ebrasía, que por vista emponzoñan el aire y los á quienes aquel aire tañe é lo reciben por atraccion inspirativa» (1). «E la tal venenosidad de complexion, más por vista obra que por otra via, por la soti-leza del pus visibo que su impresion de más lexos en el aire difunde. E tiene distintos grados según la potencia del catador y la disposicion del catado. E por esto más en los niños pequeños tal acaesce daño mirados de mandada vista por aber-tura de sus poros y fervor y calidez de su sangre abondosa, dispuesta á rescibir la impresion» (2). «E el tal acto ó recep-cion dicen aojamiento ó facinacion: desto mueren asaz perso-nas y otros adolescen de manera que non saben de que les viene, y non les prestan las comunes medicinas sinon aquellas que para esto son especiales y propias, y cuidan muchos que las palabras dañan en esto más que el catar, porque ven que si alguno mira á otro que le bien paresca é lo alaba de fer-moso ó donoso, luego parece daño en él de ojo, si quier, de facinacion» (3).»

«Contra este daño usaron de tres maneras de remedios los sabidores, y hoy se face en lo que dello se alcanza. Una, ante del daño, preservativamente: é otra para conoscer el daño recebido cuando es duda si es facinacion: otra para despues de cognoscido, para lo quitar y librar dello el paciente. Cada

(1) Cap. I, folios 2 y 2 v.

(2) Id., f. 3.

(3) Cap. II, f. 3.

una destas *maneras* por tres *vías* fue proveida y usada de los antiguos, é agora los modernos: por *supersticion*, por *virtud*, por *cualidad*» (1).

Acercas de la primera *via preventiva*, enumera el autor varias prácticas de los árabes, persas y judíos, como poner al seudo enfermo manezuelas, sartas de conchas, pedazos de espejo, libros pequeños, dineros agujereados, avellanas llenas de azogue, dar ciertos saltos y otros varios medios en los que DON ENRIQUE no quiere ocuparse con tanta extensión como podría, «buscando, dice, las razones de todo esto y sus principios y los inventores contar y los tiempos en que lo fallaron y primero usaron, que está asaz claro en estorias antiguas, porque non sea visto mostrar dotrina perniciosa y contra á la divina ley, en la cual me delecto y tales suspectiones aborresco» (2).

Tampoco se entusiasma gran cosa con ciertos nombres judíos ó hebreos que servían para la *segunda via preventiva*, ó sea la *de virtud*, por *no usarse entre cristianos dellos*; pero sí menciona otros remedios que emplean éstos, como «traer coral y fojas de laurel y raíz de mandrágora y piedra esmaltada y jacinto y dientes de pez y ojo de águila y mirra y bálsamo» (3).

Por *calidad*, que es la *tercera via preventiva*, dice que «mandan traer buenos olores, así como almizcle, ámbar»; buenas aguas, como muscada, de azahar, de romero y buenas unturas, como el unguento de alabastro, el *tiblo* del aceite» y otras, «según más largamente contó Cleópatra, mujer de Marco Antonio, en el *libro de sus afeites* (4)». La autoridad no puede ser más auténtica.

En cuanto á la *segunda manera*, ó sea la de conocer la fascinación, se verificaba por los mismos tres procedimientos,

(1) Cap. III, folios 3 v. y 4.

(2) Id., f. 5.

(3) Cap. IV, f. 5 v.

(4) Id., f. 6.

esto es, por la vía de superstición, de virtud y de calidad. Los medios propios de la *primera* son bien groseros y primitivos, aunque «según oí decir (habla DON ENRIQUE) á un sabidor morisco, que decían el Xarafi, el Viejo de Guadalajara, aún algunas reliquias desto han quedado. Pero tales cosas (añade) en nuestra ley son defendidas como supersticiosas y contrarias al buen vevir: é por eso en esto non me detengo (1)». «Y paso á la *segunda vía*, virtud, por la cual, así por palabras, como suspensiones y untamientos y entienden algunos que parece luego si el daño es por esta causa.» Como uno de estos medios, cita el que puso Rabi Aser (2) en el *Açobala* «que dexó en Toledo escripta de su mano»; y consiste en grabar algunas letras hebreas en tierra de alfarero y ponerla en la mano del enfermo, el cual, al dormir gemirá entre sueños si el mal es de ojo. «E maestro Asday Crestas (3), que fue en este tiempo, añade DON ENRIQUE, me contó viera colgado al cuello el salmo que comienza: *aser ays*, que entre nosotros dice *beatus vir* (4), que luego el paciente sudaba si era de ojo; é si non sudaba parecia su complexion estar mal concertada por el daño de facinacion recebida.» «Aun por virtud de suspensiones, aplicaciones fablan los que tales fallan esto, como poniendo sobre los pechos la piedra de cazduro que se falla en el estómago del oso face venir los ojos en lágrimas al pasionado; é poniendo en el dedo suyo esmeralda, se escurece su color á poca hora (5).»

(1) Cap. v, f. 7.

(2) Rodríguez de Castro, en su *Bib. Rabínica* menciona un Rabi Aser que fué presidente de la Academia de los judios de Toledo, pero no cita obra alguna suya.

(3) Es probable que sea Rabi Chasdai Qresqas, como escribe R. de Castro, natural de Zaragoza, traductor de una obra de Algacel, titulada: *Pesos de la justicia*, y que vivia aún en 1478, ó bien otro Rabi de la misma familia, algo anterior llamado Rabi Qresqas Descolar, que tradujo al hebreo la *Summa Medicinal* de Arnaldo de Villanova y que manuscrita de letra de principios del siglo xv, existe en el Escorial.

(4) Es el salmo i.

(5) Cap. v, folios 7 y 7 v.

«Por la *tercera via*, y segun y cierta se conoce calitativa-mente así en la catadura del enfermo que la tiene turbada y ama tener los ojos bajos y estar echado y non sentado se fuerza, y estar pensoso, y sospirar de vagar, y tener cuidado sin saber de qué, y sentir quejo en el corazon, y escurescimiento, y dolerse en el cuerpo como en non querer comer, ni tener señales de especial acostumbrada dolencia, ni saber causa nombrada, prestarle poco las comunes melecinas. E aun fállanle á las veces frio y súbito se muda en calor y alterándose por veces trocadas y sudores que le vienen non razonables y luego lo dejan, y aprieta las manos y absconde los pulgares, y bosteza á menudo y tiene el oir más agudo que de antes y estríñese de vientre; y tales accidentes muestran daño de ojo haber esto causado (1).»

Ultimamente, para reparar el daño, y sabido ya que sea aojamiento, que es la *tercera manera*, dice el señor de Iniesta que se usan las mismas tres vías, pero muy diversamente según los lugares, y con la circunstancia de que los medios preservativos, ya indicados, son al mismo tiempo curativos; ó lo que es igual, sirven también para esta tercera manera. «Así lo afirma Maestro Marsilio (2), que fue en este nuestro tiempo físico del Duque de Milán, en su *Experiencias (sic)*, en el capítulo *De cura fascinatione*.»

Los remedios que los antiguos usaban por la primera vía ó de *superstición*, para la manera curativa eran «bostezar en nombre del enfermo muchas veces fasta que le cruxian las barillas: é esa hora decian que era ya quitado el daño. E otros lo pasaban en balanzas con un canto grande y lanzábanlo en el agua corriente, y aun lavábanle el pie derecho con agua de Runia y dábanla á beber á gallina que non oviese bebido, que era salud ó señal de salud, y si non la bebía era de muer-

(1) Cap. VI, f. 7 v.

(2) Este Maestro Marsilio parece que fué padre del célebre Marsiglio Ficini, filósofo platónico florentino, uno de los más ilustres y decididos campeones del Renacimiento.

te. E otros lo safumaban con hierba cur y con astrologia redonda y con péñolas de abuvillas y de lechuzas, y otros le abriraban las sobrecejas con sebo de encebras untado; y algunas destas cosas han quedado en uso en este tiempo: é tal cosa non ha por bien la Iglesia católica, é por ende, usar non se debe por fieles y creyentes (1)». Por *virtud* (segunda vía) y por nombres, «obraban, segun puso el dicho Rabí Zag Irrach (2) en su *Tabla*, que si dan á beber el nombre mayor de las cuatro letras que se dicen de la *hunayan* con agua rosada desleido que sea escripto en escudilla de madera con azafran y canfora y lágrimas del paciente, que lo sana del ojo malo aquel año. E Rabí Zaraya, á quien decían *Enferrez*, que fue en este tiempo me contó probara algunas cosas, *Cabalot* entre ellas; que tomara un ramo de lulaf y diciendo sobre él *caddis*, y escribiendo en una de sus fojas el nombre de Sant Delfón el angel; é dando á beber al enfermo facinado del polvo desto, quel sanaba. E decia más que asentandol en la teba de rostro al *hebal* y diciendo *Adonay heloyn* siete veces que avia remedio por virtud destas palabras. E por cierto en estas obras que por virtud de palabras se obran, grandes secretos alcanzaron los ebraiquistas. Esto fizo la gran antigüedad de aquella lengua, donde descenden las otras lenguas (3)».

En cuanto á los modernos, «buscaron remedio por las virtudes de las piedras y de las hierbas y de los miembros de los animales, así como poner fojas de alfabaca en las orejas y traer uñas de asno montés, que dicen onagro, y sortijas de uña de asno doméstico, verga y colmillo de lobo y piedra y diamante en el dedo y oler ysopo y *lilium convalium* y traer lana de naquera (*sic*) en la mano: é todas estas cosas han propiedad para ésta y facen provecho cognoscido, como recita el dicho

(1) Cap. VII, f. 8 v.

(2) De un judío de este nombre y de sus obras escritas por orden del Rey Sabio, entre ellas, una *Lámina universal*, habla largamente Rodríguez de Castro, en su *Bib.*, I, 116 y siguientes.

(3) Cap. VIII, f. 9.

Maestro Marsilio en el libro nombrado. Fué físico muy famoso en su vida, é ovo experiencia de muchas virtudes de natura, conformes á las complexiones de agora en proporcion atractiva, é dejó despues de algun tiempo fama en práctica donde vivió. E léese hoy en las escuelas la exposicion que fizo sobre Avicena, segun me contó Maestre Pedro Tursiniano, que fue su compañero (1)».

En fin, por *cualidad*, curaban el aojamiento aplicando al paciente sobre el corazon paños de escarlata mojados en agua rosada con sándalo; con hacer que tenga en la mano un *hueso de marfil* y coral al cuello; no dejarle estar sólo; darle dictamo á beber; regar la casa con zumo de hiedra y vinagre; estirar los miembros del enfermo á menudo, hacerle desperezarse y otros varios.

No terminaremos este ya largo extracto y análisis sin transcribir el siguiente notable pasaje: «E los físicos de agora, saben en esto poco porque desdeñan la cura de tal enfermedad diciendo que es obra de mujeres y tiénela en poco. E por eso no lo alcanzan las diferencias y secretos déllo que se alcanzan parando en ello mientes. Empero todas estas cosas son en la y de la filosofia alcanzadas, á quien pertenesce pescutrar, saber investigar y dudar y solver las divinas y humanas questiones y penetrar los secretos dellas»; lo cual prueba que el buen sentido existía también entonces y que no todos eran tan soberanamente crédulos como DON ENRIQUE.

El cual de nuevo ofrece tratar más extensamente la materia y explicar cómo esta fascinación obra también en las cosas *insensadas*, como piedras, objetos de vidrio y vasos, los cuales, «loándolos de fermosos se quiebran por sí, y árboles secarse; y tales extrañezas entonce destas y de otras mayores poner las soluciones, según los autores que desto fablaron (2)».

Tal es el famoso libro de DON ENRIQUE DE VILLENA: care-

(1) Cap. VIII, folios 9 y 9 v.

(2) Cap. VIII, fol. 9 v.

ce, como se ve, de todo mérito literario, pero no se dirá lo mismo acerca de su importancia en otro orden de ideas, especialmente considerado como elemento de información sobre su autor. Pero no seamos demasiado severos con él, viéndole creer ciegamente en el *mal de ojo*; no le exijamos un criterio independiente (quizá demasiado independiente) como el nuestro, ó el de nuestro tiempo, olvidando la época en que vivió, la atmósfera social que le envía, ciertas imposiciones cuasi dogmáticas, al menos como entonces se consideraban, la tradición científica de esta y otras creencias no menos absurdas; y entonces no extrañaremos que, en vez de enderezar su obra á combatir la creencia en tan imaginaria enfermedad, se ocupe muy seriamente en su estudio, ó, mejor dicho, en el estudio de los autores que habían escrito acerca de ella.

Muéstrase en este breve tratado el de VILLENA pródigo en citas, mezclando, como de costumbre, la erudición clásica y sagrada con la profana, representadas aquí por San Pablo, San Jerónimo, San Isidro, San Bernardo y Platón, Aristóteles, Virgilio, Aulo Gelio, Casiodoro y Vegecio; otros ya nombrados en anteriores libros, como Alberto Magno y Felipe Elefante; los árabes Aben Ruiz (Averroes) *Comento de sopno et vigilia* (1), Farese ben Exia (*Philahanaptia mayor*), Aben Reduan (2) (*Gayat Alhaquin*), Cantaf el Indiano, Muçaf Alzimar el Corto; los hebraístas Rabi Zag, ya citado, Rasech Enoch llamado el *Maestro de Girona* (3), y Rabi Asser de Toledo (4)

(1) Transcribo los nombres y títulos tal como los escribe don Enrique.

(2) Según Casiri (*Bib. árab.-hisp.*, 1.º, p. 193) se llamaba Abu Hassam Ali ben Redhuan, egipcio que murió el año 460 de la Hégira (siglo XII). La obra citada por el de Villena será la que Casiri titula *Artis Logice*.

También escribió unos *Comentarios sobre Galeno* (Casiri, 1.º, p. 249).

(3) Quizá sea uno que no hace más que mencionar Rodríguez de Castro (Ob. cit. I, 50, col. 2.ª) DON ENRIQUE le atribuye una *Tabla*.

(4) Se le menciona como Presidente de la Academia toledana de judíos en el siglo XI ó XII.

(*Açobala*); Bernardo Gordonio (1), el español Egidio Zamorensis (2), y, por fin, otros para mí desconocidos; como Basilógrafo (*De las propiedades de las cosas*), Caumente (*Avarices*), Fisiólogo, (*De fictiis, ligaturis et signa*), Aprocacio (*Quirantidas*), Balihano, á quien atribuye un *Muçaf Alçimar* (3) y dos obras anónimas: una titulada *De proprietatibus animalium*, quizá traducida de Aristóteles, y otra, si no leo mal, *Consino-Grosea*.

IV

LA «ENEIDA» Y OTRAS VERSIONES

Silencio absoluto hallamos sobre la vida de DON ENRIQUE DE VILLENA durante algunos años, hasta que en 1428 aparece trayendo al idioma de Castilla el admirable poema latino. No era nueva en él la idea de traducir á Virgilio: había concebido el proyecto y aun empezado á ejecutarlo, allá en 1417, cuando borrajaba su *Arte de trovar*, inducido por las excitaciones de su amigo el gran Don Iñigo López de Mendoza, marqués de Santillana (4).

Pero sin duda aquellas *curas familiares, movible fortuna*

(1) Sólo cita DON ENRIQUE de él el capítulo *De venenis*, sin decir de qué obra que debe de ser la titulada *Lilii Medicinae*, traducida por un anónimo en castellano, según afirma D. Nic. Ant. (*Bib. Vet.*, 2.º, p. 344.)

(2) Según Nic. Ant. (*Bib. Vet.*, 2.º, p. 371) su nombre era Juan Gil de Zamora, vivió en el siglo XIV y escribió *De arte mágica, matemática, ciencia astrológica*, etc.—DON ENRIQUE menciona la titulada *De remediis venenosorum* que no cita Nic. Antonio.

(3) En este opúsculo no resulta muy claro si el de VILLENA atribuye á Balihano este libro, ó si es la persona citada antes con el nombre de Musaf Alzimar el Corte; pero en una glosa de su traducción de la *Eneida* adjudica á Balihano «el libro que los arábigos llaman Muçaf Alzimar».

(4) Así se dice en los *Apuntamientos* y extracto del *Arte de trovar*, donde se expresa también que esta última obra fué escrita en un inter-

y *adversidades* que le sobrevinieron y de que tanto se lamenta, fueron causa de que, dando de mano á semejante trabajo, llegase hasta á olvidarse de que lo había intentado. Decimos esto porque en la *Advertencia* antepuesta á la obra, se afirma que la hizo á ruegos del infante Don Juan, rey de Navarra y después de Aragón con el dictado de segundo. Habiéndose hecho leer este príncipe la *Divina Comedia*, observó que Dante celebraba al poeta mantuano, confesando deberle mucha doctrina (1). Hizo buscar, en consecuencia, el poema de éste, y no hallándolo en romance, ni aun quien quisiera traducírselo, escribió entonces con gran interés al de VILLENA para que hiciese la versión; «y magüer el dicho DON ENRIQUE era ocupado en otras cosas, por captar su benivolencia, púsose al trabajo desta obra por le inclinar se acordase do le desagraviar de su heredit que le tenia tomada contra justicia (2)».

medio robado á otras cosas arduas, viniendo de esta suerte á ser un trabajo reposo de otro trabajo. [Había además dicho el Marqués de Santillana, en carta dirigida á su hijo don Pero Lasso, que á su ruego é instancia primero que de otro alguno, se habían vulgarizado en Castilla algunos libros, «asi como la *Eneida* de Virgilio»; y el ilustre Amador de los Rios (*Ob. del M. de Santillana*. Madrid, 1852, pág. 644), á fin de armonizar estas palabras del Marqués con la *Advertencia* que precede á la *Eneida* de DON ENRIQUE, supone debe de entenderse que Don Iñigo unió sus instancias á las del rey Don Juan para más obligar al de Villena, si es que no sugirió al mismo Infante, cuyo bando seguía en 1427, la idea de que pidiese á DON ENRIQUE la traducción. Mas si lo que se dice en el *Arte de trovar* es cierto, son dos las indicaciones hechas al traductor de Virgilio con el intervalo de diez años: una por el Marqués de Santillana en 1417 y otra por el rey de Navarra en 1427.

(1) Son varios los pasajes en que el Alighieri alaba á Virgilio; pero el Rey debió de referirse á los versos 82-87 del Canto I:

O degli altri poeti onore e lume,
Vagliami il lungo studio e il grande amore
Che m' ha fatto cercar lo tuo volume.
Tu se' lo mio maestro e il mio autore:
Tu se' solo colui, da cui io tolsi
Lo bello stilo, che ma' ha fatto onore.

(2) En 29 de Noviembre de 1425 falleció en Valencia el tío de DON ENRIQUE, don Alonso, duque de Gandia, sin sucesión. Su estado de Ribar-

Empezó con gran ardor su trabajo en 28 de Setiembre de 1427, en el que empleó, según él mismo dice, un año y doce días, alternando con dicha traducción otras tareas literarias que ya se mencionarán (1).

No llegó, sin embargo, á ver el Navarro la obra de su

gorza, se dió á este infante don Juan, ya rey de Navarra, ó se apoderó de él (Zurita, *An.*, tomo III, f. 174.—Mariana, xx, 14); y este heredamiento y acaso algún otro en Aragón serían lo que, al parecer con derecho, reclamaba el ex Maestre. Hizole la petición claramente al mismo Don Juan en la carta dedicatoria de la obra que se examina arriba, sin morderse la lengua acerca de la obligación del Rey, pues, ponderando la prisa que se habia dado en obedecer su mandato, le dice: «Piense vuestra Real Superioridad, si agora que non soy tractado de vuestra clemencia con aquella humanidad *que justicia y derecho requiere*, é aquel deudo paternal que en vuestra Real alcanzo Casa, fui tan animoso á la complacencia, qué faré cuando miráredes de catadura piadosa, *cumpliendo aquella satisfaccion á que soes tenudo*. Por cierto esa hora cantaré mi lengua grandes loores, é fará resonar vuestro nombre; quanto Caliope graciosamente otorgarme quiso enfundiré en la recordacion de vuestra gloriosa fama.» Y en la *glosa* á este pasaje, añade, que habiendo muerto su padre Don Pedro en vida de su abuelo, heredó después, al fallecimiento de éste, el otro hijo don Alonso, tío como va dicho de DON ENRIQUE. «E falleció el dicho Don Alfonso sin fijos, venia toda la dicha heredad derechamente al dicho DON ENRIQUE, la cual le tomó é ocupó non debidamente el Rey de Navarra, diciendo, que pues el dicho Don Alfonso, tío de DON ENRIQUE, falleció sin hijos, tornaba la heredad al dicho Rey de Navarra, que dice que le fizo dello traspasamiento; y aqui recuerda la restitucion dello, á que está atenido.» (Bib. Nac. M. 16, f. 2 v.) Pero todas las reclamaciones fueron estériles y nada pudo conseguir por aquella parte; tampoco fué más feliz por la de Castilla.

(1) «E estuve en aquella primera treslacion un año y doce dias, non tanto por la graveza de la obra, como por otras ocupaciones que se enterpusieron y caminos que trajeron dilaciones. E aun otras traslaciones que durando ese mismo tiempo fice, ansi como la *Comedia* de Dante, que vulgaricé en prosa castellana; é la *Retórica nueva* de Tulio, é otras obras menudas, por enterponer algún trabajo solazoso non tan grave como la *Eneida* comenzada.» En la *glosa* de este lugar, añade: «La graveza de la obra requirió tanta dilación, mayormente mezclándose en ella muchos destorvos asi de caminos como de otras ocupaciones que le cumplan de entender... E pues por ella fue fecho, en ella fue despendido (el tiempo) y fue comenzada año de mil y quatrocientos y veinte y siete á veynte y ocho dias de Setiembre.» (Bib. Nac. Hh-32, fols. 17, 19, v. y 20.)

tio, porque *antes que fuese puesta en pergaminos é bien escrita*, y con un dibujo en la portada representando al mismo rey en su trono y á DON ENRIQUE en actitud de presentarle su traducción, surgió gran discordia y guerra entre el rey de Castilla y el de Navarra; y el ex Maestre «abstúvose de le facer tanto beneficio, ni haber con él comunicacion en este presente, reservándola por la comunicar á otros caballeros del reino (1)».

De los distintos códices antiguos que se conocen de esta versión ninguno está completo, pero se completan mutuamente los fragmentos existentes en diversas Bibliotecas (2),

(1) *Advertencia que precede á la versión.*

(2) MSS. de la *Eneida*.

Códices M-16 y M-17 de la Bib. Nac. de Madrid, conteniendo íntegros los seis primeros libros de la obra, con las *glosas* á tres de ellos y preliminares. Ultimamente se ha completado este manuscrito con una copia del que sigue.

Códice existente en la Bib. Nac. de Paris, con los nueve últimos libros del poema virgiliano (desde el iv inclusive). Es un volumen en folio de 312 hojas, en papel, letra del siglo xv, núm. 7.812, según la numeración antigua y 207 del *fondo español*, en la moderna. Tiene este manuscrito al fin la siguiente nota: «Este dicho libro de la Eneyda escribió Juan de Villena, criado del Señor ynyego lopes de Mendoça senyor de la Vega. E lo acabo sabado primero dia de Setiembre en la villa de Guadalfaxara, anyo del nacimiento de nuestro salvador Jhsuxpto de mil e quatrocientos e treynta e seys anyos»; lo que fué causa de que D. Eugenio de Ochoa creyese al describir este manuscrito (*Catal.*, pág. 375) ser obra la traducción del mencionado Juan de Villena. La descripción exacta de este códice fue hecha primero por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, en su estudio sobre los traductores españoles de la *Eneida*, en el tomo 9 de la Bib. Clásica (Madr., 1879) y después por M. Alfredo Morel-Fatio en su *Catalogue des manuscrits espagnols de la Bibliothèque Nationale*. Paris, 1881, p. 237.

En la Bib. Colomb. hay un manuscrito (AA-144-8) del siglo xv, de 148 hojas, foliadas de manos de Gallardo, en fól. á dos col. que contiene también los seis primeros libros de dicha obra, faltándole los preliminares y los tres primeros capítulos y gran parte del iv del libro i de la misma. Este códice, aunque tuvo los principios, nunca alcanzó más extensión que la actual, según acredita una nota del *Registrum* de D. Fernando Colón, fundador de la Biblioteca.

La Reina Católica poseyó un manuscrito de *las Eneidas de Virgilio*

de modo que podemos formar idea cabal de su contenido.

Titúlala: *Traslado del latín en romance castellano de la Eneida de Virgilio*. Hizo la dedicatoria en forma de carta al Rey, y ornó su obra con profusión de notas marginales que el autor llama *glosas*, sobre puntos científicos, históricos,

de DON ENRIQUE DE VILLENA, como consta por el *Inventario* publicado por D. Diego Clemencin. (*Memoria de la Real Academia de la Historia*, t. 6.º, p. 455.)

Los códices M-16 y 17 de la Nacional son dos tomos en fol. let. del siglo pasado. El 1.º de 303 fojas, es copia de otra hecha ó terminada en 18 de Junio de 1442 por un Martín Sánchez. Empieza: «Magüer en la de yuso puesta figura (falta, pero debía de estar en el original del siglo xv) sea historiado que DON ENRIQUE presenta esta traslación al Rey de Navarra por cuya instancia la fizo y así lo dice en la rúbrica, non gela presentó porque antes que fuese puesta en pergaminos...», etc.

En el medio de la plana tiene en letras encarnadas: «El rey de Navarra asentado en su silla y sus gentes y DON ENRIQUE que le presenta la *Eneida* romanzada», y más abajo: «Traslado de latin en romance castellano de la Eneyda de Virgilio la cual romanzó DON ENRIQUE DE VILLENA por mandado é instancia del muy alto é poderoso señor el señor Rey Don Juan de Navarra.» Entre estos dos rótulos hay el espacio para el dibujo. Siguen las razones porque el rey quiso la traducción, luego la carta que ocupa hasta el resto de la hoja 3. El proemio empieza al fol. 3 vuelto, con este titulo: «Siguese el prohemio ó preámbulo por dar mayor noticia de la obra y dificultad della», y termina en el folio 18 recto, todo con numerosas glosas marginales. Vida de Virgilio; elogio de la *Eneida*; advertencias sobre el orden que se sigue en la versión y libro I. El II empieza en el fol. 50 y el 3.º al 180 v.

En la misma Bib., Nac., (Hh-32) está hoy el código de las *Glosas*, sin la traducción, procedente del archivo de la catedral de Toledo, donde tenía la marca: *Cajón 103, núm. 24*. Es en folio, de 480 hojas y dos más de principios para la *tabla*; de letra del siglo xv muy metida y á dos columnas. Empieza: «Aquí comiençan las glosas sobre el primero, segundo y tercero libro de la Eneyda de Virgilio que fizo D. Enrique de Villena.» No contiene las glosas de la carta-dedicatoria (también faltan en él otras varias en diversos sitios) que se hallan en el M. 16, empezando desde luego con las del *Prohemio*. En cambio es mucho mejor texto, pues las glosas del otro están llenas de desatinos, por no haber entendido el copiante el original muchas veces.

Por último, también en esta Bib., hay unos *Ayuntamientos sacados de las notas de DON ENRIQUE DE VILLENA sobre Virgilio*, por el P. A. Burriel (Dd. 48, pág. 35).

gramaticales y mitológicos; estos últimos en su inmensa mayoría.

La traducción hecha en prosa, siguiendo el orden del original en cuanto á la división en libros; pero cada uno de estos aparece subdividido, para que pueda leerse con menos fatiga, dice, en varios capítulos, que en algunos como el libro VII ascienden á 34, si bien otros, como el V sólo contienen 17, sumando todos ellos 366, «quantos días hay en el año: y así leyendo el perezoso lector cada día un capítulo, al cabo del año lo leyó todo (1)».

Explicando el mismo DON ENRIQUE el sistema seguido en su traslación, dice no haberla hecho literal, sino lo bastante libre para acomodar las ideas del modo que más elegante fuese en la lengua castellana, sin omitir, por eso cosa alguna del original, antes bien, ampliándolo para mayor claridad y supliendo algunas expresiones «acullá subintellectas, si quier, imprícitas ó escuro puestas, según claramente verá el que ambas lenguas latina y vulgar supiere y hubiere el original con esta traslación comparado (2)». No obstante esta declaración y, aunque en general la traducción es fiel, procurando en ella interpretarse con exactitud el pensamiento del poeta latino no siempre lo comprendió bien, como se ve, entre otros por el pasaje que Pellicer menciona (3).

Como muestra del lenguaje daremos el principio de la *Eneida*, según DON ENRIQUE, y por este fragmento se verá no sólo de qué género son las amplificaciones que ofrece, sino que á pesar de su afirmación en contrario, suprimió los cuatro primeros versos, empezando desde luego con el *arma virumque cano*.

«Yo, Virgilio, en versos cuento los fechos de amras y las virtudes de aquel varon que, partido de la troyana region y

(1) Bib., Nac.; M. 16, f. 14 v.

(2) Idem, id.

(3) *Ensayo de una Bib. de trad., esp.*; pág. 79.

ciudad, fuidizo, veno primero, por fatal influencia, á las de Italia partes, á los puertos, si quier, riberas ó fines del regno de Lavinia; por muchas tierras y mares aquel trabajado, si quier, traído afanosamente por la fuerza de los dioses, mayormente por la ira recordante de la cruel Juno; el cual pasó muchos peligros y padeció grandes afrentas en batallas, en tanto que se disponia la edificacion de la romana ciudad (1).»

De otra cosa se alaba el señor de Iniesta, y es de haber sido el primero en traducir la obra de Maron por entero. «En Italia, dice, algunos vulgarizaron esta *Eneida*, pero diminutivamente, dexando muchas ficciones poéticas sólo curando de la simple historia en la mayor parte, sobre todo en el v libro, sobre los Juegos que Eneas hizo en Sicilia (2); y otros del italiano, en francés y en catalán la tomaron así menguada como estaba en el italiano (3): pero nunca alguno hasta agora la sacó del mismo latín, sin menguar ende cosa alguna, salvo el dicho DON ENRIQUE (4).»

Mas á pesar de lo satisfecho que el autor parecía hallarse de su obra, nada más cierto también que ella contiene grandes defectos, no ya solo de interpretación, sino principalmente de estilo y de lenguaje.

En casi todas las obras del ex Maestre de Calatrava, que van mencionadas, se ha censurado aquél hipérbaton extravagante que afea los períodos que debieran de ofrecer más inte-

(1) Bib., Nac.; M. 16, f. 18 v.

(2) Por eso él dividió este canto además en distinciones para referir extensamente estos juegos que Eneas hizo celebrar en el sepulcro de Anquises.

(3) Amador de los Ríos (*Obras del M. de Santillana*, pág. 643), se inclina á creer que DON ENRIQUE se refirió acaso el extracto en lengua toscana titulado: *Libro di Virgilio il qui parla d' Enea troyano*, que poseyó el autor de los *Proverbios*; y Pellicer (*Ensayo*, pág. 71), sospecha que puede aludir á una versión en prosa hecha en el siglo xiv, mencionada por el poeta Apostolo Zeno, ó bien á una en verso que hacia 1426 hizo Tomás Cambiatore.

(4) Bib., Nac.; M. 16, f. 14 v.

rés: en esta obra tal manía es llevada al extremo, añadiéndose otro no menor defecto, cual es el frecuente uso de palabras propiamente latinas ó latinizadas. Al observar este hecho constante en los escritos de nuestro personaje, pudiera presumirse si la continua lectura de los clásicos habría influido en él hasta el punto de hacerle olvidar el nativo, é insensiblemente dejarse arrastrar á tan extraño idioma. Pero no puede abrigarse esta duda: él mismo se encarga de desvanecerla. Como á su grande admirador y discípulo, Juan de Mena, algunos años después, le parecía á DON ENRIQUE la lengua castellana humilde y ruda para expresar las ideas por escrito; declara no hallar en el romance vulgar vocablos equivalentes para «exprimir los angélicos concebimientos virgilianos»; y así, en esta obra, no sólo abusó de las transposiciones y giros exóticos, comunes á las demás, sino que, como va dicho, conservó en su traducción muchas frases latinas, vistiéndolas á la española y resultando por todo ello casi ininteligible tan lóbrego y enmarañado lenguaje. Aquello, podríamos decir con el sesudo autor del *Diálogo de la lengua*, «es más escribir mal latín que buen castellano». No llevó más lejos en el siglo XVII aquel otro gran apóstol de las tenebrosidades de idioma su culta-latini-parla, como la bautizó Quevedo, ni afectó más desprecio á los que llamaba patos del aguachirle castellana; ó sea, á todos los que escribían con naturalidad y claridad. En este concepto DON ENRIQUE DE VILLENA viene á ser el Góngora de la décimaquinta centuria.

En las *Glosas* que puso á los tres primeros libros de la *Eneida* (únicas que han llegado á nosotros), muestra, como de ordinario su vasta lectura, pero también su pedantesco afán de moralizar aun en las ocasiones menos á propósito para ello.

DON ENRIQUE tenía cariño á estas glosas, pues la primera es para recomendar á los que copien su *Eneida* que no lo hagan sin ellas. Son en su gran mayoría aclaratorias del texto de Virgilio en la parte mitológica, destinándose á contar las

vidas y milagros de los dioses, semidioses y héroes mencionados por el cisne de Mantua y sirviéndose para ello casi exclusivamente de la *Historia Troyana* de Guido de Columna y de la *Historia Florita* de Micer Armenio, cuyas obras cita á cada paso.

A los diversos sucesos y materias que toca el poema latino, busca también DON ENRIQUE una interpretación alegórica, viendo representados, ya las edades del hombre, ya los vicios ó las virtudes ó ya la brevedad de la vida, en los edificios, gentes, lugares y acciones que en la *Eneida* figuran. Singularmente en el libro III se acentúa esta tendencia doctrinal y propósito de aplicar á la vida la narración virgiliana, y el mismo autor tiene cuidado de advertirnoslo en el prohemio ó introducción que le antecede.

Faltan, en cambio, las referencias á su tiempo, que tan interesantes y útiles hubieran hecho estos comentarios. También son relativamente escasas las glosas de otra naturaleza, como las gramaticales y especialmente algunas etimológicas, que aunque no sean enteramente aceptables, hacen sentir la parquedad con que el ex Maestro nos las ofrece (1).

Las científicas son también en número exiguo. Entre las

(1) Como muestra, véanse estas dos referentes á las palabras *ceda* y *congruo*.

«*Ceda*. Deste vocablo usan los escribanos cuando cojen algun contrato ó carta quel primer cogimiento escriben con los testigos, dia y año, y las fuerzas principales de aquello llaman *çeda*, y ceda viene de *scheda*, y viene *cédula* dende, que quiere decir pequeña ceda; y ampliadamente úsase deste vocablo nombrado cualquier minuta, si quier, primero original que después se ha de reducir en mejor forma; y por ende llamó al primer original *çeda*, dando á entender que aun se habia de poner en mejor letra y forma, segun ya es dicho en algunas glosas de suso» (Bib. Nac.: Hh. 32, f. 19 v.)

«*Congruo*. Este vocablo se tomó de las grullas, que van ordenadas en su vuelo, una en pos de otra por derecho orden; é por esto las cosas que ordenadamente se siguen, son dichas *congruas*, así ordenadas como las grullas». (Hh. 32, f. 21 v.) No será esta la etimología de la palabra, pero tampoco es más satisfactoria la de Varrón, según el cual, se deriva de *ruo*, antepuesta una y con el prefijo *con*.

más curiosas hay una sobre los vientos y sus nombres (f. 26); otra casi toda de Astronomía, que por cierta falta en el códice de Toledo, pero que trae el M-16 de la misma Biblioteca Nacional, y pertenece al cap. XII del libro II, y otra sobre la misma materia colocada fuera de su lugar en el manuscrito toledano. Algunas, tocantes á costumbres, indumentaria antigua, ceremonias religiosas y otras prácticas, sobre todo, las relacionadas con la superstición romana, merecen ser leídas. Sobre ninguna materia científica parece tener DON ENRIQUE ideas propias; pues en Astronomía y Meteorología, por ejemplo, se limita á exponer las opiniones de Aristóteles, Ptolomeo y sus comentadores árabes y judíos.

En una de ellas, hablando de las tempestades, dice que «son tañidas las campanas en el tiempo nublado, porque el son grande de aquéllas conmueva el aire fasta la region mediana y non consienta congelacion de piedra, que se ha de facer en aire reposado (1)».

Glosas referentes á la descripción de los lugares recorridos por el fugitivo Eneas, hay pocas, y esas de bien escaso interés. Quizá deba exceptuarse solamente la que sigue alusiva al arribo de los troyanos á la isla siciliana y á sus erupciones volcánicas. Pertenece al cap. XXI del libro III.

«E tornando al principal propósito, cuenta Eneas las singularidades de aquel monte de Ethna, cerca del cual estaba surgido, diciendo que algunas veces lanza escura nube fasta el cielo, de fumo negro como pez, é otras veces lumbrosas centellas es á saber ignidos é aun llamas tan altas subientes, que parecen lamer las estrellas, si quier, llegar á ellas... é otras veces los pedaços de la peña ignidos lanzando con centellas, é algunas de ellas padecieron tanta ignición, que salen como fondidas é vitrificadas, é face tan esquivos gemidos en la impulsión de ellas que parescen que sierva desde su fondo; y porque los leedores mejor entiendan esto, porné su despusi-

(1) Bib. Nac.: Hh. 32, f. 194 v.

cion según hoy está. Es aquel monte de gran altura, é tiene grande circuito el ruedo de su falda; é desde el suelo fasta el tercio del monte es poblado de casas, de heredades é de viñas é de huertas; é el tercio segundo dél, es cubierto de nieve la mayor parte del año, é el tercio postrimero fasta su cima, es cubierto de ceniza, é encima es un gran llano, como piramis truncada la punta. E en aquel llano es una boca redonda como de pozo, pero es tan grande como un gran villa, é entra derecho aquella boca como pozo fasta el abismo, é por mitad de aquella boca sale continuamente fumo espeso é ceniza y cae della en el circuito del monte. E algunas veces cuando face viento meridional, lanza la ceniza fasta en Calabria, y, algunas veces lanza fuego con llama é otras se enciende tanto, que fallan las piedras fondidas por la boca como vidrio, y descende por el monte; é así acuerda en tiempo del rey don Fernando que llegó este fuego cerca de Catania, é ovieron de salir allá con las procesiones é reliquias, rogando á Dios que les librara de aquel peligro. E pueden subir por la ceniza poniendo tablas en que pongan los pies é llegar fasta la cima por el gran fedor de sofre que lanza é calor ignida (1).»

Las glosas propiamente históricas tampoco tienen mayor importancia, empezando por la *Vida de Virgilio*, en la que ha recogido todas las consejas y patrañas que en su tiempo corrían sobre el Mantuano, á quien supone *enseñado* en las ciencias que según él forman un total de los conocimientos humanos.

Este voluminoso trabajo revela, sin embargo, mejor que ningún otro el genio y carácter literarios del nieto de Enrique II. Al fin del libro III, llama la atención de los lectores sobre las glosas que han de venir, especialmente las del libro VI, «en que sembró Virgilio tantos secretos so el integumento poético, que sino los ingenios más elevados é que alcanzan angélicos concebimientos, entender non lo pueden».

(1) Hh. 32, f. 452 v.

Como es de presumir, el catálogo de autores citados en estas *glosas*, es abundante; y como su enumeración sería ya enojosa, la trasladaremos al fin de este estudio, donde se procurará dar un ensayo de biblioteca de DON ENRIQUE DE VILLENA.

Durante el año de 1428 en que tradujo *La Eneida*, hizo también el de VILLENA «la traslación de la *Comedia*, de Dante, á preces de Iñigo López de Mendoza; é la *Rhetorica*, de Tulio, *Nueva* (1), para algunos que en vulgar la querían aprender; é otras obras menores de *Epístolas y Arengas* y principios en la lengua latina, de que fué rogado por diversas personas, tomando esto por solaz, en comparacion del trabajo que en *La Eneyda* pasaba, é por abtificar el entendimiento y disponer el principal trabajo de la dicha ENEIDA (2)».

Escribir en tan corto plazo todas estas obras, indica á la vez mucha asiduidad en la labor y no poca facilidad en componer, sobre todo teniendo en cuenta que durante este tiempo tuvo, como asegura, muchos *destorvos*, así de caminos como de otras ocupaciones en que le cumplía de entender.

Ninguna de estas versiones parece haber llegado hasta nosotros. Respecto de la primera, hay quien cree que debe de serlo cierto códice heterogéneo existente en la Biblioteca del Escorial, que más bien semeja trabajo de pedagogo para enseñar á traducir el italiano (3).

(1) Por la *Retórica nueva* se entienden los cuatro libros sobre ella, dirigidos por Cicerón á Herenio, según alguno, en oposición al tratado *De Inventione*, obra también del gran orador, llamada *Retórica antigua*, la cual tradujo después el ilustre obispo de Burgos D. Alonso de Cartagena.

(2) Bib. Nac.: Hh. 32, folios 19 v. y 20.

(3) El Sr. Navarro en el *Arte cisorio*, p. lxxviii, procura combatir la opinión de Amador de los Ríos, quien en su *Hist. crít. de la lit. esp.*, t. vi, p. 31, no había conceptuado cuerdo adjudicar esta obra ó fragmento á DON ENRIQUE DE VILLENA. Al Sr. Navarro no le parece bastante fuerte argumento el que se deduce de estas palabras puestas al fin del códice: «Pensé, como había dicho arriba, declarar tres cánticos; pero porque lo pasado va más prolixo de lo que creía e non será poco si aque-

Contiene el manuscrito varias disertaciones literarias sobre los géneros de poesía, sobre la derivación y semejanzas del castellano con la lengua latina; una explicación de la escritura y pronunciación italianas con aplicación á *La Divina Comedia*; la traducción puramente literal *del primer canto solamente* de esta obra y un breve comentario sobre los versos del poeta florentino. Pero ni el estilo de este trozo es parecido siquiera al de DON ENRIQUE DE VILLENA, ni éste se limitó á verter en el patrio idioma sólo una tan exigua parte de aquel gran poema épico.

No se conocen (1) más obras del ex Maestro de Cala-

llo se leyere sin estudio, non curo más de glosar. Quiero solamente declarar la letra de un tersetete que está casi á la fin del Infierno, porque tiene vocablos oscuros, e aún me parece que con esto se podría probar si entiende la lengua toscana (a)», fundándose en que así como DON ENRIQUE no puso glosas más que á tres libros de su *Eneida*, pudo también cortar este otro trabajo. Pero la *Eneida* está completa; completa tenía que estar también la *Divina Comedia* (ó al menos no poder demostrarse que no lo estuviese, lo cual no sucede con el texto aducido); la observación sólo puede, pues, ser aplicada á las glosas, y ni aun á éstas; pues si bien hoy no conocemos más que las de tres libros, esto no quiere decir que el DE VILLENA no haya puesto más, ni en ninguna parte se afirma semejante cosa; antes al contrario, en algunas el autor mismo alude á los libros 6.º, 7.º y 9.º que, ó bien no escribió al cabo, ó no han llegado á nosotros. Habiendo, pues, afirmado DON ENRIQUE que había hecho la traducción de todo el poema italiano, y habiéndolo también asegurado el marqués de Santillana, es evidente que tal versión no puede ser el corto fragmento de El Escorial, diciéndose en él que nunca tuvo más extensión. Esto, dejando á un lado que el Sr. Navarro, en vez de combatir á Ríos, debiera de empezar por establecer la razón ó razones de por qué ha de ser tal fragmento de DON ENRIQUE y no de otro cualquiera, entendiéndose que dicha razón ha de ser distinta de la de su existencia, porque si no el día menos pensado puede hallarse otro fragmento (ó obra completa) de igual clase, y habría que atribuirlo también al Sr. de Iniesta y así sucesivamente.

(1) D. Nicolás Antonio menciona un tratado titulado *De rebus philo-
phicis et moralibus*, existente en la biblioteca del conde de Villaumbroso, en un códice en folio que también contenía otras obras de diversos autores. (Bib. Vet., II, p. 222). Se ignora el paradero de esta obra.

(a) Lo cual demuestra que no fué literario el propósito que presidió á esta versión.

trava, porque otra que se le venía adjudicando, hace ya tiempo que se puso en claro no ser suya (1), ni tampoco puede atribuírsele, al menos en la redacción que ostenta, el tan celebrado en estos últimos tiempos, *Tratado de Astrología*, que adquirió no hace mucho y conserva nuestra Biblioteca Nacional (2).

EMILIO COTARELO.

(Se continuará.)

(1) Es el *Triunfo de las donas* que Amador de los Ríos demostró ser producción de Juan Rodríguez del Padrón, y como suya, se ha impreso por primera vez en la excelente edición de las *Obras* de aquel poeta, publicada por el tan erudito como juicioso escritor D. Antonio Paz y Melia en la *Colección de los bibliófilos españoles*. Madrid, 1884, páginas 83 y siguientes.

(2) Es un tomo en gran folio, escrito en letra del siglo xv, de 48 hojas, algunas de pergamino y una lámina plegada de pergamino también, al final del códice. Están algo estropeadas las primeras páginas, pero sin inutilizar el texto que es á dos columnas.

Empieza al reverso del fol. 1.º: «Aquí comienza el tratado de astrologia que fizo don Enrique de aragon señor de yniesta el qual es despartido con las tablas y muchos pasos de su invencion.»

Al resto del fol. 2 principia, sin más advertencia: «Alano, doctor famoso y poeta speculativo, fablando de la ociosidat en el prohemio del comento astrologal sobre Tolomeo, dise: la vida sin fruto peor es que muerte.» Al fin: «E acabose de escriuir en la muy noble cibdat de Segouia, á veynte dias del mes de Abril, en el año de la natiuidat de nro. saluador ihuxpo de m. cccc. xxviii, por su criado andres rodrigo.»

Pero este criado no es de DON ENRIQUE, sino del obispo de Burgos, según el mismo declara en el prólogo, al hablar de cómo es propio del amor del servidor imaginar en qué hará servicio á su señor; y prosigue: «Por ende pensé, mediante la bondad de Dios, de enderezarvos por servicio del cauallero don Enrique de Aragon, señor de Iniesta, que vos copiló esta parte de la astrologia, escogida con las muchas piasas y pasos de su invencion, poderos loar y catar en uestro obispado de Burgos; por quanto soplico á los leyentes auer atencion, y, si bien non trasladé, sométolo á correccion de santa Iglesia. Et por ende aquesta será partida en dos partes: en la primera trataré de los helementos en general y de cada uno en special. Et en la segunda parte trataré de todos los cuerpos spericos (sic), según sus movimientos. Et para esto proseguir porné primeramente dos capitulos. En el primero diré en qué manera Dios crió el mundo, por dar comienço en este tratado á mi rason. En el segundo,

diré de el alma principiada, es perpetua y es medio con el cuerpo com-
posicion de todas las cosas que Dios crió». El tercer capitulo trata de los
elementos en general. El cuarto, destinado á definir la Astrologia y su
origen que pone en Adán, es muy curioso. En los siguientes, examina
elemento por elemento: tierra, agua, aire, fuego. Luego sigue hablan-
do de los planetas: del sol, de la luna, de los eclipses de ambos, de los
movimientos de los astros y del zodiaco.

Sobre materiales, pues, que supone enviados por DON ENRIQUE al
obispo de Burgos, y que, de haber existido, no serian ciertamente ante-
riores á 1428, ni tampoco de este año, que dedicó á las traducciones,
como acabamos de ver, y que siquiera darian el nombre usual del au-
tor, trabajó su obra Andrés Rodriguez que acaso seria clérigo. Pero del
egregio señor de Iniesta, no hay una linea siquiera: no se halla ni el
más insignificante vislumbre de su estilo peculiar, inconfundible con el
de ningún otro, como no sea el de Juan de Mena. Además, el autor de
este tratado no es muy devoto de la verdadera Astrologia, ó sea la judi-
ciaria, tan cara al de VILLENA. Todo lo que el código contiene es Astro-
nomia pura, con arreglo á los conocimientos de aquel tiempo.

En mi sentir, Rodriguez escribió su tratado algunos años después del
que suena en el código de la Nacional, aprovechando quizá algunos
apuntes ó extractos (pero no en todos los capitulos) que hubiese DON
ENRIQUE compuesto para el obispo de Burgos.

CRÓNICA CIENTÍFICA

REFORMA EN LA SEGUNDA ENSEÑANZA.—El nuevo plan.—El sistema cíclico y la bifurcación.—Las asignaturas: el latín y las lenguas; la geografía y la historia.—Las ciencias exactas y fisico-naturales.—Los estudios filosóficos y literarios.—Las nuevas asignaturas: la Antropología.— Los libros de texto.—El precio de la enseñanza.—El trabajo del alumno.—Disciplina, profesorado y régimen.—La transición.

A la enseñanza estaba dedicada esta crónica, aun antes de aparecer la que pudiéramos llamar cuestión del día, que tal nombre merece la relativa á las reformas de la segunda enseñanza; pues si no con la intensidad de la actual, merece el asunto, en estos primeros días de Octubre, la atención que exige su anual renovación al afectar á la casi totalidad de los que á la vida científica se consagran; es además adecuada introducción y justo prólogo de esta labor anual que, suspendida en los meses estivales, renace en los primeros días del otoño.

Retiramos por hoy una interesante información que, acerca de los estudios universitarios, su estado actual, sus necesidades y modificaciones, habíamos llevado á cabo merced á la amabilidad y trabajo que de su parte habían puesto la totalidad de los sabios catedráticos y pedagogos á quienes nos habíamos dirigido, y dedicaremos la actual crónica á examinar, con la brevedad que el tiempo, los medios y las ocupaciones nos permiten, la importante reforma que el Sr. Groizard ha realizado en la segunda enseñanza.

Indiscutiblemente, lo primero que surge al ver publicado el decreto, al considerar la valentía que su realización supone y al recordar las infructuosas tentativas y las necesidades no satisfechas de tantos años, es un sincero aplauso al ministro que le suscribe; en nada ha de amenguarle el análisis y la crítica que necesariamente exige, pues la obra personal, la labor del ministro, está cumplida declarando que era precisa la reforma y que él la realiza, que marchábamos atrasados en este punto capital de la cultura patria, y que él propone los medios de recuperar el tiempo perdido; que nos regía un plan único por sus anacronismos en toda Europa, y que á su iniciativa se deberá el que podamos colocarnos en la misma fila si no al mismo nivel. Esto es bastante si no sobrado para que el nombre del Sr. Groizard figure con el de Moyano, entre los organizadores de la enseñanza patria, pues no hay, seguramente, desde 1857, labor más general y modificadora.

Porque juzgamos que el primero en reconocer que su obra es de dirección y método antes que de detalle, es el Sr. Groizard, expondremos lo que á nosotros nos parece que debe modificarse ó completarse, y las impresiones que en varios de los múltiples puntos concretos que abarca nos sugiere la nueva organización; esperando fundados en la vida política y científica de su autor, que no pretende implantar en absoluto un organismo cerrado é inmutable, sino que ha de recoger y avalorar las indicaciones todas que justa y razonablemente se le dirijan, porque esta colaboración anónima é impersonal es siempre, pero más en materias de enseñanza, algo así como la adaptación al medio y el cambio recíproco de relaciones entre los nuevos organismos y aquellos con que ha de vivir y desarrollarse. Ejemplo elocuente y de un valor incontestable, por ser idénticos sus términos y rigurosamente comparables, le tiene en el recuerdo de aquella famosa información, la más completa seguramente que en la materia se ha realizado, llevada á cabo en Francia, para implantar la nueva organización de la segunda enseñanza en 1880, en la que tomaron parte

trecientos seis establecimientos oficiales y privados y que dió origen al magistral informe del vice-rector de la Universidad de París, M. Gréard, con el cual se hizo viable desde 1885 el actual régimen de enseñanza.

* * *

El *sistema cíclico* y la *bifurcación* del bachillerato, son, sin duda, las dos novedades del nuevo régimen, y como tales merecen una justificación que elocuentemente da el ministro en el bien escrito preámbulo que precede al articulado. El método cíclico de enseñanza implica el desarrollo armónico de las facultades, por cuanto cada ciencia supone el ejercicio preponderante de un orden de operaciones mentales: así, la historia natural con la descripción y clasificación crea el hábito de la relación y comparación; la física y la química el del análisis; la matemática el del razonamiento deductivo, y cada orden de conocimientos el que es propio á su criterio de investigación. Además, fundado en el gran principio biológico de que la función crea el órgano, se requiere en la pedagogía moderna el no interrumpido ejercicio de cada determinada labor, que es la base del sistema, si bien en otro orden de consideraciones influye é informa el mismo principio la tendencia á suprimir la perturbación que en este sentido crean las largas vacaciones por la pérdida del hábito.

La supresión de las asignaturas cerradas, verdadera ciencia repartida en actos, alzándose el telón en primeros de Octubre cayendo rápidamente en fines de Mayo, para no volver á contemplar aquel panorama complejo y terminado de cada materia que se ofrecía al alumno como cuadro acabado, era absolutamente precisa y merece alabanza su sustitución por la *ascensión*—como dice el preámbulo—gradual del conocimiento, la división de los estudios ó asignaturas en series de cursos, cada vez más amplios y perfectos; la repetición, en suma, del

ejercicio que crea el hábito y produce la asimilación, acabando para siempre con el grave error de las asignaturas por masas cerradas, de golpe y en un solo curso, que abruma la inteligencia del alumno y producen ofuscación más que verdadero y claro conocimiento.

La ciencia debe presentarse ante el alumno en la segunda enseñanza, como una serie de fotografías de un objeto que, empezando por una reducida y general, acabe por otra ampliada y con gran riqueza de detalles en la que se definen y especializan los variados términos que sucesivamente han ido apareciendo. Este método ha creado la gran cultura alemana, donde se sigue con exageración, según algunos que no tienen en cuenta los resultados obtenidos, método que copió Francia especialmente desde la reforma de M. Duruy en 1865, que estableció los tres ciclos en la enseñanza secundaria con objeto de que cada uno comprenda todas las materias, figurando en el primero los más indispensables en la vida; método que adoptó Italia al reorganizar su enseñanza bajo las bases alemana y francesa, de las que copió la organización.

La justificación de la bifurcación es innegable. El saber total, ó la ciencia y las prácticas de la vida, ó el arte, siendo imposible ser conocidos y estudiados por todos, hace preciso que cada cual tome su parte en la obra común, mas al propio tiempo es menester que cada uno de los cooperadores sepa y practique como en boceto la obra común; es decir, todo hombre necesita de una cultura general como miembro de una sociedad determinada y de una cultura especial ó profesional. La enseñanza primaria sirve al primero de estos fines, la superior al segundo; siendo la segunda enseñanza período de transición entre una y otra ha de participar de este carácter mixto.

La solución dada á la necesidad expuesta en la actual reforma es por hoy la más satisfactoria, y así se cumple el propósito del ministro de no dar á los jóvenes que no han de seguir carreras facultativas una enseñanza que no necesitan, ni de-

terminados estudios propiamente clásicos, ni ciertos perfiles científicos en el conocimiento, precisándoles, por el contrario, terminar cuanto antes este periodo general educativo para entregarse á las técnicas y manualidad de las profesiones y oficios que les esperan.

El problema ha sido resuelto ciertamente en otras partes de distinto modo, dependiendo el criterio de las necesidades mismas de cada país. Así, Italia creó sus Institutos Técnicos, de los que hoy cuenta más de ochenta y á los que acude la juventud escolar en número mayor que á los clásicos, pues en 1889, por ejemplo, mientras los Liceos de Roma contaban mil ciento cincuenta y cuatro alumnos, los Institutos Técnicos llegaban á mil quinientos treinta y ocho; en nuestra patria nadie se atrevería á sostener por hoy la necesidad de establecimientos análogos.

*
* *

En las *materias* fijadas como objeto de la enseñanza ha existido sin duda un espíritu de amplitud y generalidad que da un verdadero carácter enciclopédico y una extensión que no alcanza ningún otro plan de Europa, al que ha de regir en nuestro país. Hay varias asignaturas nuevas, no sólo en España, sino en toda Europa, en este periodo de la enseñanza: de algunas se dirá que están ya en los años preparatorios de la bifurcación y especialización, pero aun dentro de esos son muy especiales y técnicas en este grado de la instrucción.

Seguramente que correlativas y dependientes de las reformas realizadas, se han de llevar á efecto las que exigen las facultades y carreras, y pensando en esto ciertamente, se ha trazado el cuadro de asignaturas y el carácter de cada enseñanza y materia, pero no es de creer que se resuelva de plano el problema de la admisión y de los cursos preparatorios con los dos años de estudios especiales que formarán el grado superior del bachillerato, pues tanto por la diversidad de es-

tudios y carreras, como por la tendencia á la autonomía que hoy domina en todos los grados de la enseñanza, sólo los claustros y personal docente de cada cuerpo han de fijar lo que consideren necesario como período de prueba y admisión en sus estudios, tomando sólo la preparación secundaria como base de la misma, pero no como su fin y totalidad.

La ecuación y predominio de la enseñanza clásica ó de la moderna se ha resuelto, si no con un absoluto acierto y una tendencia práctica y utilitaria, sí con un sentido ecléctico que intenta conservar la armonía entre ambas tendencias y que guarda quizá un exagerado respeto al clasicismo y á la filosofía. Para ello se han tenido en cuenta, sin duda, los planes de enseñanza de Francia, Italia y Alemania, y especialmente el de las dos últimas, donde hay un exceso de lo clásico, si bien más aparente que real, pues en el imperio sajón, si es cierto que el latín y el griego, por ejemplo, se estudian en seis y tres cursos respectivamente, hay que tener en cuenta que la enseñanza dura nueve años, tres preparatorios que forman el primer ciclo, ó *Vorschulklassen* y seis superiores, ó *Gymnasialklassen*, y en Italia no debe olvidarse tampoco que el bachillerato se hace en ocho años, divididos en los cinco llamados de Gimnasio y en los tres de Liceo.

Sin pretender estudiar la *cuestión del latín*, (1) que es aquí tratada por pluma y criterio más competente que el mío, puede afirmarse que los cuatro años que á su estudio se dedican son excesivos en este período de cultura general, y no se cite el caso de Alemania donde se cursa en seis años, cuatro de gramática y dos de literatura latina, ni el de Italia, donde se da en los ocho con treinta y cinco horas semanales en los primeros años, pues en ambos países, así como en Francia y Rusia, donde recientemente se ha reforzado su estudio, el espíritu de los pedagogos está enfrente de tal exceso de latín con

(1) Véase, en este mismo número el artículo titulado *La Enseñanza del Latín en España*, por D. Miguel de Unamuno.

detrimento de otras materias más precisas. En el nuevo plan francés de enseñanza moderna se ha suprimido en absoluto.

Además de las razones generales contra la amplitud de un estudio tan especial en un período de cultura general, en nuestra patria podían aducirse otras. Bien estaría el latín, en los preparatorios de carreras que como las de Filosofía y Derecho lo necesitan, más seguramente que las de ciencias, donde también se exige una ampliación de literatura latina que resulta inútil en absoluto, pero mejor hubiera sido el estudio de las lenguas vivas, porque bien se siga una carrera, ora no se continúen los estudios después del grado de bachiller, son de gran utilidad las lenguas vivas, máxime cuando dada la pobreza científica actual de nuestra patria, de fuera ha de venirnos todo ó casi todo lo que á ciencia se refiere, y de fuera ha de venir la influencia que nos levante de esta nuestra postración.

Como lo expuesto es de absoluta certeza, y como lo es igualmente que ni el naturalista ha de consultar las obras de Plinio, ni el médico las de Galeno, ni el ingeniero las de Vitruvio, sino que ha de acudir á obras y fuentes escritas en *lenguas vivas*, no podrá negarse la pobreza del estudio de éstas con la prolija abundancia del latín. Sólo el francés, y éste en dos cursos, representa el estudio de esta sección tan vital é importante en la vida moderna, idioma que se dará en dos años de clase alterna, constituida seguramente, como hasta hoy, por una exposición de gramática comparada que dará los resultados hasta el día obtenidos, que permiten afirmar que el estudio del francés en los Institutos es *absolutamente inútil*. Véase cómo en Alemania con cuatro cursos y en Italia con tres se han obtenido resultados en el estudio práctico de esta lengua, y aplíquense aquí sus procedimientos para que al menos nuestros bachilleres lean y traduzcan, ya que no escriban y hablen, un idioma del que han de recibir nueve décimas de la cultura profesional y técnica. No se olvide que hoy podría decirse, como los antiguos dómynes, que el que no sabe francés está exento de tener sentido común.

El que peor librado, sin duda, sale en el decreto es el *castellano*: solo, aislado y con personalidad propia, no aparece por parte alguna; va vergonzantemente como apéndice ó muletilla del latín, y esta es tal vez la falta más grave, el contraste mayor que el nuevo plan presenta con todos los de Europa, es una ley para España, con la menor cantidad de español. Ya sé que hay gramática comparada hispano-latina y un curso de preceptiva que felizmente sustituye á la retórica, y al fin una literatura general y española, pero esto no basta. Nuestra clásica y nacional lengua castellana, exigía del legislador no menores respetos que en cada país ha obtenido la suya: Alemania repite *todos* los años su lengua patria, independiente del latín y del griego, aislada, propia y exclusivamente estudiada, repartiendo la mitad del bachillerato á la gramática y la mitad á la literatura nacional, llegando en los últimos años á un estudio y un análisis tan completo de sus poetas y literatos, que el quinto año de su *Gymnasial-Klassen* lo dedica al estudio de las obras de Schiller y Goethe exclusivamente. Italia rinde igual culto á su lengua nacional, cursándola en los ocho años con treinta y cuatro horas semanales en los primeros años y doce en los últimos, especializando tanto, que al igual que el imperio alemán, el reino de Italia obliga á sus bachilleres á pasar el séptimo año con el estudio y análisis del *Purgatorio* de su gran Dante, y la historia literaria hasta los tiempos de la Arcadia. Francia, con el gran sentimiento de su nacionalidad, rinde culto á su idioma en todos los años de su bachillerato clásico y en todos los de ciencias y letras. Si así lo hiciéramos aquí, si hubiera un año dedicado al *Quijote* y otro á los dramas calderonianos, á las comedias de Alarcón ó á las obras de Jovellanos, todos sabríamos nuestro castellano y no se daría el caso de que un doctor en filosofía y letras (perdone el Sr. Menéndez y Pelayo la noticia) invitara á la *inaguración de la abertura* de una sociedad.

En la *Geografía* se ha separado, como es científico y justo, la parte física de la puramente descriptiva ó política, pasando

la primera á la sección de ciencias donde podrá ser explicada por los licenciados en la facultad que posean la capacidad, oficial al menos, de que carecen los que venían desempeñando una asignatura para la que no tenían preparación alguna, en tanto que en la Facultad de Ciencias se cursaba cosmografía, astronomía, la meteorología en la física, la verdadera geografía física en la geología, y la botánica, zoológica y etnográfica en las respectivas asignaturas, sin que bastara preparación tan completa para poder desempeñar una asignatura que sólo en dicha Facultad se estudiaba.

Si con la división se ha cumplido una necesidad y se ha realizado una mejora, puede creerse incompleta la obra por no seguirse aquí el sistema cíclico que se cumple en las demás materias y por la exigua proporción en que se dan los conocimientos geográficos, reducidos los descriptivos á un solo curso, insuficiente á todas luces tratándose de materia tan extensa, y que como toda exposición de hechos y datos debía ser preferida en la segunda enseñanza á otras materias menos reales y concretas, como lo son las ciencias filosóficas desenvueltas á expensas de la supresión de las demás. Comparativamente vemos también que Francia desarrolla la geografía en seis cursos completamente graduales, y si esto puede parecer excesivo no lo son sin duda los cuatro cursos de Alemania y los tres de Italia, dedicándose en todas partes uno al menos á la geografía patria, otro á la europea y otro á la general, por el orden citado, empezándose muy racionalmente en Berlín, por ejemplo, por la topografía y descripción de la ciudad y alrededores, continuando la ampliación sucesiva del círculo de estudio hasta exponer la general del globo.

La misma acumulación de estudios nuevos ó la ampliación innecesaria de otros que redujo la geografía ha servido para no poder ampliar el estudio de la *Historia*. Un sólo curso de lección alterna es ofrenda harto mísera de la generación presente á la brillante historia de nuestra patria, que exigía lo menos los cuatro que un pueblo como la Germania, —sin his-

toria, como decía un gran historiador,—dedica á la suya y á la general; ejemplo también seguido por Francia y que ha copiado Italia, naciones donde se expone en cinco cursos, empezando por la patria y las civilizaciones orientales, y siguiendo paralelamente el desarrollo propio y el ajeno, hasta llegar á los tiempos actuales.

La relación y seriación que por necesidad y costumbre se establece entre la geografía y la historia, no ha sido tenida en cuenta en el nuevo plan, que coloca en el primer año las dos asignaturas, y es obvio, de puro sabido, que el escenario debe conocerse antes que la obra, que mal podrán darse cuenta de muchos fenómenos históricos los que no conocen siquiera el lugar donde se desarrollaron, los que olvidan la clásica frase de considerar la geografía como uno de los ojos de la historia.

Donde se ha realizado un progreso de valor positivo y real es en el concepto que el Sr. Groizard señala como norma de los estudios históricos; y es de tal importancia este punto, que bien pueden dispensarse las críticas anteriores, que en último término sólo á la cantidad se refieren por la importancia de la mejora en lo que á la calidad concierne y al método importa; hoy día el criterio histórico se ha transformado por los estudios sociológicos y etnográficos, se ha convertido la historia de los reyes en historia de los pueblos; de aquella estéril relación de batallas y sucesiones en armonía con la creencia de los tiempos, en que formaban las acciones del rey el cuadro entero y la vida nacional sólo el término final vago y oscuro, se ha pasado á estudiar las manifestaciones todas de un pueblo y de una época, como estudia la sociología los usos y costumbres, las leyes y las relaciones todas de una raza.

* * *

Donde el nuevo plan no tiene que temer el más minucioso análisis y la más severa crítica, es, sin duda, en las ciencias

exactas y físico-naturales; allí parece haberse movido el legislador como en terreno propio, y más que la obra de un juriconsulto parece ser la de un naturalista ó un matemático: precisión en los límites de cada asignatura, claridad y sencillez en el concepto y desarrollo de la misma, orden y método progresivo en su enseñanza, todo esto se ha reunido en el desarrollo de su plan de estudios.

En *Matemáticas*, los tres cursos en los estudios generales, y los dos en los de ampliación, cumplen con la exactitud debida á la ciencia de que tratan; protestarán, sin duda alguna, de la amplitud de la materia, pero puede estar seguro el Sr. Groizard de la bondad de su obra en un país como España, en que los números asustan á la mitad de los españoles, siendo esta una de las causas del estado económico de nuestra hacienda; como fin, es preciso que sepamos sumar, y como medio, que la gran gimnasia intelectual que el estudio matemático lleva consigo, la mejor lógica y el más superior de los métodos racionales, sin duda alguna, forme parte de la instrucción de nuestra juventud. Ese aumento de las matemáticas es tan justo, que todas las naciones habían llegado á él antes que nosotros; Alemania las conserva en todos los años gimnasiales que constituyen la verdadera instrucción secundaria; Italia estableció un completo ciclo del primero al último de sus ocho años, fijando concretamente las materias de cada curso, y dándose en geometría, por ejemplo, uno de los libros de Euclides; excesiva reglamentación que le pone por bajo de nuestro nuevo plan; Francia las exige, no sólo en el bachillerato restringido, sino en las dos ramas del completo; la ampliación no es, pues, una novedad más que en nuestro país, y una novedad necesaria.

En el concepto y desarrollo de cada asignatura, el decreto ha roto la falsedad del criterio en que se explicaban, dándose á los alumnos lo que ante todo es un medio de investigación y de auxilio de las otras ciencias como un estudio con finalidad propia: el exigir que se insista en la parte aplicativa y útil

dejando lo abstracto y teórico, es el método didáctico en estas ciencias. La supresión de una porción de teorías abstrusas y sólo propias del alto análisis, y la explícita declaración de prescindir, siempre que posible sea, de multiplicar los teoremas y corolarios y dar el concepto amplio y general, terminará seguramente con el abuso que la intrusión del escolasticismo teoremático y de minucia venía cometiendo en la enseñanza de las matemáticas. Los más complejos conceptos del cálculo pueden hacerse asequibles á los alumnos; así, decirle que la derivada es el límite de la relación del incremento de la función á el de la variable, será darle unas palabras sin fijarle una idea; pero explicarle gráfica y sencillamente este concepto, será seguramente tan fácil y provechoso. A eso tiende el criterio del ministro de Fomento, y por eso le aplaudimos en este punto sin reserva alguna.

La enseñanza más real y útil de todas es seguramente la de la *Física y Química*, el niño antes de razonar ve el hecho y el fenómeno, la repetición de los mismos origina el deseo de conocer su ley y su causa, y en ninguna ciencia como en esta vive el alumno la vida real y ve la necesidad de las mismas. La duplicidad de los cursos en los dos períodos es necesaria, y la posibilidad de estudiarlas sin haber acabado la educación matemática completa, los primeros cursos deben ser de ciencia práctica sencilla y experimental; la explicación matemática, el desarrollo de las leyes, vendrá en los de ampliación, y lo único que puede preguntarse es si la física al menos, no debía de repetirse en los estudios generales, como se hace en las tres naciones cuyos planes de enseñanza venimos comparando en sus términos generales con el nuestro. El mayor inconveniente para los buenos resultados del estudio de estas asignaturas será la falta de material y experimentación, pero las nuevas generaciones de profesores de esta materia son seguramente de las más aptas para cooperar á la obra del reformador de la enseñanza, sustituyendo la escasez de recursos con la riqueza de la explicación y la sencillez de los procedimientos.

Hase dicho que la filosofía de este siglo es la filosofía natural, que las grandes revoluciones en las ideas científicas la *Historia Natural* las ha realizado y así se explica la importancia y la dificultad de resolver el problema de la enseñanza elemental de materia tan importante. Por lo dicho serían absueltas antes que conocidas las deficiencias en este punto, pero felizmente está desarrollada su enseñanza de acertada manera en los cinco cursos en que la divide y sólo una de sus asignaturas, la antropología, está mal colocada y clasificada, resultando de aquí mal establecidas las relaciones con las otras materias del grupo.

Los Cuadros de historia natural, que por su enunciación resultan una novedad, no lo son en el fondo; al duplicar la enseñanza de la historia natural, ha sido preciso, con muy buen acuerdo, rebajar de categoría, por decirlo así, la antigua asignatura, adaptándola al año elemental en que se halla colocada, y subirla en la Ampliación, al figurar en el período de este nombre. El carácter no aparece bastante claro en sus términos, pues de un lado cabe la presunción de verdaderos cuadros de la naturaleza en el sentido de las enseñanzas del gran Humboldt, si bien sistematizados y expuestos bajo unidad de criterio, para que resulte eminentemente didáctica la exposición: sin embargo, de aceptar nosotros este criterio sintético y general, pudiera intentarse por algunos presentar una sinopsis de la materia, resumiendo en las clasificaciones analíticas la exposición y enseñanza de las ciencias naturales; nosotros creemos, con sabios profesores de la materia, que el criterio del Sr. Groizard es el primero.

Los dos cursos de ampliación que comprenden, el uno Mineralogía y Geología, y el otro Botánica y Zoología, cierran el ciclo de esta enseñanza, y salvo la redacción poco ajustada á la glosología científica, al decir que el primero se explicará á base química y el segundo á base anatomo-fisiológica, llenan todas las necesidades exigidas, y más teniendo en cuenta el buen consejo que se da á muchos catedráticos, que olvidan-

do su misión didáctica y la fase actual de la ciencia, convierten la historia natural en un catálogo interminable y aburridísimo de nombres y caracteres, contrariando la buena tendencia que señala el decreto de que el estudio general biológico y de relaciones naturales entre los seres, predomine sobre el puramente descriptivo y morfológico.

Complemento del estudio anterior general, es el de la *Organografía y Fisiología*, en que se ha transformado el de fisiología é higiene, con ventaja en el cambio y supresión de esta última parte, que necesariamente, por su carácter aplicativo y concreto impropio de la enseñanza secundaria, no podía ser otra cosa que una serie de inútiles vulgaridades, como bien saben todos los profesores actuales.

En nuestro nuevo plan, si el carácter cíclico no se manifiesta tanto como en el alemán ó italiano, hallamos más equilibradas las materias, que en Italia se hallan excesivamente desarrolladas en el sentido de la biología y en Alemania tienen un criterio taxonómico, impropio de esta enseñanza elemental y sintética.

Como complemento y demostración aplicativa de las ciencias físico-químicas, figura ó debe figurar tan sólo la *Agronomía*, pues el carácter concreto y tecnológico ó profesional de esta materia le excluyen en absoluto de la segunda enseñanza en todos los planes europeos y americanos, excepto el nuestro; de todos es conocido el criterio y las esperanzas que el establecimiento de esta materia hizo concebir sobre la influencia de su difusión en el mejoramiento y progreso de la principal riqueza patria, y por todos se reconoce la ineficacia de tal reforma: el Sr. Groizard no se atreve á suprimir la agricultura ó á transformarla terminantemente en tecnología general, y se vale de una transacción, añadiendo á la agronomía las nociones de las principales industrias, preparando de este modo la transformación definitiva.

*
* *

Por lo que hace á la *Psicología*, el señor ministro de Fomento no da á conocer su pensamiento; se limita á indicar que ha de tener un carácter elemental, con lo cual sale del aprieto en que el estado actual de esta ciencia le coloca. Pero bueno fuera que aun con estos temperamentos de prudencia hubiese hecho alguna indicación que salvase á la asignatura á que venimos refiriéndonos de las nieblas de la metafísica, que son la desesperación de los jóvenes estudiantes, y explica la ignorancia que de estos estudios se tiene. Menester es que la psicología descienda de esas alturas, si lo son, en que algunos la colocan, y sea más bien el conocimiento de los hombres. De este modo será provechoso su estudio para la vida, al par que deleitable para el alumno, ya que nada interesa al hombre como el hombre mismo.

Por análogas razones parécenos inconveniente el desarrollo excesivo que á los estudios filosóficos se les da en el nuevo plan de enseñanza. En particular, la asignatura de *Sistemas filosóficos* estimamos no servirá para cosa alguna, si se exceptúa el que sea un plantel de pedantes. Su valor pedagógico es nulo; no puede ser gimnasia de la mente y será pasto de la memoria.

En Francia sólo se dedica un año á los estudios de filosofía; Italia sólo tiene tres asignaturas en los tres últimos años, y en Alemania, el país de la metafísica, no figuran los estudios filosóficos para nada, á no ser que se tengan por tales las enseñanzas de la religión y la exposición de la Biblia.

Respecto á la *Lógica*, bueno fuera que en las notas aclaratorias ó determinantes del carácter que han de tener las enseñanzas, se dijese que ha de ser la lógica, no estudio divorciado de la realidad y conjunto de abstracciones ininteligibles, sino el conocimiento del procedimiento de indagar—lo mismo una función fisiológica que la comisión de un delito—y el método de probar, lo mismo un teorema de matemáticas que una alegación en derecho.

De la *Ética*, la nota aclaratoria nada nos dice. Sin embar-

go, creemos que, considerando como estudio aparte el derecho, se hace en este caso la ética sinónimo de moral, restringiendo por tanto su extensión y acaso dándole un carácter más bien individual que social.

Sin duda, obedece á este criterio el añadir á la asignatura de Sociología, las ciencias éticas, para que en este caso se atienda al carácter social de la moral que antes queda olvidado. Pero nos parece mal la componenda. La sociología, aparte del barbarismo del término con que Augusto Comte la bautizara, entiéndese al presente como el conjunto de ciencias sociales, y, por tanto, las llamaban antiguamente ciencias éticas (Moral y Derecho), por ser ciencias sociales, quedan incluidas en el grupo y no han de ponerse aparte.

Constituye una de las novedades, por el nuevo plan introducidas, el estudio de la estética, ausente también de todos los planes de estudio extranjeros, formando, en unión de «la historia elemental de las literaturas, y especialmente de la española», el grupo de los estudios literarios. Hemos de hacer notar la redundancia que se comete al titular la asignatura «estética y teoría del arte», siendo, como en realidad son, iguales ambas cosas; comprenderíamos que se titulara «Estética é historia del arte», y, ciertamente que de ese modo, alguna mayor utilidad y sentido práctico hubiese tenido el estudio de una asignatura que, tal como se ha instituido ahora, no tiene gran importancia para la generalidad de los alumnos.

Respecto de las historias de las literaturas, hubiera sido de desear que el nuevo plan imitara en dos cosas á los planes de casi todas las naciones extranjeras, colocándola en los estudios generales, pues esa materia sí que importa á cuantos se dediquen á cualquier rama del saber, siendo como es un pedazo viviente de la historia patria, y, sustituyendo la historia de las literaturas extranjeras de menor importancia indudablemente, con una mayor cantidad de literatura española.

Las *nuevas asignaturas* no han sido excogitadas todas ellas con igual suerte y razón equivalente, ha predominado en su elección una marcada tendencia hacia un grupo de ciencias verdaderamente nuevas y de discutible necesidad en su gran desarrollo dentro de éste período de la enseñanza: nos referimos á las ciencias sociales, grupo de materias que no figuran en ningún plan aisladamente y que dan en el nuestro la nota más revolucionaria que presenta. La *Sociología* especialmente, unida como va á las llamadas ciencias éticas, pudo perfectamente prescindirse de ella, entre otras razones, porque se desdobra esta asignatura en sus dos factores genéticos, la antropología de un lado, ya que una rama suya es la sociología comprendida en lo que se llama etnografía general, y la ética y el derecho del otro según se consideren las relaciones y las leyes en la segunda parte de la asignatura.

De las materias que hacen su aparición en el estudio de nuestros bachilleres con más títulos y mejor criterio, es, sin duda alguna, la *Antropología*, no sólo por la amplitud sintética de sus límites, por ser el verdadero puente y unión de las ciencias naturales y las sociales, sino porque su criterio informa, de un lado, al naturalista, dentro de cuyo dominio cae el objeto de su estudio; de otro, al médico, porque le da las relaciones del individuo que él estudia aislado, con los demás seres de la naturaleza; por otra parte, al abogado, haciéndole ver el concepto del sujeto para que se ha realizado el derecho, y por muchas al sociólogo, al economista y al hombre de cultura general dándoles el conocimiento de la humanidad en conjunto, y de las razas, los pueblos y las civilizaciones en sus variedades y relaciones.

Pero si la creación de la antropología era de justicia y necesidad, indispensable de todo punto es que se fije más clara y terminantemente su posición, que se establezca que es el nexo entre las dos secciones de las ciencias naturales y las sociales, y que tanto su estudio como su enseñanza, sea común á ambas. Tenemos la convicción que en la gran cultura y el liberal

criterio del ministro no ha cabido la pretensión de modificar ni falsear el concepto claro, preciso y terminante que hoy tiene la antropología: esta ciencia es hoy, después de la vaguedad que durante siglos han tenido sus límites, la historia natural del hombre, hecha monográficamente é informada en los métodos tan fecundos de las ciencias naturales; estudia el hombre como animal el más complejo de la serie, utilizando de la anatomía y fisiología lo que puede tener relaciones con el resto de los seres, y le estudia como ser pensante y de razón, pero descubriendo en sus más elevadas manifestaciones analogías y diferencias, ya entre las diversas razas del mismo, ya como término superior de la escala; le estudia, en resumen, con el criterio taxonómico que lo hace siempre la historia natural.

Reduciendo sus límites á lo que la severidad científica exige, quedan aún sobrados elementos de investigación dignos de llamar la atención de todos, porque en ellos se vinculan los más interesantes problemas que la filosofía natural trata de resolver.

A reintegrar, pues, á la antropología en su verdadera función, deben tender los trabajos que se hagan; á demostrar que no es antropología anular la conciencia humana para reducirla á un funcionalismo de aparato; que no destruirán á las ciencias morales y políticas los estudios antropológicos; que siempre habrá criminales insustituibles por locos; que mejor que Gall, Lombroso y Mantegazza figuran en la ciencia Blumembach, Broca y Quatrefages; que la antropología es algo más que ciencia de cárceles y adivinos y algo menos que lo que tiende á ser en manos de determinadas escuelas. Que es final, única y exclusivamente la historia natural del hombre.

Si las razones puramente científicas no bastaran para que el Sr. Groizard coloque la nueva ciencia en disposición de ser explicada por los naturalistas,—aunque á nuestro amplio criterio no se puede cerrar *a priori* á los filósofos, sino declararla terreno libre y campo neutral,—pueden añadirse razones lega-

les y de equidad, que las hay sobradas. En España, los únicos que *oficialmente saben* antropología—y este es por hoy el criterio legal para explicar una ciencia—son los doctores en ciencias y en medicina; la única cátedra que de la materia poseemos hállase establecida en el Museo y facultad de Ciencias naturales, y los únicos laboratorios y museos en las citadas facultades; todos los libros y trabajos que acerca de tales conocimientos han visto la luz en España por naturalistas y médicos, van firmados, y, finalmente, á las dos categorías pertenecen exclusivamente los antropólogos y psico-físicos de nuestro país, entre los que figuran á la cabeza Antón, Olóriz, Pulido, Salillas, Simarro, Aranzadi, Vera, Jiménez de la Espada, Galdo, Velasco, y otros que son conocidos en la ciencia y en la cultura patria.

Respetando la unión que la ley establece entre el Derecho usual y la antropología, resulta la anomalía de que explicarían las materias de ambos cursos los licenciados en letras, que no estudian próxima ni remotamente ninguna de las materias y que quedarían excluidos los que á ellas se dedican, naturalistas y abogados. Al buen juicio del Sr. Groizard bastaba la presentación del dato para juzgar de las consecuencias. Evitariase este problema si la antropología fuera agrupada y se considerara como lo es, el complemento de la organografía y fisiología, quedando otro grupo muy natural y exacto de la sociología, la etica y el derecho. No nos extendemos más para demostrar que en la bien hecha explicación del concepto de la antropología, estarían las mejores razones para demostrar las afirmaciones que dejamos hechas.

* * *

Ocúpase el decreto de la cuestión de textos, importante siempre, y aún más hoy que tan desorganizada y embarullada anda, fijando algunas prescripciones dirigidas á cortar y dificultar abusos de todo el mundo conocidos.

Digno, muy digno de llamar la atención es lo referente á los programas, sobre todo pensando en la existencia de una enseñanza libre cuyos alumnos no tienen otra garantía que el tal programa. Pase aún el que no haya texto fijado en algunas asignaturas; pase aún el que por considerarse aquí en España atentatorio á la profesional libertad, cosa que no ocurre en el extranjero, no se ponga en práctica el programa general y obligatorio, pero lo que no puede pasar, lo que no es permitible, es que un profesor se ponga á explicar una cátedra, sea de la asignatura que sea, sin tener un programa claro y terminante hecho y definido, que ponga de manifiesto el criterio que ha de informar la explicación; evitárase así el que un catedrático pueda, con el nombre de una asignatura, tratar la materia que á las mientes le viniere, para colocar por ejemplo, algún librito de antemano escrito, cuyo asunto se relacionara, reminiscentemente, con el de la ciencia á su explicación encomendada; y además se dará el medio de poder usar la enseñanza libre, uso imposibilitado de otro modo. Que se señale y determine lo que en concepto del profesor comprende cada asignatura; que se señale y determine el plan de la misma; que se fije su extensión, y luego ya se encargarán los alumnos libres, si no hay un texto ajustado en un todo al programa, de buscar lo que para contestarle sea preciso; y es aún más importante esto dado que generalmente el criterio de los profesores es exclusivista é intransigente; exclusivismo é intransigencia que forman la barrera que impide la adquisición del programa general.

Es muy de tenerse en cuenta también la extensión y precio de los textos; siendo verdaderamente poco racional que haya, como ocurre hoy, textos de asignaturas del bachillerato de dos tomos, y que cuestan más de veinte pesetas; libros mayores y de más alto precio que los de las mismas facultades. Es la segunda enseñanza de tal índole, que importa, más que el particular estudio del alumno, la explicación del profesor; y aquí hemos de hacer notar la lamentable equivocación que en Es-

pañña se padece al equiparar é igualar la labor del profesor universitario con la del profesor de segunda enseñanza; la del primero es una labor de investigación, de exposición, algo así como una iniciación de la materia de estudio, fundándose en esto que en algunas asignaturas y en algunos puntos de Francia por ejemplo, no tengan dichos profesores más que una hora de explicación semanal; por el contrario, el catedrático de segunda enseñanza es preciso que esté más en contacto con sus alumnos; que viva más con ellos la vida del estudio; que la mayor parte de éste consiste en la explicación; que haya, en fin, dos y tres horas de clase diaria.

Mucho podría hacer para alcanzar todo esto el reciente decreto; bastante podría reformar el actual modo de ser de las cosas, mas tenemos nuestros temores de que no han de variar mucho. Tememos que los textos sigan siendo materia de explotación y de abuso; explotación justificada en parte por la mezquindéz de las retribuciones dadas á los profesores; tememos que esta lucha económica encendida por los libros de texto, no ha de poderse apagar, no ha de desaparecer con el decreto del Sr. Groizard.

*
* *
*

Aunque no es esencial y aun puede decirse que no forma parte del mismo plan de enseñanza, diremos algunas palabras sobre el *problema económico* de la misma ya que ha sido uno de los más discutidos puntos de la reforma. Aquí toda la razón, sin atenuaciones ni distingos, está de parte del ministro, es más, ha cumplido con exceso, si en hacer el bien pudiera usarse este modismo, la labor á que estaba obligado. La creación de las matrículas absolutamente gratuitas para los desheredados de la fortuna y ricos de la inteligencia, merece la gratitud de esa clase media y laboriosa que en los límites de la pobreza se esfuerza y se consume para dar una posición

y crear una vida digna y honrada á sus hijos: el pensamiento y la obra hubieran sido completados, si venciendo la repugnancia que á primera vista puede tener por su tendencia socialista, hubiera el Sr. Groizard reducido las matrículas de honor á lo que su verdadero nombre indica, honoríficas pero onerosas, aumentando de este modo las benéficas y gratuitas. Cada alumno aventajado de buena posición cumplía dos obras dignas de premio, la suya propia debida á su labor é inteligencia, y la benéfica y tutelar que ejerciera pudiendo designar un condiscípulo pobre que gozara de las ventajas materiales que la labor del pudiente compañero le proporcionara, ya que á él le quedaba el doble premio de la inteligencia de su cerebro y la caridad de su corazón. Si el Sr. Groizard lo hiciera no se alzaría una sola protesta, y crearía un vínculo nuevo de compañerismo y amor entre los compañeros de instituto, fortaleciendo de ese modo esa vida íntima, base firme de la disciplina que trata de restablecer.

Prescindiendo de todos los países anglo-sajones donde la enseñanza se paga cara por el concepto mismo que de la misión del Estado en esta esfera tienen aquellos pueblos, en parte alguna [resulta más barata la instrucción secundaria y facultativa que en España. En Italia, país comparable al nuestro en su desgraciada situación económica, la enseñanza secundaria cuesta 10 liras por asignatura, 30 de inscripción, y derechos varios de biblioteca y prácticas en los años gimnasiales y el doble de estas cifras en los de Liceo, que equivalen á los preparatorios del nuevo plan; además, como ocurre en el resto de Europa, los alumnos de colegios particulares tienen un recargo por derechos de inspección y examen.

*
* *

Fundamental cuestión es en la pedagogía moderna la relativa al *trabajo del alumno*, la que fija, por así decirlo, el ho-

rario del estudiante, marcando la presión ó intensidad de trabajo á que puede ser sometido sin llegar á producir por excesiva la fatiga intelectual, ni por escasa la falta de hábito y la consiguiente atrofia de todo órgano sin función.

Fácil será demostrar que en este punto ha de sufrir reformas el decreto resolviendo más acertadamente este problema del trabajo intelectual, que si cae dentro de la psicología por completo, atañe también á la fisiología y á la pedagogía, ya que en último término es un problema de fisiología cerebral al mismo tiempo que una de las cuestiones de más empeño en la ciencia de la educación al señalar los límites físicos á que ésta puede llevarse.

No es de extrañar, por otra parte, que en una reforma general no resulte satisfecho por completo este punto de dinámica cerebral y economía de la inteligencia, que más concretamente se llama la cuestión del agotamiento ó *sur menage* intelectual, que tanto preocupa á los pedagogos y fisiólogos modernos; problema tan complejo, heterogéneo, trascendental y de tan necesaria solución, que á él dedican sus esfuerzos pedagogos y fisiólogos, legisladores y maestros, médicos y naturalistas; problemas que vincula en sí y por su simple enunciación exige un dinamismo intelectual como el que tan diversos elementos pueden aportar y aunar en colosal esfuerzo, exiguo á su pesar, dada la enormidad de la empresa; problema que prácticamente se resuelve en un aterrador dilema; ó estudia, trabaja y lucha con exceso, en cuyo caso se inutiliza por forzar su máquina y agotar sus recursos, ó no lo hace y resulta inútil y vencido en las actuales condiciones de la vida moderna.

Con cierta razón se han asustado los padres en vista del aumento real y efectivo que á los alumnos se impone: no es tan exagerado como se ha dicho por periódicos que debían hacer más seriamente esta clase de informaciones, pero sí es bastante mayor que el anterior, y superior también al que pesa sobre los escolares alemanes, italianos y franceses; no

está sólo en el aumento, sino en la distribución del trabajo, el inconveniente del nuevo plan, pues mientras en el primer curso con alumnos de nueve y diez años, exige treinta y siete horas y media semanales de clases con ocho diversas asignaturas (contando de una hora las tres clases especiales, pues si no resultan cuarenta y tres horas y media), en el quinto y sección de morales, quedan reducidas á diez y ocho con tres asignaturas. El contraste es evidente y la necesidad de invertir el orden absoluta, no sólo por las horas, sino por la multiplicidad de materias; pues obvio es á todos los que á la enseñanza se dedican, que más dificultad presentan ocho asignaturas alternas, no tan sólo que cuatro, sino que tres diarias, por la variedad de atención y de método, por la necesidad de cambiar de asunto y tema con tanta frecuencia.

Para que se vea el contraste y la diferencia bastará poner en un cuadro las horas semanales que se exige á los alumnos en los tres países comparables con el nuestro.

Años.	1	2	3	4	5	6	7	8	9
España.....	37 1/2	37 1/2	32 1/2	34 1/2	{ 18 18	{ 21 21	»	»	»
Alemania.....	18	20	22	25	25	28	30	30	28
Francia.....	23	23	25	23 1/2	25	{ 24 1/2 26	»	»	»
Italia.....	21	21	23	25	25	24	24	24	»

Las deducciones y los comentarios dejámoslos íntegros para que los Sres. Groizard y Vincenti las expongan en la *Gaceta* con la urgencia que el caso reclama.

* * *

Exigiría un espacio del que ya no es posible disponer en esta Crónica y precisaría un tiempo con el que no podemos contar, el análisis de lo que á *disciplina, profesorado y régimen* de la enseñanza se refiere; prescindiremos, por tanto, de la ma-

yoría de las notas tomadas y de las observaciones hechas, y apuntaremos sólo á *cálamo corriente* las notas principales y los puntos críticos ó singulares de la reforma.

—¡Hermosa aspiración es sin duda la del restablecimiento de la *disciplina* escolar en las bases de convivencia y relación de profesorado y alumnos, tan hermosa como impracticable por ahora dado el atomismo y la indiferencia que existe en los organismos todos de la enseñanza!: restablecer ya que no las antiguas relaciones escolares, otras informadas en el criterio de la vida moderna, sería labor que por sí sólo haría imperecedero el nombre del ministro que lo llevara á cabo; gran triunfo sería crear unidades de enseñanza, espíritu de fraternidad y solidaridad que hace un todo de alumnos, profesores y escuela, establecer lazos que mantengan unidos, que impriman carácter, por así decirlo, á los procedentes de una misma escuela.

El intentarlo sólo merece gran respeto y á ello tienden seguramente la nueva organización de los claustros, la liberal declaración de su autonomía perdida, la tendencia á la supresión de exámenes y hasta ese esbozo de vida común que con el internado se pretende llevar á la práctica. Idea esta última que está por hoy en litigio, pues suprimido el internado en los gimnasios alemanes, y con tendencia á ello en los liceos franceses, sólo queda el sistema de la tutoría inglesa, puesto en práctica en Francia por los terroristas de la Revolución, más paternales y románticos de lo que se cree al distribuir los alumnos de la entonces naciente *École Polytechnique*, entre los «padres de familia sensibles y buenos patriotas», para que ejercieran la tutela que el Estado no podía llevar á cabo directamente. Basta la disquisición anterior para que se comprendan las serias dificultades que la creación de organismos tan complejos como los internados habían de presentar.

Otra de las buenas corrientes de la reforma, es la formación de esas historias escolares que se crean por los artículos 54 y 55, con lo cual ganará en extremo la disciplina y la ense-

ñanza, iniciándose además la supresión de los exámenes, verdadera lotería escolar, muy española, en la que la suerte decide lo que sólo debe ser resultado de la constante labor de los ocho meses de curso.

Si por muchos ha de ser aplaudida la obra de los señores Groizard y Vincenti, por nadie más justa y obligatoriamente que por el profesorado; pocas veces una reforma ha tenido tan en cuenta sus intereses, y nunca les ha favorecido tan directamente ni ha depositado en ellos tan absoluta confianza: con razón puede decirse que la reforma debe el ser al ministro, pero deberá la vida á los catedráticos.

Al tratar de los textos dijimos el carácter que, á nuestro entender, es propio del profesorado de segunda enseñanza; por eso aquí sólo diremos que el aumento de labor que se les asigna no la hace alcanzar el límite de que no bajan en toda Europa. Alemania, por ejemplo, les exige un trabajo mínimo de diez y ocho horas semanales, y generalmente sube á veintitrés.

La creación de los *ayudantes* que debiera haberse definido concretamente asignándoles el carácter de repetidores ó maestros de conferencias y prácticas, es otra de las reformas que es preciso no queden en la ley sin llevarse á la práctica, y este temor es posible por la absoluta libertad que se da para su nombramiento al catedrático; mejor hubiera sido hacerlos obligatorios, pues seguramente que no ha de nombrar ayudante el que no se proponga trabajar, y reconocida su necesidad, nada más justo que asegurar su existencia.

Vienen á ser los ayudantes el lazo de unión entre el profesor y el discípulo, la extensión de las funciones pedagógicas de aquél y el plantel de donde podrían salir los maestros con práctica y condiciones para la enseñanza, desapareciendo así el temor de que no sepa llenar tan alta misión el que solo ha demostrado, cuando más, que conoce la ciencia pero no que sabe transmitirla. Otra ventaja de los ayudantes especiales y personales, es la desaparición que se impone de los auxiliares

generales y á los que se les exige el desempeño de seis y ocho asignaturas completamente diferentes y para las que no pueden estar preparados, dada la amplitud que hoy alcanzan todas las ciencias. Consérvense enhorabuena los auxiliares numerarios como el grado superior de los ayudantes; pero ¿cuál es la razón de existencia de la categoría intermedia ó de los supernumerarios? Ni las funciones ni el sueldo difieren de las del ayudante, y en todo resulta clara la asimilación de ambas categorías.

La materia relativa al ingreso en el profesorado y oposiciones, no es para tratada aquí: bástenos pedir que se aclaren y lleven á la práctica los artículos á ello referentes, 13, 14 y 15, y congratularnos del turno de oposición entre ayudantes para el ingreso en el profesorado, así como hacer constar que no es una imprudencia el dejar á los catedráticos la elección de ayudantes, pues más garantías de acierto ofrece la designación del que elige su continuador y colaborador que la echa por un ministro que no puede conocer tan detalladamente las condiciones del aspirante.

Terminemos lo que á la parte fundamental y orgánica de la reforma se refiere, con la manifestación de que lo relativo al material no creemos que pase de un buen deseo y una halagüeña promesa del ministro que suscribe la reforma.

*
* *

Reforma tan radical y compleja en la enseñanza, *transformación* de un régimen gastado y anacrónico en otro vigoroso, y *adaptado* á las exigencias y á la cultura actuales, exigen un estudio completo para hallar la fórmula de transición y los medios de implantarle. Que el Sr. Groizard ha hecho mucho en este sentido, sería negarlo (1) oposición sistemática y

(1) Al corregir estas pruebas podemos afirmar que ha hecho demasiado transigiendo con injustas peticiones que hacen imposible todo progreso y reforma.

no crítica respetuosa é imparcial; pero que, sin duda, por ser imposible salvar todos los escollos, han quedado algunos, resultaría complacencia y adulación el callarlo.

Los errores ó deficiencia en esta parte son accidentales, pueden salvarse con muchísima más facilidad que los relativos al fondo mismo de la reforma, y por eso bastará indicarlos sin comentario alguno.

La censura por la precipitación con que se trata de implantar el decreto, contestada está con la mejor prueba del movimiento, andando; de los numerosos Institutos de España parece ser que sólo tres han presentado algunas dudas, y han pedido prórroga para realizar el cambio; pocas veces una organización transformada se habrá adaptado tan rápidamente á las nuevas condiciones de existencia; por eso no resulta pedante la satisfacción que esto parece ha causado al ministro de Fomento, sino cumplida y justa vanidad de hombre de gobierno.

¡Cómo desearíamos no haber leído en la *Gaceta* la 7.^a base adicional y todo lo relativo á personal en los institutos de Madrid! Dígase si la Corte exige una organización especial y un sistema propio en materias de enseñanza, y quedaremos satisfechos y sin el temor de ver falseadas las leyes y reglamentos siempre que de cátedras de Madrid se trata. Créanos el señor Groizard: ó no está clara la *Gaceta* en este asunto ó los profanos al mecanismo oficinesco del negociado de Institutos desconocemos los fundamentos que se han tenido, de un lado para hacer la distribución de grupos, de otro para designar los profesores que han de desempeñarlos, ora para no explicar el turno á que corresponden las seis vacantes de Madrid, ó ya, el porque una sola corresponde á oposición, y, finalmente, la prisa en hacer un concurso reduciendo contra toda ley los términos á la mitad del plazo taxativamente marcado. Piense un poco el Sr. Groizard y corrija si existe un error que á su honrada conciencia será el primero en repugnar.

Como detalles finales vayan unos cuantos: los bachilleres

de 1897-98 sabrán oficialmente la mitad del francés que por la ley se exige.

Los que obtengan el certificado en 1897, está dispensados hasta de saber si existió el Imperio romano y si Francisco I rigió á Francia ó gobernó la Asiria, pues se les dispensa la historia universal.

En este año estudiarán los del cuarto grupo antiguo, la física, sin conocer nada de geometría, cosa un tanto difícil y apurada.

Las asignaturas á elegir en el cuarto curso, son realmente una sorpresa para los mismos alumnos. Resultarán bachilleres sin conocer ni el concepto de la historia natural, que debía ser obligatoria, y no el derecho usual, que al fin es una novedad en la enseñanza y una especialidad más profesional.

La 7.^a regla de la base 3.^a, permite que se matriculen en aritmética, al propio tiempo que en geometría, ó en ésta, con la física ó la historia natural.

La base 5.^a podrá crear antagonismos entre los profesores de dibujo de los Institutos y Escuelas de Bellas Artes, aparte que cabe una justa economía en suprimir ó no crear en los Institutos de poblaciones con escuela, dichas materias, que seguramente no contarán ni con los medios y con las facilidades que aquéllas pueden ofrecer al alumno.

Y basta de análisis y examen de una reforma que si por su importancia todo lo merece y exige, resulta verdaderamente abrumadora para los lectores y el autor de la presente *Crónica*.

LUIS DE HOYOS SÁINZ.

LA ENSEÑANZA DEL LATÍN EN ESPAÑA

Las recientes reformas que el señor ministro de Fomento ha introducido en la segunda enseñanza, han provocado como beneficioso efecto inmediato el de agitar la opinión acerca de asuntos de ordinario olvidados, si bien es cierto que más que razones pedagógicas se aducen argumentos administrativos y entra en juego de cuenta más que el cuidado por la cultura del espíritu, el temor de padres y profesores á molestias y transtornos.

Hallábame ordenando las siguientes notas cuando la ocurrencia de la reforma me ha decidido á precipitar su ordenación y publicación. No espere el lector hallar aquí más que indicaciones y sugerencias, meros puntos de reflexión que ha de desarrollar por sí mismo, pues no creo que entre tanto como ha de solicitar su atención le sobre tiempo para prestármela si me pongo á desarrollar el asunto latamente.

I

¿Por qué se estudia latín? ¿Para qué sirve? He aquí dos preguntas íntimamente conexas. La respuesta á la primera, como la que se da á todo *por qué*, justificará la tradición

de su enseñanza; la contestación que se dé á la segunda, como la de toda pregunta de finalidad, ha de servir de punto de arranque para todo ulterior progreso en ella. Estudiado el por qué de existir de las cosas, su razón suficiente, aprendemos á respetar lo tradicional, y estudiando su finalidad limitamos ese respeto. Es evidente que según sea el fin que á la enseñanza del latín se asigne, así variará el modo de enseñarlo y su dosis, y si resultara que la utilidad que reporta el saberlo no vale lo que el aprenderlo cuesta, deber profesional sería enseñarlo lo menos posible. Deber profesional, sí, porque las obligaciones verdaderas del profesor público son para con la sociedad á cuyo servicio la enseñanza se endereza y no estricta, sino mediatamente, para con el gobierno que le paga y le da la pauta oficial de su conducta. No se deben sacrificar las propias convicciones á un irracional respeto á las convenciones oficiales, ni renunciar á evitar un mal desertando del campo por un escrúpulo necio.

Mas dejando esta digresión espinosa vuelvo á preguntar: ¿por qué se estudia latín? Contestando á esta pregunta, decía el conocido filólogo francés Sr. Bréal, que por sorprendente que pueda parecernoslo, no ha mucho que se la formuló por vez primera. Cosas que se hacen tan naturalmente, tienen de ordinario razón de ser profunda; nadie se pregunta por qué hay gobierno, justicia, leyes. Durante largo tiempo el latín fué sinónimo de instrucción; sin aquel no podía darse ésta, constituída casi por entero de literatura latina, sagrada ó profana. No es de extrañar, pues, que no ocurriera á las mentes desde luego el punto de utilidad; negar la necesidad del latín hubiera sido negar la de la enseñanza.

Derrumbado el imperio romano continuó siendo el latín, durante la Edad Media, lengua universal de doctos y letrados, un latín bárbaro, macarrónico, pero latín al cabo, y latín á que deben su vida nuestros romances. Lo que se llama bajo latín fué en gran parte una lengua artificial, de clérigos, un volapük, pero un instrumento indispensable de cultura. Era

entonces su conocimiento tan necesario como utilísimo ha sido posteriormente el del francés, pero aquella su necesidad ha desaparecido al dejar de ser el latín lengua universal, no siendo de la Iglesia católica.

El Renacimiento, al resucitar la antigüedad clásica y soñar con volver á ella á los pueblos, dió nuevo empuje y arranque al estudio de las lenguas y literaturas clásicas. Entonces se estudió el latín para sorberse y asimilarse la cultura antigua, para cobrar á su contacto fuerzas con que caminar al ideal. Era un medio de dar unidad á esfuerzos diseminados y forma á informes anhelos del espíritu.

Era tal la importancia que merecidamente se daba al conocimiento de las lenguas clásicas, que para preparar á la juventud á su estudio avezándola al tecnicismo gramatical de ellas, se redactaron en parte las primeras gramáticas de lenguas vulgares, punto éste de grandísima importancia. No conoce ni su propia lengua quien sólo ella conoce. El hombre no reflexiona en lo propio sino al ponerlo en parangón con lo ajeno. Maestros de lengua helénica fueron los primeros que dieron la primera y ruda forma á la gramática latina para preparar á los romanos al estudio del griego, y maestro de latinidad fué el que primero trazó los lineamientos de la gramática castellana, que hasta hoy conserva la honda huella de su origen, dando con ello motivo á sinnúmero de errores. Don Andrés Bello hizo un esfuerzo por sacudir de nuestra gramática ese vicio de origen en aquel monumento admirable de lógica aplicada, en su «Gramática de la lengua castellana», en cuyo prólogo decía, que «si como fué el latín el tipo ideal de los gramáticos, las circunstancias hubiesen dado esta preeminencia al griego, hubiéramos tenido probablemente cinco casos en nuestra declinación en lugar de seis, nuestros verbos hubieran tenido no sólo voz pasiva, sino voz media, y no habrían faltado aoristos y paulo-post-futuros en la conjugación castellana.»

Cuando fueron disipándose los sueños del Renacimiento y

dando éste sus frutos, sustituyó al cabo al humanismo la ideología, representada sobre todo en el respecto que aquí más nos importa en la escuela de Port-Royal. Sucedió entonces que así como se revistió á la ideología jurídica de la forma del derecho romano cristalizado en las *Pandectas*, identificándolo ó poco menos con el derecho llamado natural y supuesto ideal y eterno, así en parte sirvió el latín de receptáculo de ideología lingüística. De esta época arrancan multitud de sutilezas ociosas acerca del verbo único, de si hay ó no artículo en latín, etc., gran parte del tecnicismo gramatical hoy usado y ese fárrago de nebulosos castillos en el aire que se llamaba ha poco gramática general.

Lengua universal el latín primero, instrumento de regeneración después, vaso de ideologuerías más tarde, su enseñanza ha tenido fines algo diferentes en el decurso de los siglos. Y hoy ¿para que sirve?

II

Del *por qué* de las cosas suele depender su *para qué*, de su razón suficiente, ignorada á menudo al hombre, saca éste su finalidad, lo cual quiere decir lisa y llanamente que cuando algo persiste el hombre busca en qué aprovecharlo aun cuando persista sólo en virtud de inercia, así como se suele hallar nuevo empleo á un órgano que perdió su función congénita. Difícilmente se renuncia á lo que ha costado trabajo adquirir. Una de las mayores abnegaciones y de las más útiles en la ciencia, es la abnegación de saber olvidar, porque sin olvido no hay progreso ni ciencia posibles. A todas horas se oye el fatal aforismo de que «el saber no ocupa lugar», al cual, aun cuando no fuera error á la letra, porque el saber ocupa lugar, se podría siempre oponer este otro: «el aprender ocupa tiem-

po» y el tiempo es oro. Una vez recibido el legado del latín no había más remedio que hallarle finalidad, la generación que le había aprendido no podía renunciar á enseñárselo á la siguiente.

La verdad es que aquí, aparte de los sacerdotes que lo aprenden para entender sus libros y su breviario, el que estudia latín ó lo hace á la fuerza para hacerse bachiller y olvidarlo luego ó lo estudia espontáneamente para hacer oposiciones á cátedras, es decir, para enseñarlo. En realidad no se aprende más que para enseñarlo. Habrá algunos que acaben por tomarle gusto, los más lo cultivan para poder sacar del Estado ó de los particulares un sueldo por enseñarlo y se cuidan tan poco de la utilidad que su conocimiento puede reportar en la vida á los alumnos como el caballo que saca agua de una noria del destino que da á ésta su amo.

El resultado de la enseñanza del latín lo conocemos todos. Queda como memoria de ella el recuerdo de pesadas horas de vela, de horas de hastío revolviendo las hojas de un diccionario y mareándose en un montón de sinónimos castellanos para un solo significado latino, de dulces siestas echadas sobre el *Tityre, tu patulae*, etc., ó sobre el *Humano capiti cervicem*, de quebraderos de cabeza en la ingente labor de ordenar *a priori*, es decir, sin saber antes el significado de las voces, aquellos fatigosos textos que parece revolvieron y desordenaron adrede los romanos para atormentar á los niños de las generaciones futuras con tal rompe-cabezas. Sólo se recuerda esto y el suspiro de alivio que se lanzó al salir del potro de los gerundios, complementos, oraciones de siendo, de estando y de habiendo. Los más de los hombres sinceros declararán que creen perdido, ó poco menos, el tiempo que les hicieron dedicar al latín, y si hay algunos que lo aprovecharon son garbanzos de á libra que no deben entrar en cuenta.

Que mucho del mal éste estribe en lo poco del tiempo disponible y en el abandono ulterior de su cultivo, es indudable; pero no lo es menos que al enseñarlo hay que tener en cuenta

esas dos circunstancias *inevitables* y sobre todo que al desarrollarse y acrecentarse todas las demás disciplinas humanas el estudio del latín ha menguado en importancia. Al disminuir el tiempo que puede y debe dedicársele en la segunda enseñanza general tiene que variar no sólo la cantidad sino la calidad de su enseñanza, pues las cosas al reducirse de tamaño tienen que cambiar de forma. Y sin embargo, hay el empeño de enseñar en dos cursos lo que en un tiempo en largos años, y siguen dándose farragosas reglas, útiles cuando era útil saber escribir latín, inútiles hoy que no se puede pretender tal cosa.

Todos los días, desde que se inició fuera de aquí la campaña contra el latín, surgen nuevos campeones en su defensa, sin que falte la ponderación de las excelencias de la educación literaria que llaman clásica. No es mi objeto meterme en este vasto terreno, plagado de encrucijadas y trampas, pero no puedo callar que creo no basta enseñar latín á los niños para darles cultura clásica.

A los clásicos, dígame lo que se quiera, no los entienden ni aun traducidos; había que ponerles en disposición de traducir no una lengua, una civilización entera. Todo el que quiera ser sincero declarará que le aburrió la lectura que de los clásicos hizo de niño.

Por otra parte, las literaturas modernas, superiores á las clásicas, sustituyen, y hasta con ventaja, á la educación que se pretende dar con los clásicos latinos.

Y no sigo por este camino, puesto que los límites que me he trazado, con la esperanza de volver más por extenso sobre ello, me obligan á ser sobrado dogmático en las afirmaciones. Baste decir que *dado el tiempo á que está necesariamente reducido el estudio del latín y el amenguamiento relativo de su importancia en virtud del desarrollo de las demás disciplinas, no cabe enseñarlo como hasta aquí NI PARA EL MISMO FIN*, si es que fin claro y definido había.

III

La tradición de la enseñanza del latín, bastante debilitada y desprestigiada en la conciencia de la opinión pública, se remozó cobrando nueva vida al nacer la lingüística histórico-comparativa. El pasado ha recobrado nuevo interés como germen y razón de ser del presente, la tradición como base de todo progreso. La doctrina de la evolución ha hecho que se considere todo momento como punto de un proceso en que halla su justificación, todo hecho como un producto y que se busque en el génesis de las cosas la explicación de éstas. Exponer cómo se formó esto ó lo otro es dar su razón de ser y desplegar su contenido. El principio de unidad y la doctrina de la evolución son hoy las ideas madres en la ciencia. Se ha ensanchado y robustecido el concepto de la vida introduciéndose, así como el de organismo, por todas partes; hasta tal punto de abuso, que pasan no pocas veces por explicaciones meras metáforas tomadas de la fisiología.

Las lenguas se nos han mostrado como organismos vivos, aplicándose al estudio de su proceso de vida las doctrinas generales de la evolución y el más riguroso método inductivo. Todo esto se pasa hoy de puro sabido, nadie desconoce *en principio* el desarrollo que alcanza el método histórico-comparativo en la filología. Y así como el derecho romano, destronado de su posición de acabado tipo en la ideología jurídica, recobró nueva importancia merced á los trabajos de la escuela histórica, singularmente los de Savigny, y gracias no ya al *Digesto* sino á su proceso de formación y á la historia del derecho, así ha adquirido la lengua latina nuevo interés al ser estudiada en su proceso formativo.

Al mismo tiempo el proceso lingüístico refleja el del pensa-

miento; la gestación y crecimiento de los vocablos, los de las ideas que expresan y hasta hay más y es la parte principalísima que la lengua juega en la formación del pensamiento humano. La lingüística ha de ser uno de los instrumentos más eficaces, el más eficaz acaso, de la investigación psicológica allí donde cesa el concurso de la fisiología; en la lingüística ha de buscarse una de las principales fuentes del estudio del *allgeist*, del espíritu colectivo, del alma de los pueblos y del desarrollo superior psíquico del hombre, del que debe á la sociedad (1), pues si los movimientos físicos del cuerpo son cuerpo de las sensaciones, los vocablos son cuerpo de las ideas.

Esta manera de considerar al lenguaje desde un punto de vista científico trae sus peligros y entre ellos el principal que, como dice Spencer, muchos filólogos han hecho de las lenguas, que son en fin de cuenta instrumentos, lo que los indios asombrados de la labor del arado inglés hicieron de este, pintándolo y erigiéndolo para adorar como ídolo un instrumento. Pero este es mal que la ciencia misma lo cura, pues hay una verdadera *virtus medicatrix scientiae* y es la ciencia como la lanza aquella que curaba las heridas que hacía.

El conocimiento científico de una lengua, en su génesis y vida, hace que nos demos conciencia de lo inconciente en nosotros, y si bien es cierto que la gramática científica no nos enseña á hablar como la fisiología no enseña á digerir, así como ésta sirve de base á la higiene y á la patología que enseñan á preservar y curar enfermedades, así sirve aquélla de base á verdaderas higiene y patología lingüísticas. Esto aparte de que robustece y eleva á la inteligencia el que se dé cuenta de su íntimo funcionamiento.

La instrucción filológica sirve para vigorizar la mente de los jóvenes y contribuye á dotarles de uno de los dones más

(1) Las que se llaman facultades superiores, ó sea las formas más elevadas de la inteligencia, son debidas en su origen al estado social, á la influencia de la sociedad humana sobre los individuos, influencia que toma cuerpo en el lenguaje, lazo espiritual de los miembros asociados.

raros, del *sentido científico*, pero tal instrucción hay que darla para que sea provechosa en concreto y en vivo, sobre *hechos inmediatos*, aplicada al idioma propio, al español en nuestra patria.

IV

El estudio del latín puede ser hoy provechosísimo si se le endereza al mejor conocimiento de nuestra propia lengua. Por esto es de alabar el que el señor ministro diga en el nuevo decreto que el objeto de los estudios de latín y castellano es adquirir «el dominio teórico y práctico, fundado sobre el conocimiento de la matriz latina, del idioma patrio, ya en su origen y estructura íntima, ya en la composición del discurso ó elocución (1), ya en el juicio elemental de las obras literarias y que introduzca un curso de *gramática comparada hispano-latina* en que se desarrolle» un estudio de la derivación general fonológica y morfológica del castellano con respecto al latín. ¡Bien por el señor ministro!

Hasta ahora se llegaba en España hasta obtener el grado de doctor en filosofía y letras sin haber estudiado *de hecho y oficialmente* más castellano que el de la escuela de primeras letras, á pesar de haber en la segunda enseñanza una cátedra de latín y castellano, en que se repetía el estudio de la gramática empírica de nuestra lengua. Se cursaba latín, francés, griego, hebreo ó árabe y sánscrito, y apenas se oía una palabra sobre el proceso de formación de la lengua en que se pen-

(1) ¡Lástima que la composición del discurso sea cosa muy distinta de la elocución á pesar del decreto! Tampoco se sabe que son los elementos fonético-filológicos de la declinación y conjugación *clásicas* (¡otro disparate!) de que habla el decreto. ¡Qué falta hace que se sepa algo de todo esto!

saba. Algunos suplían por sí la deficiencia oficial: en la Universidad Central ha venido dedicando el Sr. Sánchez Moguel gran parte de sus cursos de historia de la literatura española al estudio de la historia de la lengua en que esa literatura está escrita, labor benemérita, perseguida con ahinco y premiada con frutos.

Y no sólo no se estudiaba oficialmente filología románica, ni aun española, sino que en oposiciones de latín se daba más á menudo el caso de que un opositor se corriera por los cerros de Úbeda remontándose en comparaciones y filologiquerías más ó menos aventuradas hasta las alturas del sánscrito ó á las casi inaccesibles de la madre lengua ariana que el que bajara del latín al castellano; era más frecuente ascender al latín pre-clásico que descender al bajo latino; se oía hablar alguna vez del canto de los sacerdotes salios, no de los juramentos de Luis el Germánico. Y es que las maravillas de la filología comparada empezaron á descubrirse por arriba y que antes de enseñarnos cómo se formó nuestra conjugación castellana nos hablaron de aquella tan linda tricotomía del monosilabismo, la aglutinación y la flexión, que puso en moda un filólogo hegeliano, Schleicher, y era que al saber que éramos arios nos encontramos como niños con zapatos nuevos y sin saber dónde meter nuestro arianismo.

Hay muchos que creen que la mayor utilidad científica del latín aplicado al castellano, es la de hallar las etimologías de los vocablos de éste. Y aquí conviene que paremos la atención á esto de las etimologías, pues lo merece.

Está muy arraigada la manía de las etimologías y es muy frecuente creer que sin ellas apenas hay definición posible. Es tal la maldita influencia del nombre que enquistá al concepto que expresa, lo ahoga y casi mata después de haberle dado vida, y no pocas veces oímos dar como objeción en contra de una manera de entender un concepto, la de que ha roto con la etimología de su nombre. Una de las mayores ventajas del empleo del griego en el tecnicismo científico es que como *están*

en griego los vocablos, no sirven de ancla que sujete la idea á su primera forma impidiéndole el desarrollo. El nombre *estética* se aplica hoy á una idea que no corresponde á la original, y es indudable que si el *psico* de *psicología* evocara en nuestra mente espontánea é inmediatamente asociaciones de ideas tan vivas, arraigadas y tenaces como las que evoca el nombre *alma*, la psicología habría perdido parte de sus progresos. En el nombre, que es su carne, llevan los conceptos la mancha del pecado original.

La verdadera *etimología* consiste en estudiar el proceso de significación de un vocablo, su semiótica, la evolución de su sentido (1). Pero desgraciadamente, así como ha progresado tanto el conocimiento de la fonética y de la morfología, de las alteraciones de los sonidos y las formas, ha adelantado poco el de la semiótica, de las alteraciones del significado.

Es tal la preocupación por la etimología entendida á la antigua, que he oído decir á persona cultísima, que es más útil el estudio del griego que el del latín porque de aquel se sacan los términos científicos, ¡como si nos importara más conocer la formación, tantas veces caprichosa (2), de la jerga científica, que la formación espontánea y fresca de la lengua común y cotidiana, la de las necesidades de la vida! Si el griego no sirviera más que para el tecnicismo científico aviado estaba.

Y dejando esta digresión, paso á indicar, lo más brevemente que pueda, los resultados, tanto generales como especiales,

(1) No habría estado mal que en el decreto á lo del estudio de la derivación general *fonológica* y *morfológica* se hubiera añadido la *semiótica* ó *semiológica*. Pero este estudio, el más atractivo y fecundo, está casi olvidado.

(2) El número de disparates en la invención de términos científicos es enorme. Las voces *sociología*, *criminología*, *kilómetro*, etc., son, tomándolas *en cierto sentido*, *estrecho* y *PEDANTESCO*, verdaderos *desatinos*, pero hacen el mismo servicio que las formadas con toda corrección académica. De *desatinos* de esta clase están llenas las lenguas literarias; y no pasa de niñería basar en ellos argumentos y objeciones.

que produciría en la cultura de los jóvenes la enseñanza científica del proceso formativo del castellano.

*
* *

Como resultados generales tendríamos su efecto en la cultura y gimnasia del espíritu. Sería un curso de verdadera lógica inductiva aplicada. A partir de hechos fáciles e inmediatamente asequibles, de la lengua misma que habla, se ejercitaría el alumno en el saludable rigor del método inductivo. Así se despertaría, si es que dormía en él, el *sentido científico*, que brotando del común, se le opone no pocas veces, y tal vez se lograra quebrantar en él ese empeño de apelar á cada paso al sentido común, con el cual se pone en ridículo en una sociedad en que nadie mira más que á simple vista á aquel que exponga lo que vió al microscopio (1).

Iría á la vez aprendiendo el alumno á sujetarse á los hechos, á los hechos vivos, á buscar en ellos mismos su razón de ser, á comprender que la ciencia exige saber observar, tener paciencia y esperar á que las cosas se expliquen á sí mismas, sin forzarlas, á penetrarse sobre todo de esta verdad tan desconocida: que la ley no es cosa distinta del hecho. Aprendería á no deformar los hechos para plegarlos á sus ideas sino éstas á aquéllos. ¡Cómo se entusiasman algunos de

(1) Un joven estudioso y que pasa por culto, decía en cierta ocasión que la palabra *nada* no pudo significar nunca *cosa nacida*, *algo* (del latín *nata*, participio de *nascere*) porque eso de que un vocablo que quiso decir *algo* haya venido á querer decir *nada* «está contra el sentido común». Le hubiera bastado recorrer el *Poema del Cid* ú otro monumento antiguo y leer allí *hombre nado*, *mujer nada*, etc., para no hacer caso de ese *sentido común*, que se reduce á ignorancia.

aquella antigua etimología de *intelligere* sacándola de *intus legere*, leer dentro; ó la de *lex* de *ligare*, atar, porque cuadran con sus conceptos! Y, sin embargo, ni la *u* de *intus* puede cambiar en *e*, ni su *s* en *l* delante de otra *l*, ni un nombre como *lex*, cuyo tema simple es *leg*, es probable derive de un verbo derivado en *a* como *ligare*. ¡Qué lección de método la de ver que basta ordenar las formas sucesivas de un vocablo para ver su origen, que no hay que fiarse del oído, que la apariencia engaña (1)!

El estudio de la evolución lingüística serviría además para sacudirse de la ideología lingüística, la cual contribuirá á quebrantar el prestigio de toda ideología. El darse cuenta de que la relación entre el género gramatical y el sexo de los animales es una relación secundaria y accidental, ¿no es una brecha abierta en la ideología?

Además de todo esto, los principios de la evolución orgánica, la lucha por la vida, la adaptación al medio, la selección, la desaparición de los intermedios, la correlación de partes, la inestabilidad de lo homogéneo, etc., todo ello se ve en la lingüística con menos trabajo que en la botánica ó en la zoología porque se dispone más á mano de elementos más manejables. Con un encerado y una colección de textos basta para las experimentaciones y observaciones que conducen á conocer en vivo la ley de evolución. ¡Qué fecundas enseñanzas las que se desprenden del estudio de los sufijos de derivación muertos y vivos, de los sufijos latinos que al perder su función, su aplicabilidad á nuevos casos, se han atrofiado en castellano, donde forman con el nombre á que se unen una compacta unidad indisoluble!

(1) Lo primero que se ocurre al pensar en el origen de la voz geográfica *Santander* es que sea San Andrés, y esto es, sin duda, lo que ha hecho inventar una abadía de tal santo. Sin embargo, *Santander* pasando por *Santandero*, *Santanderio*, *Sant Amterio* y *Sant Ameterio*, cada uno de cuyos cambios puede ilustrarse con multitud de ejemplos análogos, no es más que San Emeterio, uno de los patronos de la ciudad.

Y si vamos al estudio de la evolución del sentido de los vocablos se abren nuevos horizontes. Aquí los hechos son palpantes de vida, los cambios se verifican ante nosotros, en pocos años.

Tomemos un ejemplo, el vocablo *persona*: ¡qué de enseñanzas en el proceso de su significación desde que designaba una vocina de resonancia, luego la que iba unida á la careta que usaban los actores romanos y la careta misma, más tarde el personaje representado en el drama, después el papel que representamos en la escena de la sociedad humana, y por último en el escenario de nuestra propia conciencia!

*
* *

Si de los resultados generales del estudio filológico del castellano pasamos á los especiales nos encontramos con que es un medio de dar á nuestra lengua literaria precisión, fecundidad y libertad.

Al considerar á cada vocablo como un producto, como el término de un proceso, adquiere el tal vocablo precisión, pues vemos en él su pasado, su tradición, su historia; su sentido se llena y como que se preña; á las veces pierde vaguedad para adquirir contornos limpios, otras veces gana una cierta vaguedad que le da flexibilidad mayor. Sirvanos de ejemplo no un vocablo, una frase, *entrar de hoz y de coz*. Cuando se averigua que el vocablo *hoz*, usado en algunas regiones en el sentido de encañada, garganta ó desfiladero (lo usa Pereda y es el sentido que lleva en el apellido La Hoz) deriva del latín *fauce*, garguero, que es de donde sacamos el diminutivo *hoc-ico*, y cuando se averigua que *coz* es el latín *calce*, calcañar ó talón, que ha cambiado en el uso corriente de signifi-

cado por la misma razón que decimos *dar un palo*, averiguado eso, ¿no adquiere precisión la frase «entrar de hoz y de coz» es decir «de hocico y de calcañal», «de pies y de cabeza»? (1)

Contribuiría además el conocimiento del proceso de formación del castellano á dar á la lengua literaria la fecundidad y libertad que tuvo en su infancia, en tiempo de Berceo y en otros posteriores. Porque está muy generalizado el prejuicio de creer que no hay más palabras legítimas que las contenidas en el *Diccionario oficial*, que éste es el arca cerrada y sellada del caudal de nuestra lengua, que debe proscribirse toda voz no contenida en él, que la función de la Academia es *decretar* lo que ha de ser tenido por buen castellano. Y está tal prejuicio tan extendido y tan arraigada la idea que hace de la Academia una corporación legislativa cuyos acuerdos obligan, que padecen del prejuicio los que más combaten á ese instituto. Los periodistas que han dicho más horrores de la Academia escriben como mansos corderos *subscriber* y *septiembre* y otros desatinos análogos y acuden al *Diccionario* como á código de última instancia (2).

El castellano ha perdido fecundidad, casi ningún escritor se permite formar nuevos derivados dentro de la índole del

(1) Otro ejemplo. Se cree de ordinario que *malogrado* es *mal logrado*, y aún lo he visto escrito así. En averiguando que es *mal augurado*, *malum auguratum* (análogo al italiano *sciaugurato*), de mal agüero ó augurio, víctima de un mal destino, el vocablo adquiere en la mente nuevo relieve.

(2) Al discutirse en la prensa el nombramiento para académico de un filólogo, mejor ó peor, en frente de un literato de fama, y al criticar luego acerbamente el que salga un cempiés cuando ha querido hacer obra filológica una corporación en que predominan los literatos, *aficionados* algunos á filología, grandes estilistas otros pero deplorables hablistas, al discutir aquello y criticar esto, pusieron de relieve el lio que llevan en la cabeza en tratándose de cosas de lengua y lo absurdo que resulta querer hacer de la Academia un panteón de celebridades literarias y dejarle encomendada la labor lingüística, como si fueran mejores conocedores de las funciones de la digestión los que de mejor estómago gozan.

idioma, inventar voces nuevas, y cuando se permite alguno hacerlo, valiera más se contuviese. Españoles hay que envidian esa facilidad de que gozan los alemanes en idear nuevos vocablos; y si aquí no se hace lo mismo es en gran parte por ignorancia de la formación viva del léxico castellano.

Hay otro resultado, y de no poca importancia, que nos traería el estudio de la historia del castellano. Vemos en ella dos procesos de formación, el popular y el literario, dos capas de latín en nuestra lengua. Muchos vocablos latinos tienen en castellano dos representantes, el uno popular, el vocablo que rodando de boca en boca y de oído en oído vino poco á poco, *ab origine*, con la lengua misma, transformándose, el vocablo que vivió en la lengua popular hablada desde que el pueblo hablaba aquí latín, y otro representante del mismo vocablo latino, que es el que más tarde trajeron los letrados del latín escrito á los libros y de éstos pasó al pueblo, el que entró por los ojos. A esto llaman los franceses *doublets*, dobletes, y pondremos como ejemplos: *derecho* y *directo*, *tilde* y *título*, *letrado* y *literato*, *entero* é *íntegro*, *diseño* y *designio*, *hastío* y *fastidio*, *pardo* y *pálido*, etc.

El estudio de este doble proceso, de las influencias mutuas de la lengua popular sobre la literaria y viceversa, de su mezcla en un terreno común, de sus alternativas concesiones, todo esto serviría para que los jóvenes que van á bachillerarse aprendieran á no desdeñar los llamados disparates del pueblo ni las acepciones que vienen del arroyo, aprendieran que vale más remozar la lengua literaria en la fuente viva del habla popular que en los estanques miasmáticos del arcaísmo. Sería una lección provechosisima la de que mucho de lo que hace el pueblo al modificar las voces literarias es seguir aplicando á éstas las leyes que sacaron al castellano del latín y continuar el movimiento de vida que la lengua escrita tiende á paralizar, que al hacer el pueblo, de *persona*, *presona*, sigue á los que hicieron del *percontari* latino nuestro *preguntar*, que al decir *acetar* por *acceptar* habla como nuestros padres que di-

jeron *recetar* por *receptare*, que el plantarle, en fin, una *p* á *setiembre* (¿y por qué no á *siete*?) es el colmo de la pedantería y de la ignorancia de las leyes biológicas de una lengua. No sería poco poder quebrantar los cimientos de la pedantería bachilleresca, del afán de *épater le bourgeois*, como dicen nuestros vecinos, de dejar turulato al hortera con majaderías cual aquellas de que el frío no existe y la sal no es sal. ¿Cuándo se estudiará la lengua del pueblo, sus disparates inclusive? Apenas se ha emprendido aún el estudio del castellano vivo, del habla de cada región, no tenemos *un inventario de voces castellanas*, no un diccionario-código de los que hacen de cedazo (1).

Este modo de estudiar el castellano nos llevaría al conocimiento de su patología, de sus enfermedades y de que no es la menor de ellas la *literatistmitis*. Aprenderíamos que hay grandes escritores que suelen estropear la lengua más que el pueblo, que es más funesta que todas las desviaciones patológicas del instinto la razón racionante aplicada á la lengua, el afán de un escritor cualquiera por remozar su lengua si ya no puede remozar sus ideas (2).

*
* *

Pero para estudiar la gramática comparada hispano-latina, no basta coger la española y la latina y hacer de ellas

(1) Conviene distinguir entre voces literarias, populares y popularizadas. Así, v. gr., *estricto* es voz literaria, *estrecho*, popular, y *distrito* popularizada (en forma popular sería *distrecho*.) El pueblo suele usar *sinificar* por *significar* pero á nadie se le ocurriría inventar un *aseñiguar*, que sería, según la fonética popular histórica, el representante del *significare* latino, (como *averiguar*, *santiguar*, *atestiguar*, *amenguar* de *verificare*, *sanctificare*, *testificare*, *minuficare*.)

(2) El decir en singular *metamorfosis* y en plural *metamorfoseos* es un desatino mayor que decir *méndigo*, *périto*, *presona* ó *ivierno*.

picadillo mezclando los cachos en un pisto, no basta presentar correspondencias, sino trazar series. Y es que para hacer la historia del castellano ni basta el latín clásico, el que se enseña en las aulas, ni aun es el más útil; porque el latín clásico es un dialecto literario, en gran parte de estufa, no la fuente misma latina viva de donde brotaron los romances. En el ingente número de despropósitos que constituyen la desdichadísima parte etimológica, ó lo que sea, del último Diccionario de la Academia, en medio de la sencillota y cándida ignorancia de la filología romance que allí se revela (1), en medio de ello brilla el desconocimiento ú olvido más absoluto del bajo latín. Así es que se dicen cosas como que *corazón* viene de *cor* y *cabeza* de *caput*.

Para el estudio histórico del castellano lo importante es el bajo latín, el período de intensa vida interna, de rapidísima transformación por que pasó el latín popular á la caída del imperio romano, aquel período de tanta fecundidad, de tanta riqueza en la derivación de nuevos vocablos. Nadie es capaz de sacar *cupe* de *cepi*, si no acude al *capui*, ni nadie encontrará en los clásicos el *exturpitium* de donde ha venido nuestro *estropicio*. Para aclarar los orígenes del castellano, el Ducange es mucho más útil que el Forcellini.

Y lo más útil en la enseñanza sería una colección por orden cronológico de trozos bajo-latinos hasta los documentos medio-evaes castellanos, como los fueros de Cillaperil, de Belorado, de Palenzuela, y de trozos castellanos desde el «Poema del Cid» en adelante. En Francia se ha introducido este sistema en la segunda enseñanza y aquí sería más fácil porque el castellano se ha separado menos que el francés de la madre común á ambos, y ha cambiado menos, hasta tal punto que mientras para un francés es el estudio de la lengua de la «Chanson de Roland» tan difícil como el de algunas lenguas

(1) Para redactar la parte etimológica ni siquiera han debido de leer el «Lexicon» de Diez.

modernas extranjeras, cualquier español medianamente culto llega con poco esfuerzo y un breve glosario á entender en pocos días el «Poema del Cid».

V

«Todo eso está bien», podrá acaso decir alguien; «todo eso está bien, pero ¿cómo llevarlo á la práctica?» Y sacará á relucir en seguida todo eso de la tierna edad de los alumnos de segunda enseñanza, de su poca preparación y de la madurez de entendimiento que cree hace falta para penetrar esas que se le antojan intrincadas profundidades.

A los que no conocen, sino á lo más por encima ó de oídas, los procedimientos y métodos filológicos les asusta lo más exterior y fútil, el tecnicismo nuevo, como los que desconocen el hebreo lo creen difícil por tener una escritura tan peregrina. Al mismo tiempo son víctimas de la ilusión que nos hace creer que porque en nuestra mente se engendra confusión al choque de ideas nuevas con las ya arraigadas en ella, igual confusión ha de producirse al entrar los nuevos conceptos en una mente limpia como tabla rasa.

Los partidarios de la vieja escuela ponderan á menudo los excelentes resultados que ella les ha dado en la enseñanza, y apelan á su experiencia. Nada más vano y falaz que lo que llaman muchos experiencia de sus años, en que se corroboran y robustecen los errores. Un médico viejo jamás se convence de que se le hayan muerto muchos enfermos porque los ha matado. Quien no ha aplicado toda su vida más que un solo procedimiento, no tiene experiencia ni aun de él. Y muchos no aplican otros porque la indolencia y la rutina les aferra á aquel conocido proverbio que formula la quinta esencia del conservatorismo: más vale lo malo conocido que lo bueno

por conocer. Hay, sí, una tradición eterna, una experiencia incommovible de los siglos; pero ésta es la que el progreso forma, como los ricos terrenos de aluvión se forman de los acarreos de los ríos que en sus crecidas barren la capa superficial. Mas dejando por puro sabido esto de las falacias de la rutina, hay que hacer observar que los maestros que aplican los métodos tradicionales podrán alegar que han conseguido aprendan sus discípulos *lo que ellos quisieron enseñarles*, pero que lo puesto en tela de juicio es precisamente la utilidad final de esto que les han enseñado. Con su método consiguen el resultado que se proponen, ¡convenido!, pero lo que se niega es la validez del tal resultado. Es como cuando se dice que los antiguos humanistas aprendían latín sin filología comparativa ni las fonéticas al uso. Es cierto, pero no se trata de hacer humanistas á la antigua.

Una razón del desprestigio en que para muchos han caído los modernos procedimientos, estriba en que ha habido quienes han pretendido aplicarlos para conseguir los resultados antiguos, quienes han querido hacer que los adelantos de la filología sirvan para fines extraños. Es como si algún *modernista* (que suelen ser los menos *modernos*) pretendiera hacer un pintor enseñándole óptica y sin darle un pincel á la mano, y en vista de su fracaso se pronunciara la inutilidad de la óptica. Es cierto que con los nuevos métodos no aprenderán tal vez á entender mejor los clásicos, como no lo conseguían ya con los antiguos empequeñecidos, pero aprenderán otra cosa acaso más útil.

Al mal de esa aplicación torcida de la filología, en que se pretende variar de procedimientos sin variar de fin en la enseñanza del latín, se une el mal mucho mayor de que se meten á aplicar lo nuevo quienes apenas lo conocen ó lo conocen mal, saliéndose de sus casillas para meterse en camisa de once varas, haciendo un *totum revolutum* de lo antiguo y lo moderno sin entender ni lo uno ni lo otro, olvidados de aquello y no enterados de esto, ó dejándose llevar de la últi-

ma novedad sin prudencia alguna. El método tradicional es compacto, coherente, cristalizado, tiene la solidez que da el tiempo; el nuevo está en gran parte en vías de formación y la enseñanza debe progresar, pero á remolque.

Se dice que la aplicación de los nuevos métodos exige más inteligencia en el estudiante y es un error. Es más inteligible, menos confuso, más sencillo, como todo lo que es más racional. Se reduce á clasificar bien los hechos. Sea, por ejemplo, el estudio de los verbos irregulares. De ordinario se aprenden en listas, confiándolos á la memoria, y si acudimos á la «Gramática castellana» de la Academia, veremos la inevitable confusión en que se cae empeñándose en clasificar las conjugaciones irregulares tomadas en conjunto. Clasifíquense en vez de los verbos irregulares las irregularidades de los verbos y la confusión se disipa; porque sólo conduce á confusión pretender clasificar las combinaciones binarias, ternarias ó cuaternarias de varios elementos en vez de clasificar éstos. No hay clasificación científica donde no va precedida de análisis.

Toda la labor del maestro se reduce á fijar bien los hechos y ordenarlos, alinearlos, para que se expliquen á sí mismos. Basta escribir en el encerado series de formas convenientemente dispuestas para que surja la ley, que no es cosa que se distinga realmente de los hechos mismos, sino la generalización de éstos. En un caso dado, en un vocablo, pueden ocurrir varios cambios entrecruzados; el análisis los desenreda. Lo primero es fijar los hechos, fijarlos con exactitud, definirlos, demarcarlos, y esta labor es una de las mejores lecciones de lógica. No hay cosa más difícil que conocer hechos, como que es el fin último de la ciencia. Recuerdo haber leído no sé en qué libro que *á las veces cambia la o latina en ue*. He aquí un hecho, pero un hecho confuso, vago, indefinido, un hecho no fijado científicamente. Porque el hecho, es que la o latina breve ó larga por posición cambia en ue cuando recae sobre ella el acento tónico, y aun quedan delimitaciones ulteriores.

Así como mueren más personas de miedo al frío que del frío mismo, hace más daño en la enseñanza el miedo á la razón que la razón. Con el pretexto de lo tierno de la inteligencia del niño no se le robustece ésta.

No sólo es fácilmente asequible á la inteligencia de los alumnos de segunda enseñanza el procedimiento lingüístico, sino que sirve á la vez para ayudar á su memoria. No hay, en efecto, más mnemotecnia verdadera y viva que la asociación espontánea y natural de las ideas sobre la base de la asociación de las cosas, no hay memorialines, ni coplas, ni fórmulas que valgan lo que vale el enlace lógico de los conceptos paralelo al enlace objetivo de los hechos. Es mucho más fácil aprenderse cinco leyes fonéticas y ver en cada caso su entrecruzamiento, que aprenderse veinticinco reglas en que se formulan combinaciones binarias ó ternarias de aquellas leyes. Y lo que no quepa en la memoria se lleva apuntado en el bolsillo; éste, éste sí que es el gran principio de mnemotecnia sana.

Como los alumnos estudian francés además de latín tienen ya tres términos de comparación, lo cual contribuye á que conozcan mejor cada uno de ellos.

Debe además tenerse en cuenta el elemento emocional. Lo que cansa y se estudia á disgusto se aprende mal. Gran parte de los pobres resultados de la enseñanza del latín deben achacarse al hastío que produce á los muchachos la lectura de cosas que no les interesan (1).

El elemento emocional se halla en la enseñanza filológica del castellano, poniendo mil veces al alumno en camino de gozar en descubrir algo, de sorprender una derivación castellana. Durante algún tiempo pude experimentar el goce que les producía á unos muchachos, jovencitos aún, el *descubrir* el representante castellano de una palabra latina.

(1) He renunciado á emplear en mi cátedra de griego la *Anábasis* de Jenofonte como texto de sintaxis, que lo es excelente, porque he visto que los alumnos se aburren de aquella monótona y fatigosísima relación, tan lánguida que da sueño.

Enderezando el estudio del latín, y no del latín clásico sólo, al conocimiento histórico del castellano, pero con juicio y ciencia, se prepararía á las generaciones futuras para que hicieran un uso más racional y seguro de su lengua, que adquiriría así mayor precisión, fecundidad y libertad. A la vez ganarían no poco en cultura intelectual.

Se habría conseguido un inapreciable resultado aun cuando sólo se lograra que aprendieran á ver hechos, á inducir de ellos leyes, aun cuando se limitara el fruto á que sacaran un concepto vivo, robusto, arraigado, rico, de que la lengua es un organismo cuyo proceso no sufre imposiciones caprichosas y cuya fuente brota del pueblo que la habla.

El mayor obstáculo para la reforma no son las condiciones del alumno, son las del maestro; y entre éstos no es el elemento joven menor rémora que el otro.

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, Setiembre de 1894.

REVISTA CRÍTICA

ENTRE los varios trabajos que recientemente han aparecido sobre materias de nuestra historia literaria, pocos ó ninguno merecen tanta atención como el libro que en lengua alemana ha publicado el crítico italiano Dr. Arturo Farinelli con el título de *Grillparzer y Lope de Vega* (1).

Es el Dr. Farinelli una de las personas más conocedoras de nuestra literatura que en toda Europa (sin excluir nuestra propia España) pueden encontrarse. Y este conocimiento, con ser tan exacto y preciso en los pormenores y tan penetrante en el conjunto, no hace de él lo que comúnmente se llama un *especialista*, porque en el Dr. Farinelli se da el caso admirable de poseer con igual perfección y dominio todas las demás literaturas de Europa, cuyas mutuas relaciones estudia y expone con profundo sentido crítico, haciéndolas servir para el adelanto de aquella ciencia, nacida de ayer y ya robusta y potente, que podemos llamar filosofía de la historia literaria ó síntesis histórica de las literaturas.

Es común achaque de los que emplean sus conatos en este estudio de las corrientes literarias, preferir el punto de vista de la indagación histórica y meramente exterior al juicio perso-

(1) *Grillparzer und Lope de Vega* (Berlin, 1894). Verlag von Emil Faber.

nal y vivo de la obra de arte, por donde viene el crítico á dar importancia á pormenores de ningún valor estético y á preferir lo curioso á lo bello. Pero en esta como en otras muchas cosas también se distingue del vulgo de los eruditos el Dr. Farinelli, pues su intuición artística, su genial capacidad de percibir el elemento poético, su espíritu ágil y luminoso, italiano en fin, nos pasma tanto como su variadísima cultura; y el tacto y fina perspicacia con que aprecia y sorprende los más fugitivos accidentes de la creación artística y penetra en su misteriosa elaboración, es hoy una cualidad tan rara, que merece celebrarse y señalarse todavía más que el rigor del método y la riqueza de las comparaciones en que el libro abunda. Puede lograrse esta copia de material y esta ordenación severa con estudio pertinaz y bien encaminado, y es labor esta de las monografías literarias que de ningún modo está vedada á la medianía inteligente y educada en buenos métodos; de lo cual dan testimonio tantos y tantos libros de este género como diariamente aparecen en Alemania y en otras partes, libros útiles todos, necesarios muchos de ellos, herramientas bien confeccionadas sin duda, pero á cuyos autores nadie se sentirá inclinado á atribuir la más pequeña partícula de ingenio. Todo lo contrario sucede con los libros del Dr. Farinelli. Por ellos circula una llama ligera y sutil de entusiasmo artístico, que renueva la materia erudita, que la transfigura, y que no sólo ilumina el fenómeno literario, sino que en algún modo le presenta vivo y concreto, con un grado de plasticidad notable. Alemán por el fondo de su educación y por la lengua en que más de continuo escribe, es intelectualmente ciudadano de todas las repúblicas literarias de Europa, y ha permanecido fiel á todas las tradiciones clásicas de orden, lucidez y amena disposición de la materia, que en Italia misma comienzan á olvidarse un poco, merced al preponderante influjo germánico, que por otra parte ha hecho á nuestros hermanos el beneficio de emanciparlos de la dictadura francesa, que nosotros no hemos sacudido todavía.

El Dr. Farinelli, que es en cierto sentido el más germanizado de los modernos eruditos italianos, puesto que escribe el alemán como segunda lengua nativa, es, sin embargo, de los más latinos en su gusto y estilo, y realiza en su persona la fusión de las mejores cualidades de la gran escuela en que se formó y del nativo espíritu de su raza. Todos los estudiosos de las cosas de España debemos regocijarnos de la aparición inesperada de un colaborador de tan raro mérito, que parece providencialmente suscitado para trabajar en la triple alianza literaria que á todos nos importa tanto.

Para estimar debidamente el libro acerca de Lope y Grillparzer, conviene advertir primeramente que no es un trabajo aislado, sino que en el pensamiento de su autor forma un episodio de obra mucho más extensa, y de la cual ya han aparecido considerables fragmentos. Tal obra es nada menos que la historia de las relaciones literarias entre España y Alemania, iniciada por Farinelli en su eruditísima tesis doctoral *Spanien und die spanische literatur im lichte der deutschen Kritik und Poesie* (Berlín, 1892); trabajo, sin embargo, que su autor considera como mero ensayo.

La parte publicada alcanza en doce capítulos hasta Herder, y nos conduce, por decirlo así, hasta las fronteras del romanticismo. Si lo anterior á ésta grande época literaria no es lo más rico ni lo más interesante, es en cambio lo más oscuro, lo más difícil y lo primero que importa desentrañar. ¿Cómo empezaron á conocerse intelectualmente ambos países, enlazados en el siglo XVI por la relación política del Imperio, pero tan remotos ó desemejantes por lengua, costumbres, tradiciones y hábitos de pensamiento? El Dr. Farinelli responde satisfactoriamente á esta cuestión en un estudio histórico-comparativo, al cual nada encontramos comparable, salvo el muy análogo de Morel Fatio sobre la manera cómo los franceses han conocido y juzgado á España desde la Edad Media hasta nuestros días. Es imposible reducir á breve compendio un trabajo cuyo mayor mérito estriba en la riqueza de los detalles y en el arte con que están

enlazados, sacando partido hasta de las más fugaces indicaciones. Intentaremos, sin embargo, dar alguna idea del plan y contenido de esta tesis, que es preliminar indispensable de la monografía sobre Grillparzer y Lope, y de todos los demás libros que han de seguirla.

Salvo la influencia, común á toda Europa, de algunos escritores hispano-latinos (Orosio, como historiador apologético, San Isidoro, como escritor enciclopédico, Pedro Alfonso, como cuentista), puede decirse que Alemania y España se ignoraron recíprocamente durante la Edad Media. La embajada de Juan de Gorz á Córdoba en tiempo de Otón el Grande, y la relación que hizo de su viaje, es, sin duda, el documento más antiguo que por excepción puede alegarse. La pretensión de Alfonso X al imperio, más bien que á la historia de Alemania pertenece á la de Italia, donde el Rey Sabio tuvo muchos y fervorosos partidarios. Sólo por vía de la epopeya francesa, llegaron á oídos de los *minnesinger* alemanes algunos nombres geográficos de la Península más ó menos desfigurados. Así, en el *Parzival* de Wolfram de Eschenbach se menciona á Munsalvaesch (Montsalvatge), Salvaterre (Salvatierra), Zazamanca (Salamanca, y Azaguz (Zaragoza). Sólo la peregrinación compostelana atraía á España algunos alemanes. Pero de español que visitase alguna parte de Alemania y diera razón de su viaje no consta ninguno anterior al cordobés Pero Tafur, que entre sus *Andanzas por diversas partes del mundo avidas*, estuvo en 1438 y 39 en Basilea, Estrasburgo, Maguncia y Colonia, y describe con entusiasmo las orillas del Rhin: «E esta es sin dubda la más fermosa cosa de ver del mundo, la ribera del Rhin, de un cabo é de otro tantas villas gruessas, é tantas cosas notables, é tantos castillos é tan espesos que ha hombre vergüenza de lo decir.» Y de los alemanes juzga que son «gente muy sutil, mayormente en estas artes que dicen mecánicas».

Casi contemporáneos de las *Andanzas* de Tafur son dos viajes alemanes por España: el itinerario harto seco de Jorge de Ehingen (1457) y el mucho más interesante y copioso del

bohemio León de Rosmihal (1466), traducidos é ilustrados en éstos últimos años por el Sr. Fabié. El Dr. Farinelli resume hábilmente el contenido de éstos viajes, en los cuales no insistimos, por ser bastante conocidos en España, así como el de Nicolás Poplau de Breslau (1484), traducido con otros análogos por el Sr. Rozanski.

Las verdaderas relaciones en todos las órdenes de la vida comienzan cuando el emperador Carlos V reúne entrambos pueblos bajo su cetro. Limitándonos aquí al punto de vista literario, conviene señalar la primera influencia del pensamiento alemán en el español, manifestada por nuestros erasmistas y escritores de la Reforma: los Valdés, Enzinas, Díaz, Servet y tantos otros. El humanismo español en la primera mitad del siglo XVI participa de los caracteres del humanismo alemán, tanto ó más que de los del italiano. Después de vencida la Reforma, aconteció todo lo contrario pero todavía á fines de aquella centuria quedaban vestigios de erasmismo. La acción del cristianismo filosófico de Erasmo sobre las ideas de los españoles del Renacimiento, fué mucho más honda que la de todas las sectas protestantes juntas.

El común empleo del latín como lengua científica facilitaba la aproximación en el campo teológico y filosófico, pero las literaturas vulgares de ambos países continuaban incomunicadas y mutuamente ignoradas. Algunas obras españolas consiguieron, sin embargo, pasar el Rhin, y antes que otra ninguna la incomparable *Celestina*, que ya desde 1520 podía leerse en alemán, traducida, no del original, sino del italiano, con extrañas y curiosísimas variantes, de que ya los lectores de esta Revista tienen conocimiento. El *Amadis* no apareció en alemán hasta 1569, traducido de la versión francesa de Herberay des Essarts, obteniendo la misma boga que en todas partes, hasta el punto de ser trasladado á las tablas su argumento en 1587, en el teatro de Dresde.

La novela española penetró en Alemania, no sólo por versiones en lengua vulgar, sino por traducciones latinas. Gaspar

Barth, profundo conocedor de nuestra lengua, trasladó sucesivamente la *Celestina* con el título de *Pornoboscodidascalus*, la *Diana* de Gil Polo (no la de Jerónimo de Texeda, como da á entender el Dr. Farinelli) con el título de *Erotodidascalus Sive Nemoralium*, y aun para su versión de uno de los *Ragionamenti* del Aretino, tomó por texto, no el original italiano, sino el arreglo español del beneficiado Fernán Xuárez, llamado *Coloquio de las damas*. A estas versiones mencionadas por el Dr. Farinelli, deben añadirse las de Gaspar Ens que puso en latín *El Pícaro Guzmán de Alfarache*, abreviándole mucho, pero intercalando en él el *Lazarillo de Tormes*. Este mismo Gaspar Ens, autor ó compilador de una porción de libros de facecias, es el traductor latino de *El Licenciado Vidriera* de Cervantes (*Phantasio cratumenos sive Homo Vitreus*), según reciente y feliz descubrimiento del joven profesor holandés F. de Haan, residente hoy en la Universidad americana de Baltimore. Háblase también vagamente de una traducción latina del *Quijote* hecha en Alemania, pero lo cierto es que hasta ahora no ha sido descrita por nadie.

El primer género, pues, de nuestra literatura conocido en Alemania fué nuestra gloriosa novela clásica. Además de las citadas, tuvo gran séquito entre los cortesanos el libro de las *Guerras civiles de Granada*, de Ginés Pérez de Hita, y las justas y torneos, cuadrillas de aventureros, divisas é invenciones que en tal obra se describen sirvieron de modelo para fiestas análogas en Viena y otras cortes alemanas.

Fuera de los novelistas, un solo escritor español tuvo en la Alemania del siglo XVI gran número de lectores, como los tenía en Francia y en Inglaterra, donde se supone que la imitación de su estilo influyó en el desarrollo del *eufuismo*. Era éste el ingenioso y agudo moralista, el cáustico y punzante observador de la vida cortesana, Fr. Antonio de Guevara. De su *Reloj de Principes*, de sus *epístolas* que se llamaban *áureas* por la excelencia de sus documentos, de su *Menosprecio de la corte y alabanza de la aldea*, de todas sus obras profanas, en suma,

corrían numerosas traducciones, ya en latín, ya en alemán.

Por otra parte, la actividad de la próxima imprenta española de Amberes contribuía á la difusión de nuestros libros en su propio texto original, haciéndose cada día más frecuente el conocimiento de la lengua; y ya en el siglo XVII no es sólo traducciones lo que hay que registrar. En un género, á lo menos, en la novela realista, es visible el predominio del gusto picaresco español, modificado sin duda conforme á las condiciones de la raza, pero conservando siempre el carácter, en alguna manera poético, que en España tuvo, como idealización de la vida libre y vagabunda. Desde 1615 hasta 1670, aparecieron siete ediciones alemanas del *Guzmán de Alfarache*, traducido ó más bien libremente adaptado por Egidio Albertino, á quien se considera como padre de la novela picaresca en Alemania. En pos de él vinieron *El Lazarillo*, *La Pícarra Justina*, *Rinconete y Cortadillo*. Casi toda nuestra literatura picaresca podía leerse en alemán á fines del siglo XVII. El *Simplicissimus*, de Grimmelshausen, obra capital del género en Alemania (1669), si no es precisamente *el último retoño de la extensa familia española*, como sostiene F. Anreth en una tesis reciente, es, á lo menos, un digno camarada de los pícaros españoles, aunque con alma alemana, con ideal alemán, con cierto género de candor y simplicidad que contrasta con la brutal franqueza de los nuestros. Así como Grimmelshausen es en la Alemania del siglo XVII el más calificado imitador de nuestra novela picaresca, así en el satírico Moscherosch, autor del *Philander de Sittewald* (1644), predomina la imitación de Quevedo, cuyos *Sueños* había leído en la versión francesa del Sr. de La Geneste.

No podemos seguir al Dr. Farinelli en los innumerables y curiosísimos detalles que da sobre todo esto, no menos que sobre las traducciones é imitaciones de nuestras novelas idealistas (pastoriles, de aventuras, etc.), y sobre el notable conocimiento que de libros españoles lograron Harsdöffer y otros escritores alemanes de mediados del siglo XVII. Nunca fué más

íntima la comunicación entre ambas naciones que en tiempo de la guerra de Treinta Años. Es cierto que la literatura española vivía entonces de su propio fondo sin recibir más influencia extranjera que la italiana que constantemente la había acompañado desde el siglo xv. Pero hubo españoles del siglo xvii que acertaron á ver con exactitud el estado político, ya que no el literario, de Alemania. Saavedra Fajardo, por ejemplo, que asistió al Congreso de Münster, tiene una bella página sobre el carácter de los alemanes, en sus *Empresas Políticas*. Lo peregrino y difícil de la lengua se oponía á la difusión de los libros alemanes en España, sin contar con que la literatura germánica del siglo xvii estaba en visible decadencia y producía muy pocas obras que pudiesen franquear el horizonte nacional. Pero si es cierto que no hubo en el siglo xvii escritores españoles imitadores de los alemanes, dos de nuestros polígrafos más insignes de aquella centuria, Nierenberg y Caramuel, eran, aunque nacidos en Madrid, alemanes de origen; y entre los jesuitas del colegio Imperial nunca faltaron profesores alemanes, especialmente de matemáticas puras y aplicadas.

Son rarísimos (si es que alguno existe) los viajes á Alemania, escritos por españoles del siglo xvii, pero en cambio abundan los de alemanes por España, y de los principales hace extracto y atinada recensión el Dr. Farinelli, completando esta parte de su trabajo con la exposición de las ideas de los alemanes del siglo xvii sobre España y la cultura española, tal como se deducen del *Polyhistor* de Morhof (1682) y de otras compilaciones eruditas. No olvida la estimación en que Leibnitz tuvo á Suárez y otros escolásticos nuestros. Y presenta muy curioso extracto de la disertación de Postel *De linguae Hispanicae difficultate elegantia et utilitate* (1704), que es un panegírico entusiasta de nuestra literatura. Nuestra lengua parece á Postel muy superior en majestad, no sólo á todos los dialectos derivados del latín, sino á las lenguas de todas las naciones (*et omnium gentium linguas superet longissime*).

Sus poetas son de tan *divina sublimidad*, que apenas ceden á los griegos y latinos. Hasta el *Polifemo* de Góngora le parece cosa elegantísima, y no duda en elogiar á sus farragosos comentadores. Se cree feliz con la posesión de algunos libros castellanos de los más corrientes: *ipse possideo* repite á cada paso muy satisfecho. A sus ojos nadie ha sido más culto historiador que Mariana, ni ha escrito de política mejor que Saavedra. En copia y excelencia de comedias veremos á toda Europa. Casi parece mezquino el elogio que hace de Cervantes *in sua elegantissima et numquam satis laudata satyra quae vulgo sub nomine Don Quixote de la Mancha fertur*, cuando á renglón seguido le vemos llamar nada menos que *divino* el *Macabeo* de Miguel de Silveira. Pero sus predilectos son indudablemente los satíricos y moralistas del siglo XVII, el *suave y copioso* Zavaleta, el *gravísimo y filosófico* Quevedo (á quien atribuye hasta la única cualidad de que carece, la de ser fácilmente inteligible, *intellectu facilis*), y sobre todo Baltasar Gracián, que es su ídolo, á quien no se harta de llamar *unicus, summus, omni encomio maior*, que con su *Criticón* llenó de estupor el universo mundo (*non tantum patriam ipsius sed universum orbem stupefit*). Es característico de los alemanes este culto por nuestro agudísimo y original pensador. Cuán grande ha sido su influencia literaria y pedagógica en Alemania bien lo prueba la reciente y notabilísima monografía de Carlos Borinski, *Baltasar Gracián und die Hofliteratur in Deutschland*, de que quizá otro día daremos cuenta á nuestros lectores. ¿Y quién ignora que en nuestros tiempos Schopenhauer ha dado nuevo realce y brillo á la fama de Gracián, tomándole bajo su protección, traduciendo al alemán el *Oráculo Manual y arte de prudencia*, é invocando hasta en la más capital de sus obras filosóficas (*El mundo como voluntad y como representación*) la autoridad del *Criticón*, que califica de obra *incomparable*. En cambio quizá no llegarán á una docena los españoles que han leído íntegra esta memorable novela filosófica.

La Alemania del siglo XVII que tuvo tan cabal conocimien-

to de nuestra novela y de nuestra prosa satírica, ¿conoció de igual modo nuestro teatro, cuyo estudio había de florecer allí, andando el tiempo, más que en parte alguna, sin exceptuar la misma España? La contestación tiene que ser casi negativa. La comedia española, apenas fué conocida de los contemporáneos alemanes, sino á través de las imitaciones francesas (Corneille, Rotrou, Scarron...), é italianas (Cicognini...), ó bien por el repertorio holandés en que abundan más las imitaciones de nuestros dramas. Pero el conocimiento directo y la justa estimación del teatro español no empieza hasta la *Dramaturgia* de Lessing, y prosigue con nuevos bríos y entusiasmo en la escuela romántica. De todos modos, el Dr. Farinelli reúne, en un capítulo de los más nutridos, todos los vestigios del drama español en Alemania, durante el siglo XVII, sin olvidar, entre otras muchas curiosidades, la influencia de los *autos sacramentales* de Calderón en las representaciones latinas que se hacían en los colegios de jesuítas.

Y ahora penetramos, siguiendo las huellas de nuestro autor, en terreno más conocido cual es el siglo XVIII. Aquí convendría ampliar algunos puntos. Por ejemplo, la guerra de Sucesión atrajo á Viena una emigración bastante numerosa de partidarios del Archiduque, entre los cuales hubo algunos escritores y hasta un reformador pedagógico, el conde Manuel de Torres. La historia todavía muy oscura de esta emigración en sus relaciones con la cultura alemana, debiera escribirse, puesto que algo hubo de contribuir á la aproximación entre ambos pueblos. Lo cierto es que en los primeros decenios del siglo pasado se nota más fraternidad entre los eruditos de ambos países, y es frecuente encontrar juicios sobre libros de España (obras latinas principalmente) en los periódicos literarios de Alemania. Mayans fué colaborador de las *Acta Eruditorum* de Leipzig, y allí publicó sus famosas *Nova literaria ex Hispania*, que tanto excitaron la bilis de los redactores de nuestro *Diario de los literatos*. En Hannover, por intermedio de David Clement, hizo imprimir el mismo Mayans el *specimen* de catá-

logo de su biblioteca, que contiene los libros de Gramática y Humanidades. También es alemana la edición más completa de sus Epístolas latinas. Como aquel varón verdaderamente docto estaba en correspondencia literaria lo mismo con Voltaire y Muratori que con Gerardo Meerman ú Otto Mencken, contribuyó más que nadie á hacer conocida en el extranjero la cultura española, y gracias á sus recomendaciones fueron puestas en alemán algunas obras clásicas nuestras como la *República literaria* de Saavedra Fajardo, que tradujo con doctas y juiciosas ilustraciones el profesor de Leipzig Juan Erhard Kapp, el cual á su vez ejerció algún influjo sobre la educación de Lessing.

Pero los hechos más memorables de este período, son el desarrollo de la crítica cervantesca, y el prestigio cada día creciente del *Quijote* (sobre lo cual puede consultarse la monografía especial de Dorer, *Cervantes—Literatur in Deutschland*); y los trabajos hispanistas del gran Lessing (1), que alguna vez pudo equivocarse en sus primeros juicios, v. gr., en el elogio que hizo de la soporífera *Virginia*, de Montiano y Luyando, pero que en su libro inmortal de la *Dramaturgia Hamburguesa*, presentó un excelente análisis de la comedia *El Conde de Essex*, y fijó con mano certera algunos de los caracteres del teatro español en su parte formal; y extendiendo luego su curiosidad á otros ramos de nuestra literatura, tradujo el libro tan genial de nuestro filósofo Huarte, *Examen de ingenios*, del cual ya corría por Alemania, desde 1612, una versión latina de Joaquín César Aschhaus, y cuyas ideas fisionómicas y frenológicas parecen haber ejercido en el ánimo de Lavater alguna influencia, según observación sagaz del Sr. Farinelli. El impulso de Lessing fue en esto tan poderoso y fecundo como en todo. En el estudio del teatro español le siguió Cronegk, que hizo además algunos ensayos de traducción de nuestros líricos, especialmente de Castillejo.

(1) Hay sobre ellos especial disertación de B. A. Wagner (*Zu Lessing's spanischen studien*) en un programa de Berlin (1883).

Multiplicáronse los viajes por España: el bohemio Rafael Mengs, que en parte pertenece á España como estético y preceptista, nos impuso por medio siglo su dictadura artística, con el apoyo de su grande amigo, mecenas y editor, D. José Nicolás de Azara, amigo también y protector de Winckelmann. El P. Andrés visitó á Viena, y dejó escrita la relación de su viaje literario. Bertram, Meinhard, Schiebeler y otros comen- zaron á ejercitar la crítica periodística sobre obras españolas. Y, finalmente, en 1769, apareció el primer compendio alemán de historia de nuestra literatura, superior por muchos conceptos al libro español que le sirvió de base, y á cuanto nosotros poseíamos. El profesor de Gotinga Dieze, tomando por base el raquítico librejo de los *Orígenes de la poesía castellana*, de D. Luis José Velázquez, le hizo crecer con sus eruditas adiciones hasta formar en volumen, casi triple, su muy estimable *Geschichte der spanischen Dichtkunst*, que sirvió de guía á los hispanistas hasta la publicación de la obra de Buterweck. Compárese el libro de Dieze con los de Sarmiento, Lampillas y los PP. Mohedanos, y se verá cuánta ventaja les lleva, aunque fué trabajado con muchos menos subsidios bibliográficos que los que podían tener á mano nuestros críticos de la pasada centuria. Con ser tan meritorio el trabajo de Dieze, es cierto que apenas traspasa los límites de la erudición externa y formal, pero en su calidad de inventario prestó un servicio muy positivo, lo mismo que los trabajos de vulgarización y las traducciones y los análisis de Bertuch, especialmente en el *Magazin der spanischen und portuguesischen Literatur* que publicó desde 1780 á 1782. Bertuch distaba mucho de ser un compilador adocenado. Su traducción del *Quijote* es la que corrió con más aprecio antes de la de Tieck, y no adolece de tan groseras faltas de interpretación como éste da á entender. De Quedo tradujo los *Sueños*, *El Buscón* y las *Cartas del Caballero de la tenaza*; de Lope, la *Gatomaquia*; de Villegas, parte de las *Eróticas*; de Iriarte, las *Fábulas Literarias*; del P. Isla, el *Fray Gerundio*, y de varios autores españoles y portugueses,

comedias, tragedias y entremeses, por lo general con buena elección, aunque Bertuch nada tenía de poeta.

El modesto trabajo de Bertuch y Dieze vino en apoyo de las geniales y clarísimas intuiciones de Lessing, y el gusto español fué ganando terreno cada día, aun en el ánimo de los escritores que parecían menos propios por su índole para recibirle. La lectura del *Quijote* provocaba una reacción contra el sentimentalismo prosaico de la novela inglesa, y Wieland escribía en 1764 el *Don Silvio de Rosalva*.

Lessing había hecho la iniciación dramática: faltaba la iniciación épica, y ésta era gloria reservada al grande espíritu de Herder, poeta y filósofo á un tiempo, primer apóstol de la poesía popular é intérprete soberano de las que llamaba *voces de los pueblos*. No conoció nuestra poesía épica en sus más puros manantiales, sino en las ingeniosas falsificaciones artísticas de fin de siglo XVI, pero traduciendo libremente el *Romancero del Cid*, le naturalizó en Alemania, donde continúa siendo libro popular. ¡Qué no hubiera hecho, si en vez del *Romancero* hubiese conocido el *Poema*! Y aun de los romances es bien sabido (y en la edición de Vögelin puede verse materialmente comprobado) que no los tradujo de los versos originales, sino de la amanerada prosa de la *Bibliothèque Universelle des Romans*, donde en 1783 habían aparecido lastimosamente calumniados y desfigurados. Pero el alma de Herder era tan apta para comprender lo épico, que supo encontrar algunas partículas de legítima poesía tradicional en aquel fárrago pedestre que él transformó y ennobleció dando á esos cantos una falsa apariéncia primitiva que ha fascinado á grandes críticos que no eran hispanistas de profesión ni habían estudiado de raíz estas cosas. Aquel famoso *collar de perlas*, por ejemplo, que hoy nos hace sonreír un poco en la *Estética* de Hegel, no se aplica más que á las traducciones de Herder, únicos romances que Hegel había leído en todos los días de su vida. Verdad es que todavía hay literatos españoles que andan en esto tan adelantados como Hegel,

y sin la disculpa, que Hegel tuvo, de ignorar la lengua.

Pero poco importaba este error de la primera hora: en pos de la falsa poesía popular tenía que venir el conocimiento de la verdadera, que ya el instinto de Herder presentía ó adivinaba á través de las rapsodias que le servían de texto. Precisamente á la crítica alemana pertenece la gloria de haber hecho el deslinde. Pero sin el *Cid* de Herder, publicación amena, fácil y popular, de un hombre de genio, ¿quién sabe si hubiera llegado á germinar en el espíritu de Jacobo Grimm el pensamiento de la *Silva de romances viejos* (1885), primera edición formal de la parte verdaderamente épica de nuestros romanceros?

Pero no anticipemos especies, ni traspasemos los límites que á este primer estudio suyo ha marcado el Dr. Farinelli. Con el *Humanismo* de Herder, grande amigo de España y de su poesía, como lo demuestran los artículos de la *Adrastea*, y hasta las *Cartas* sobre la filosofía de la Historia, termina realmente el período ante-romántico.

Este breve anuncio bibliográfico no tiene la pretensión de extractar ni de analizar siquiera la primera memoria del Sr. Farinelli. Los trabajos de detalle no se prestan á este género de reducción: hay que tomarlos íntegros. Con decir que el Sr. Farinelli indica puntualmente los lugares principales de sus obras en que cada escritor alemán habla de España, y hasta los artículos de periódicos del siglo pasado que tratan de cosas españolas, bien se comprenderá lo inmenso de su labor, y la imposibilidad de que sea completa. Pero es, sin duda, riquísima, y lo será mucho más con las adiciones que el autor prepara. En cuanto á la continuación de la obra, diremos lo que á nuestros oídos ha llegado. Como desde fines del siglo XVIII la materia crece portentosamente, el Dr. Farinelli prefiere ya tratarla en forma de monografías, á las cuales sirva de centro la persona de cada uno de los grandes escritores alemanes en sus relaciones con España. Así, tendremos en breve un estudio sobre *Guillermo de Humboldt*

y España, otro sobre *Goethe y Cervantes* (considerando principalmente esta relación en el *Wilhelm Meister*). A éstos seguirán: «*Platen y Calderón*», «*Tieck*», y otros muchos ya comenzados ó esbozados. De este modo podrá seguirse cada una de las manifestaciones del hispanismo alemán en su completo y orgánico desarrollo. De este género de monografía es ya brillante ejemplo la de *Grillparzer y Lope*, á la cual quizá cuadraría mejor este título más general y comprensivo, *Lope de Vega en Alemania*, puesto que leyendo este libro adquirimos cabal conocimiento del modo con que la crítica y la poesía alemanas han comprendido, juzgado é imitado al más nacional de nuestras poetas.

Ya lo veremos en el próximo artículo, que será complemento del presente.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

LA LITERATURA

CASTELLANA Y PORTUGUESA ⁽¹⁾

*A los Sres. Eligio de Münch-Bellinghausen
y Adolfo Federico de Schack.*

Esperando que lo llevaréis á bien, mis muy estimados amigos y compañeros, me permito poner vuestros ilustres nombres á la cabeza de estas páginas, que por excitación vuestra me he decidido á reunir y volver á dar á luz.

Un acreedor poco amable, la vejez, me aconseja que revise mis cuentas y las liquide. No puedo negar que esta revisión, que empecé hace ya treinta años con la comprobación más reposada, la más rica experiencia y el más maduro juicio que en ella he alcanzado á poner, no me ha conducido en muchas cosas más que á conclusiones subjetivas é hipotéticas. Esta revisión, digo, me ha producido un penoso sentimiento.—¡Imagen, aunque sólo sea en miniatura, de la vida y los esfuerzos del hombre!

Así es que os ofrezco, en general, meras páginas otoñales,

(1) Al dar á luz por primera vez en castellano este libro, que es sin duda el más importante y fundamental de todos los que fuera de España se han publicado sobre nuestras cosas, creemos necesario llamar la atención sobre su fecha (1859) para que no se haga cargo á su sabio y profundo autor por omisiones inevitables en aquel tiempo, ó por algún yerro inci-

pero no tan sólo seca hojarasca, sino también entre ella tal cual fruto maduro y acaso simientes para nuevas producciones. Tales son, por lo menos, mi deseo y mi esperanza.

He procurado ordenar estos ensayos, que han aparecido casi todos en forma de trabajos de crítica ó de información, con largos intervalos de tiempo, de manera que guarden entre sí una especie de conexión pragmática; he fundido en uno los que se refieren á los mismos objetos para evitar repeticiones (como sucede con los referentes á la exposición de la literatura castellana de la Edad Media, de Bouterwek y de Clarus, ó los que tratan del Romancero de Durán), pero estoy muy lejos de querer dar un todo orgánico, una historia completa de los períodos y ramas, y de las literaturas española y portuguesa de que trato, sino tan solamente «Estudios». Estos alcanzarán su objeto si pueden ser de utilidad para las creaciones artísticas de personas adornadas con felices dones naturales, como vosotros, mis estimados amigos.

Tampoco podía ni quería alterar la forma original de los trabajos, pero he corregido estos ensayos y críticas como lo exige el estado actual de la ciencia y como me capacitan y obligan á ello los estudios que después de haberlos escrito he

dental que procuraremos subsanar en las notas. Nada de esto atañe al fondo del libro, que conserva hoy todo su valor positivo, y es sin duda el primero que debe leer todo estudiante de literatura española para impregnarse en su elevado espíritu, que en éste como en otros libros alemanes tan bellamente contrasta con la manera superficial y desapacible con que han solido juzgar de nuestras cosas los críticos franceses é ingleses. Y es cosa muy digna de lamentarse que mientras la obra de Ticknor (por ejemplo), que no pasa de ser un apreciable manual bibliográfico, de crítica puramente externa y vulgar por todo extremo, anda en manos de todos, y es citada como un oráculo, las luminosas enseñanzas de Wolf son letra muerta para la mayor parte de los españoles, y casi nadie, salvo Milá y Fontanals, ha llegado á penetrarse de su alcance y trascendencia. Para completar los *Studien* daremos luego coleccionadas las demás monografías, ya muy difíles de reunir, que durante su larga vida publicó sobre nuestras cosas aquel príncipe de los *hispanistas*, no sólo de Alemania, sino de toda Europa, á quien nuestra nación nunca agradecerá bastante el amor que la tuvo y lo mucho que le debe.—(MENÉNDEZ Y PELAYO.)

hecho: en una palabra, como si ahora los volviera á escribir. Puedo decir, por lo tanto, que apenas ha quedado aspecto alguno sin rectificaciones y adiciones, que han tenido que rehacerse completamente partes enteras, pues ¡cuánto material nuevo se ha dado á conocer desde entonces! ¡cuánto se ha modificado últimamente la historia literaria en sentido propiamente científico!—Entre estas adiciones hay algunas de verdadera extensión, como la referente al segundo período de la historia de la literatura castellana hasta el fin de la Edad Media, que se añade al ensayo acerca de la traducción español de la obra de Bouterwek.

Creo así haber cumplido, según mi leal saber y entender, con lo que debo, no sólo á la ciencia y á mí mismo, sino además á vosotros, mis estimados amigos, para hacer de esta manera que no os arrepintáis de vuestro consejo.

FERNANDO WOLF.

I

RESEÑA GENERAL DE LA POESÍA CASTELLANA DE LA EDAD MEDIA

1. *Historia de la Literatura Española*, escrita en alemán por Bouterwek, traducida al castellano y adicionada por D. José Gómez de la Cortina y D. Nicolás Hugalde y Mollinedo. Madrid, imprenta de D. Eusebio Aguado, 1829. 4 tomos: I, XI y 276 páginas (1).

Antes de que en el año 1804 apareciera la *Historia de la Poesía y la elocuencia españolas*, de Bouterwek, fuera de algunas pocas noticias y trabajos acerca de dos de las obras más conocidas de la riquísima literatura española (trabajos y noticias esparcidos acá y allá), la única obra completa en cierto modo, que acerca de este objeto existiera en Alemania, era la traducción que hizo Dieze de la *Historia del Arte poético español*, de Velázquez. Si se compara esta obra (cuyo original compuesto conforme á un plan defectuosísimo y muy unilateral, y sin espíritu alguno ni crítico ni pragmático, apenas ha ganado cosa alguna con el fruto de la gran lectura de su erudito traductor) con el trabajo de Bouterwek, no se dudará ni un instante en conceder al último la merecida fama de haber abierto entre nosotros un nuevo camino, y haber proyectado luz en este caos mediante un juicio mucho más recto y una exposición ajustada á los hechos. Desde entonces se ha trabajado mucho en Alemania por la difusión de la literatura española; algunas de sus partes han sido puestas en su debido realce por notables críticos y expuestas de manera ingeniosa y acabada. Se ha facilitado y fomentado no poco el estudio de la literatura española en sus fuentes mismas por haberse impreso en prensas alemanas

(1) De los *Wiener-Jahrbüchern der Lit.* Bd. LV, pág. 243 y siguientes; LVI, pág. 239 y siguientes; LVII, pág. 169 y siguientes; LVIII, pág. 220 y siguientes; LIX, pág. 25 y siguientes (1831-1832).

las más notables obras de esta literatura en su lengua original, y á la vez antologías trabajadas con gusto y delicadeza (1) junto á útiles manuales de Gramática y Lexicología. Excelentes traducciones se han hecho para que los que desconocen la lengua original ó no la poseen suficientemente, se hallen en disposición de poder formarse un concepto bastante exacto del espíritu y de las joyas de esta literatura, de tal manera que, en este campo, los literatos alemanes no tan sólo no ceden á los de ninguna otra nación, sino que son los que más alabanza merecen en este respecto, si exceptuamos á los mismos españoles (2).

A pesar de todo lo cual, la obra de Bouterwek sigue siendo la única que se extiende sobre todo el contenido de la amena literatura de España, y la que ha merecido y merece aún ser guía de nuestros historiadores de la literatura en esta jurisdicción de ella (3). Hasta los literatos de los países de Europa que con Alemania son los más cultos, Francia é Inglaterra, se han contentado con traducir á sus respectivos idiomas la obra de Bouterwek para llenar de ese modo como mejor podían sen-

(1) Podemos envanecernos con razón en este respecto de la excelente y no bastante estimada y utilizada *Floresta de rimas antiguas castellanas* de nuestro docto Böhl de Faber, verdadero tesoro en lo que hace relación á la lírica de la antigua España, y obra aún no superada por ninguna de las colecciones hechas en la madre patria.

(2) Estos mismos nos dan testimonio de ello. (V. *Ocios de españoles emigrados*, Enero 1827, pág. 97). Así, el más grande de los críticos españoles, Durán (*Romancero general*, 2.^a ed.; Madrid, 1849, 8.^o, t. I, pág. VIII), dice: *Alemanes son los que mejor han publicado la historia de nuestra literatura y teatro; los que sabia y filosóficamente han reimpresso, comentado y juzgado algunas de nuestras crónicas*. Podemos afirmar, sin vanidad nacional, que por nuestros esfuerzos han fijado su atención en la literatura española y aprendido á concederle el debido aprecio los franceses y los ingleses.

(3) Eichhorn, Wachler, etc., en las secciones que á la literatura española dedican en sus obras más generales, citan casi únicamente á Bouterwek como garantía. Posteriormente ha aparecido una traducción alemana de la *Historia de la Literatura en España*, de Ticknor, con adiciones por N. H. Julius (Leipzig, 1852, 8.^o, 2 tomos), que sobrepuja con mucho en riqueza de materiales y en perfección á la obra de Bouterwek mismo.

sibles lagunas de sus literaturas propias (1). Ni en España misma ha aparecido, después del precitado ensayo de Velázquez, ninguna historia de la literatura nacional que satisfaga y la abarque toda, pues las beneméritas obras de Sarmiento y Sánchez se limitan sólo á sus más antiguas épocas, para cuya historia nos presentan en general una contribución estimable, sin por eso trabajar el material mismo. La *Historia Literaria de España*, escrita por los hermanos Mohedano (2) con difusión exenta de plan y erudición falta de gusto, no puede traerse á cuenta, puesto que sólo llega hasta Pomponio Mela en nueve tomos en 4.º y parece que sucumbió bajo su propio peso, ¡verdadera mole indigesta! Finalmente, los compendios que se hallan como introducción á las *Poesías Selectas castellanas*, de Quintana, y á la *Biblioteca Selecta de literatura españo-*

(1) Sismondi, en la parte de su obra acerca de la literatura de la Europa meridional, que trata de la española, de tal modo ha seguido en la selección y ordenación de los materiales y hasta en los juicios mismos á Bouterwek, que más bien puede pasar esa parte por una refundición de la obra alemana que por un trabajo propio.—Los *Études* de Viardot apenas son otra cosa que un arreglo de los apéndices y disertaciones literarias que acompañan al *Arte Poética*, de Martínez de la Rosa; y Puibusque, en su *Hist. Comparée des litt. esp. et franc.*, sólo se ocupa por extenso y con fundamento en aquello en que se tocan ambas literaturas.

(2) *Historia Lit. de España*, por los PP. Fr. Rafael y Fr. Pedro Rodríguez Mohedano; 3.ª ed.; Madrid, 1779-85, 9 vols., 4.º No contiene datos más utilizables ni nuevas noticias la obra del abate Javier Lampillas, titulada *Ensayo Hist.-apologético de la lit. esp. contra las opiniones preocupadas de algunos escritores modernos italianos*. Trad. del ital. por doña Josefa Amar y Borbón; 2.ª ed.; Madrid, 1789, 7 vols., 4.º; obra que, como ya lo indica su título, fué lanzada con todo derecho á la palestra contra la presunción y la insipiencia, pero que no pasa de alabar lo patrio con toda falta de gusto y de crítica, sin acertar en la justa medida y recalando en lo ¡ya conocido con difusión fatigosa é inútil erudición. ¡Y, sin embargo, se han repetido las ediciones de estas dos obras! La verdad es que el patriotismo y la paciencia del público español merecían ser satisfechos con algo mejor.—Recientemente ha publicado Gil y Zárate un útil compendio de la historia de la literatura española en la segunda parte de su *Manual de Literatura* (6.ª ed.; París, 1853). Se espera una historia de la literatura española completa y crítica de D. José Amador de los Ríos, de la cual se han impreso ya cuatro tomos.

la, por Mendibil y Silvela, son muy recomendables como tales compendios, están trabajados con escrupulosidad y gusto, y, sobre todo, los juicios de Quintana son notables y sensatos; pero como se mantienen precisamente dentro de los límites de un bosquejo ú ojeada, no llenan el vacío de una historia pragmática y completa de la literatura nacional española hecha por un indígena de España (1).

Esto es lo que movió á los señores D. José Gómez de la Cortina y D. Nicolás Hugalde y Mollinedo á acogerse á la obra de Bouterwek para hacer menos sensible aquel vacío de su literatura patria, mediante una traducción de esta obra, traducción muy enriquecida y elaborada según un plan más vasto, y conseguir de esta manera excitar á un estudio muy abandonado por desgracia en estos tiempos, y dar ocasión á ulteriores investigaciones (2).

Hubiera sido muy de desear que estos dos señores, en vez

(1) Parece superfluo advertir que la obra de Bouterwek ha envejecido en todas sus partes y no es hoy más que una curiosidad histórica, siendo este artículo de Wolf lo que principalmente ha contribuido á enterrarla. Como manual la ha sustituido generalmente la obra del norte-americano Jorge Ticknor (última de las ediciones revisadas por el autor, la de 1863), muy mejorada en la traducción castellana de D. Pascual de Gayangos y D. Enrique de Vedia, y en la alemana del Dr. Julius, con adiciones del mismo Wolf, que deberían añadirse á las muy extensas y preciosas que lleva el *Ticknor* Castellano, si éste llegara á reimprimirse.

Por lo tocante á la Edad Media que es hasta ahora el período más estudiado de nuestra historia literaria, aunque no sea ni con mucho el más importante (sobre todo desde el punto de vista estético) poseemos la obra riquísima de D. José Amador de los Ríos, que en siete volúmenes alcanza hasta el tiempo de los Reyes Católicos, y que sean cuales fueren sus defectos inevitables en labor tan colosal, es un monumento que honra el nombre de su autor y la erudición española.—(M. y P.)

(2) «Deseosos de suplir esta falta», dicen en el prefacio (pág. 4.^a), «ofrecemos la presente versión castellana, bien persuadidos de que podrá tal vez servir de estímulo á la juventud para dedicar algunos momentos á tan útil y deleitable estudio, descuidado tiempo hace en España más que en parte alguna, tanto por la serie de guerras y trastornos políticos, que desgraciadamente han entorpecido los buenos estudios, como por la falta general de buena educación, consecuencia precisa de aquellos males.»

de limitarse á una traducción corregida y aumentada de la obra de Bouterwek, hubiesen llevado á cabo, sobre la base de ésta, otra enteramente nueva, para lo cual no les faltaba, siendo españoles y viviendo en la capital de España, ni ocasión ni estímulo, contando á la vez con múltiples relaciones y con tesoros esparcidos y enterrados en las bibliotecas y conventos de su país, tesoros aún no utilizados por la masa de los doctos. Porque, á no pecar de parcialidad, no puede negarse que tienen que aparecer muchas faltas esenciales en el trabajo de nuestro compatriota. Así, por ejemplo, la historia del período más antiguo y del más moderno de la literatura española, es tan fragmentaria é incompleta que pone ante los ojos una notable desproporción en el trabajo; la influencia de las literaturas extranjeras sobre la española, y sus mutuas relaciones, sobre todo en la Edad Media, no están siempre mostradas como debieran ni puestas en debido realce; no está bien trazada la línea divisoria entre la poesía popular y los orígenes de la creación propiamente artística, ni tampoco comprendidas y explicadas con la suficiente claridad la coexistencia y la acción mutua de una y otra; es muy deficiente la historia del desenvolvimiento y progreso del arte histórico y de la elocuencia, etc., etc., faltas todas estas que no pueden subsanarse con simples ampliaciones y apéndices, sino que demandan una refundición del trabajo que lo abarca por completo. Así como no vacilo en declarar sin ambages ni rodeos, que á pesar del innegable y gran servicio que ha prestado la obra de Bouterwek, y á pesar de lo mucho que en la traducción la han enriquecido, sigue siendo un piadoso deseo el que tengamos una historia pragmática de la literatura española que agote en cuanto quepa el contenido de ésta; estoy, sin embargo, muy lejos de hacer buena la conducta de aquellos que, con ese cuidado por las menudencias que nos caracteriza á los alemanes, procuran escatimar á nuestro compatriota su bien adquirida fama, mediante maliciosos reproches de insignificantes equivocaciones, y empañar la memoria de uno de nuestros más dignos y notables eruditos, malo-

grado tempranamente para la patria y la ciencia, con inculpaciones huera, escritas con tan osada indiscreción como torpe ignorancia.

Debemos más bien regocijarnos de la honrosa confesión de sus méritos hecha en el país mismo cuya literatura expuso con tanto ingenio y gusto; estimar en sus traductores la discreción con que, sin prejuicio nacional alguno, rinden homenaje á la obra de un extranjero acerca de su propia literatura, y mostrarnos reconocidos al exquisito cuidado con que se han esforzado por traducir y completar la obra de nuestro compatriota, si bien se debiera mejor haber deseado y esperado de ellos otra totalmente nueva y propia. Tiene además el libro en que nos ocupamos otro interés propio nuestro en absoluto; se nos aparece como una renovación del lazo espiritual de dos naciones hermanadas, no sólo por la raza, sino más aún por su esencia íntima; como una renovación del tradicional saludo de los españoles á los alemanes: *¡Somos hermanos!* Repetimos cordialmente este saludo, tanto tiempo ha olvidado. ¡Ojalá, por esta adopción de la obra alemana en España, acabe de disiparse en ésta el influjo fatal que por tanto tiempo ha ejercido sobre la poesía española aquella mezquina escuela del llamado clasicismo francés! ¡Ojalá los puntos de vista del alemán, libres de todo dogmatismo de escuela, su profunda concepción del espíritu privativo de los españoles y la estimación acertada en que tiene sus obras maestras, cosas que sólo pueden esperarse de una nación de espíritu análogo, sirvan para que éstos se aparten de esos errores que por el falso brillo de una pulcritud avara y de una finura de escuela sin profundidad ni animación alguna, les han llevado tan lejos, que se han engañado respecto á sí mismos, y por las burlas parciales de Aristarcos de pobre fantasía, han dejado pasar, cual si fueran cizaña farragosa, las flores exuberantes y frescas de las orillas del Guadalquivir y el Manzanares! Mas también para los amigos que en Alemania tiene la literatura española es una publicación muy atendible la traducción de que tratamos, porque contiene, además de va-

rias rectificaciones y adiciones pequeñas, algunos extractos más extensos de obras que, cuando el autor escribió la suya, aún no se habían impreso y eran conocidas tan sólo de nombre, hasta tal punto, que las notas del traductor forman más de la mitad del primer tomo. Me parece, por lo tanto, que he de hacer un servicio á los muchos que entre nosotros aprecian la musa española y no pueden servirse de este libro, caro y poco difundido, si consigo que puedan pasarse sin él, dándoles acabada cuenta de las más importantes y significativas adiciones de la traducción, á la vez que procuro completarlas mediante el caudal de mis propias lecturas. Porque me pone en disposición de llevar éste á cabo la riqueza que nuestra Biblioteca Real atesora en obras las más raras de la literatura española, obras que, aun en la misma España, es difícil haberlas á la mano.

Ante todo, por lo que hace á las relaciones de la traducción con el original alemán y por lo que se refiere á la constitución del libro, es de notar que consta éste de tres partes: la primera contiene el texto de la obra, que en general está bien entendido y vertido con fidelidad y elegancia; la segunda incluye las notas del original; la tercera, y para nosotros la más importante, las notas y adiciones de los traductores. Las primeras se señalan en el libro por medio de cifras y mediante letras las segundas. Respecto á estas últimas se expresan así los traductores en el Prefacio (pág. v): «Pero es preciso confesemos que »aunque el autor trata de nuestra poesía con alguna extensión, »deja en todo lo demás un vacío que nos ha sido preciso llenar; »pues habla tan ligeramente de la mayor parte de nuestros »historiadores, oradores y de algunos ramos pertenecientes á »la literatura, que de no suplir este defecto, se nos incluría, »con razón, en el número de los traductores rutineros y adoce- »nados.» Ya se ha indicado previamente que aun á la historia de la poesía, en el sentido más estricto, que es lo que Bouterwek trató más por extenso, han puesto apéndices importantes. Se expresan con toda moderación y mostrando una justa estima respecto de los méritos de nuestro compatriota (páginas v y vi):

«Lejos de censurar en el autor algunos descuidos y omisiones, »reconocemos desde luego que han procedido de escasez de datos y noticias sobre ciertas materias y nunca de falta de talento; pues en casi todo cuanto dice son tan exactas sus citas, »tan atinadas sus reflexiones y tan juiciosa su crítica, que »muy poco nos ha dejado que hacer, y sí mucho que admirar »en un extranjero, en cuya nación las costumbres, el gusto y »el lenguaje difieren tan esencialmente de los nuestros.» Han cuidado no menos de que el libro aparezca con una exterioridad digna, y puede decirse que lo han conseguido, porque resulta ser uno de los más hermosos productos de las prensas españolas, tanto por la corrección y elegante impresión, como por la bondad del papel. Se han añadido además reproducciones en grabado de los manuscritos más importantes de que han hecho uso, por lo cual deben estarles agradecidos los aficionados á la paleografía española.

No puede pasarse en silencio el apoyo y ayuda que los traductores han hallado para su obra en la Real Academia de la Historia, por comisión de la cual se ocuparon en la redacción de un *Diccionario biográfico de españoles célebres*; y, sobre todo, en el digno y docto director de la misma, D. Martín Fernández de Navarrete, persona que por sus obras propias, por haber fomentado y editado notables escritos de otros, por la sabia dirección que da á la docta corporación que preside, y por la rara complacencia y el agrado con que comunica á los curiosos sus vastos conocimientos y grandes tesoros literarios, ha adquirido grandes y duraderos méritos para con su patria y para con la ciencia en general.

El único tomo que hasta hoy ha aparecido, el primero (según el prospecto, la traducción ha de constar por lo menos de tres tomos) contiene la historia de la literatura española desde fines del siglo XIII hasta principios del XVI (el primer libro del original alemán, páginas 27-144). Ha sido suprimida la introducción de la obra alemana (páginas 3-24), así como algunas apreciaciones religiosas y políticas del autor, que procediendo

de un protestante, han movido á los traductores á excluirlas ó mitigarlas, ya por consideraciones de lugar y tiempo, ya por partir de otro punto de vista que el de aquél, como católicos y españoles que son éstos. Acerca de ambas cosas se explican en su prefacio: «En cuanto á las cuestiones políticas y teológicas »á que alguna vez se resbala Bouterwek con la licencia acos- »tumbrada en el país en que escribió, como no son de nuestra »inspección, ni pertenecen directamente al objeto que nos he- »mos propuesto, nos ha parecido conveniente y necesario el »omitirlas, del mismo modo que la introducción que pone á su »obra, por no ser más que una repetición de lo que escribieron »Velázquez y el P. Sarmiento.»

Sigo también, en cuanto á la introducción del original alemán, el mismo ejemplo de los traductores españoles; pues, por una parte, contiene resultados que se deben presuponer en general conocidos, y por otra nos ofrece, respecto á la poesía de los trovadores, puntos de vista insuficientes y que se han rectificado no poco por las importantes y más modernas obras de Raynouard, Rohegude, Fauriel, los hermanos Schlegel, y, sobre todo, del profundo Díez.

Antes de pasar á las particularidades, debo detenerme algo en el desenvolvimiento de la literatura nacional española en general, en la determinación de sus períodos y épocas, y del carácter distintivo de cada una de éstas. Porque no me parece ni bastante definida ni bien determinada la división establecida por Bouterwek y que siguen sus traductores.

La literatura nacional española se divide, como las de la mayor parte de los pueblos europeos modernos, en dos grandes períodos principales; el uno antes y el otro después de principios del siglo xvi. El primero, que se extiende hasta la constitución de la moderna monarquía española bajo los Reyes Católicos y que podemos llamar aquí, con más derecho que en otra parte, medioeval, se subdivide á su vez en dos grupos ó épocas menores: desde las primeras creaciones artísticas en romance castellano, hasta los tiempos de D. Juan II de Castilla, época que puede lla-

marse castellana en estricto sentido. Reposa por completo sobre base nacional y arraiga en la poesía popular espontánea. De ésta, la más antigua poesía popular, es natural que no se hayan conservado ni las formas originarias ni en general monumentos muy antiguos, puesto que vivió durante siglos en boca del pueblo y empezó á ser notada cuando la poesía artística halló que eran dignos de su atención estos caracteres del pueblo, es decir, allá á principios del siglo xvi. Entre estos tardíos monumentos se han de incluir los tan renombrados romances que pueden referirse al carácter épico-lírico de la más antigua poesía popular española. Deben, por lo tanto, sus formas ser consideradas como de formación análoga á las más posteriores, y se puede aceptar como su medida fundamental, y la de la poesía castellano-española en general, los versos de redondilla, como artificio impuesto por el organismo de la lengua y el carácter del pueblo (1).

Que la poesía artística castellana de este período nutría sus raíces en la poesía popular, surgía de elementos populares y mantenía el carácter fundamental de la nación, á pesar de todas las influencias de las direcciones generales de la época y de las modificaciones aportadas á ella por los pueblos vecinos, es cosa que se muestra ya en los más antiguos de sus documentos que han llegado hasta nosotros, los dos poemas del Cid, el *Poema* y la *Crónica rimada del Cid*. Los dos, aunque pertenecientes sin duda alguna á la poesía artística, presentan aún huellas de sus principios populares y de haber tenido por germen los romances del pueblo. Se reconoce en ellos, sobre todo en su complexión formal (las largas series asinartéticas y las

(1) Esta doctrina métrica dista mucho de ser hoy generalmente aceptada, pero su discusión nos llevaría muy lejos, y por otra parte el punto no está resuelto. Hay tendencia, sin embargo, á volver á la teoría de Grimm del *verso épico largo*, y abandonar la del octosílabo primitivo que sostuvieron siempre Wolf y Durán. Vid. el magistral tratado del Dr. Milá y Fontanals, *De la poesía heroico-popular castellana* (Barcelona, 1874.)—(M y P.)

Tiradas monorrimas), influencias extrañas, la de la poesía eclesiástica y la de la épica, de los franceses septentrionales y meridionales. Así es que se caracterizan de una parte por los esfuerzos encaminados á alcanzar en ellos una concepción y una conformación épicas, y de otra por una falta de premisas y medios de cultura que permitan dar desenvolvimiento más amplio y constitución más sólida á elementos puramente populares y espontáneos. Este doble carácter ostentan más ó menos casi todos los productos de la poesía artística castellana que pueden incluirse en este período. Esforzábanse bajo la influencia del ideal común eclesiástico-caballeresco de aquellos tiempos, por tratar épicamente la materia recibida de tradición ó que se presentaba de otro modo, y conforme á esto se producían poemas épicos, eclesiásticos y caballerescos, como las leyendas de santos y las referentes á la Virgen María, del eclesiástico Gonzalo de Berceo; las leyendas de María Egipciaca y de los tres Reyes Magos (del siglo XIII); el poema caballeresco de Alejandro Magno, de Juan Lorenzo de Segura; el de los «Votos del Pavón», el de Apolonio de Tiro (tal vez del siglo XII) (1), etc., etc. Pero no tanto la elección del asunto como la forma que se le solía dar, las estrofas de alejandrinos monorrimos imitados de los franceses, versos llamados franceses por los españoles, ó sea los pareados, nos muestran la influencia de la poesía eclesiástica latino-medioeval y la de la poesía caballeresca francesa. Por lo demás, tales poemas están totalmente libres de influjo arábigo é impregnados de colorido nacional.

Junto á estos poemas más ó menos épico-populares, desarrollóse ya desde los tiempos de Alfonso X de Castilla la poesía artística erudito-didáctica.

La literatura nacional castellana recibió poderosísimo impulso en más de una dirección de este rey sabio ó más bien

(1) Por la lengua y por la versificación es imposible suponerle anterior á la mitad del siglo XIII.—(M. y P.)

docto (1). El creó la poesía española por su introducción de la lengua patria como idioma de la corte y por la crónica nacional escrita en este lenguaje bajo su cooperación; su corte fué el foco de la erudición que entonces había en España, y hasta la producción poética, en que tomaba parte el rey, adquirió, por lo tanto, una dirección más didáctica; él sembró la primera semilla de la lírica artística y cortesana que dominó en el siguiente período por el favor con que acogió á los trovadores y por sus mismos poemas, compuestos conforme al modelo de los de éstos en lengua gallega, y él fué quien introdujo en esta lírica artística versos más cortos, las coplas de arte mayor, redondillas octosílabas, aplicándolas en los poemas en lengua castellana (*Libro del tesoro ó del candado*) que se le atribuyen (2).

Junto á aquella dirección épico-idealista fué haciéndose cada vez más dominante la didáctica, que se atenia más á lo real y que á menudo, con un tinte irónico ó satírico, se aliaba por admirable modo con la mística religiosa. La cultivaron durante el siglo xvi el infante D. Juan Manuel, el arcipreste de Hita, Juan Ruíz, López de Ayala, etc. También la lírica artística fué por ellos más desarrollada de lo que estaba.

En la segunda época, desde el reinado de D. Juan II de Castilla hasta los tiempos de los Reyes Católicos, ó hasta el fin de la llamada Edad Media, la dirección lírica se antepone á la didáctica que tanto se había desarrollado. La formación preparada por Alfonso X de una lírica cortesana según el modelo de la de los trovadores, pero que sólo podía ejercitarse en el dialecto gallego, lírica que de tiempo atrás florecía en lemosín en las cortes del conde de Barcelona y del rey de Aragón, y en gallego, en la del rey Diniz de Portugal, pudo tomar cuerpo en dialecto castellano por primera vez en la corte de D. Juan II,

(1) Ambos nombres mereció con toda justicia, aunque no el de prudente (*sage*).—(M. y P.)

(2) El *Libro del Tesoro*, lo mismo que los demás versos castellanos atribuidos á Alfonso el Sabio están reconocidos hoy por apócrifos. Ya volveremos sobre esto.—(M. y P.)

aunque bajo el influjo de la lírica cortesana gallega y junto á aquélla, para la que los mismos castellanos se servían del dialecto de Galicia. Ya se había hecho apto para ello el castellano por sus ensayos en la versificación de metros líricos y cortos y en el artificio artístico de las estrofas, y sólo se necesitaba, para llamar á la vida á esta flor de la poesía de los trovadores, un príncipe y una corte tan poéticos y caballerescos como D. Juan II y su círculo de cortesanos. Esta lírica cortesana de Castilla es muy semejante, en cuanto al tono y el contenido, á la provenzal, sobre todo á la más tardía; es preferentemente una poesía de conversación, que se mueve en el estrecho círculo de la galantería cortesana y dentro de los límites del buen tono de entonces, padeciendo, por lo tanto, de pobreza de ideas y de monotonía. Resulta mucho más pesada y dura que la legítima de los trovadores, porque entonces la fuerza vivífica del ideal caballeresco y de la galantería, había sido paralizada ya por el predominante prosaísmo y por la supremacía que la actividad del entendimiento tomó sobre la de la fantasía. Imagen de esta cerrada sociedad cortesana y de su típica poesía de conversación ó entretenimiento poético nos da la colección más antigua, el *Cancionero* que formó Juan Alfonso de Baena, escritor palaciego y poeta de la corte de D. Juan II, el cual contiene las producciones de la sociedad poética de la corte de los reyes Juan I, Enrique III, y, sobre todo, Juan II de Castilla, producciones á las veces en gallego, pero sobre todo en lenguaje castellano. Otra colección análoga posterior á esta y que contiene producciones escritas en castellano por la sociedad poética de la corte del rey Alfonso V de Aragón (I de Nápoles), es la del *Cancionero de Lope de Stúñiga*. Entre la muchedumbre de estos poetas cortesanos, cuyas obras se diferencian tan poco entre sí y acusan tan poca individualidad que de hecho apenas se distinguen unas de otras más que por sus títulos, poetas que, como es natural, jamás han podido pasar de los Cancioneros, adquieren algún realce, sobre todo, Micer Francisco Imperial, los marqueses de Villena y Santillana y Juan de Mena, que escribieron

también grandes poemas didáctico-alegóricos en que se muestra el esfuerzo por imitar á modelos de la antigüedad clásica y á italianos, sobre todo á Dante (por lo que fueron llamados tales poetas *dantistas*). Estos forman el eslabón mediante el cual pasamos á la transformación que por virtud de la influencia italiana se verificó en el siguiente período.

Aun cuando la poesía artística castellana y sobre todo la lírica se desenvolvió bajo la influencia de la poesía cortesana provenzal y más próximamente de la gallega, conservó, sin embargo, no tan sólo una peculiaridad fundada en la diferencia del carácter nacional, sino que también imprimió éste aun en las mismas formas imitadas. Porque si bien éstas tenían que desenvolverse conforme al principio artístico, en una versificación que se acomodara á estrofas típicas más complicadas, á una urdimbre más artística de las rimas llenas y á una aplicación de las más cortas para la expresión lírica (canto), no podían, sin embargo, penetrar en el organismo del habla castellano ni suplantar á las arraigadas redondillas los metros usuales en el provenzal, el lemosín y el gallego (sobre todo los tan empleados versos de diez sílabas) (1), metros estos de pies yámbicos. Continuó, pues, siendo la medida normal en lírica castellana las redondillas populares de seis y ocho sílabas. Por reduplicación en las primeras se engendraron los versos de arte mayor, y éstos, lo mismo que las redondillas octosílabas, versos de arte real, se entremezclaban á las veces con los versos de pie quebrado *nacidos de aquéllos*. Las estrofas construidas por estos metros cortos, las coplas de arte mayor, de arte real, redondillas, canciones, villancicos, glosas, etc., sustituyeron por completo á las estrofas extranjeras y fatigosas de los alexandrinos. Es tanto más importante dejar sentado este robustecimiento de las formas nacionales, cuanto que la lucha por y contra ellas es uno de los momentos más culminantes del período siguiente.

(1) De once, según la cuenta castellana é italiana.—(M. y P.)

En este período, además, por la información cada vez más rica de la vida política y del estado social, la prosa española se desarrolló para el estilo pragmático y la composición artística, como se ve en los cuadros satíricos de costumbres (*Corbacho*) del archipreste de Talavera Alonso Martínez de Toledo, y mejor aún, en la magistral novela dramática *La Celestina*, en la que lo mismo que en las representaciones pastoriles de Juan de la Encina, hallamos el germen del futuro drama nacional en su doble dirección, la ideal y la real (1).

El segundo período principal—que ha de bastar bosquejarlo aquí, por ser más conocido y por la riqueza de su contenido—puede muy bien dividirse á su vez en otros dos grandes grupos ó épocas; es á saber, el uno desde principios del siglo xvi hasta mediados del xviii, y el otro hasta el presente.

La primera época comprende el más variado desarrollo y las más exquisitas flores de la literatura española; su degeneración¹, después de haber alcanzado el punto culminante de la edad de oro del rey Felipe II, degeneración debida á esfuerzos excesivos acompañados de creciente agotamiento, y por fin la completa decadencia; pasos todos estos que van á la par con los del desarrollo del estado político y social de la monarquía española. Los gérmenes plantados á fines de la época precedente maduraron en ésta hasta dar la más rica mies, mientras el suelo, agotado, pudo dar savia á la buena semilla resistiendo á la zizaña.

Con la formación de una monarquía universal española y su extensión por el mundo antiguo y por el nuevamente descubierto, adquirió la conciencia nacional española fuerza y expansión. Aragoneses, catalanes, andaluces, etc., todos ellos se sentían, tanto como los castellanos, en frente del extranjero, ante todo españoles, y el habla de Castilla, centro de la mo-

(1) Clarus en su apreciable *Exposición de la literatura española de la Edad Media*, ha descrito este período. Acerca de esta obra he escrito en las *Blättern für lit. Unterh.*, 1850, núm. 229-234.

narquía y asiento de la corte, fué la lengua escrita general en España. Desde este punto puede hablarse en estricto sentido de una literatura española.

Uno de los primeros efectos de este vigorizarse de la conciencia nacional fué la estima que se dió á la poesía popular; en ella habían sido celebrados los antiguos héroes nacionales, en ella resonaban todavía los frescos acentos de la lucha con los moros de Granada, y en el pecho de todo habitante cristiano de la península hallaba un eco el grito de júbilo que provocó la completa y final sumisión de los hereditarios enemigos de ocho centurias. Era natural, por lo tanto, que empezaran á coleccionarse los antiguos romances populares, abandonados á sí mismos durante siglos; que hasta los poetas artísticos fijaran su atención en ellos y los tomaran, cuando menos, por temas de sus glosas poéticas, y que los imitaran y aprovecharan con fines didácticos los versificadores eruditos como Sepúlveda. Llegaron los romances á la masa del público en hojas volantes, se imprimieron en Cancioneros, y por fin aparecieron en colecciones propias los Romanceros, y antes de que transcurriera un siglo se puso de moda el hacer romances, y en romances cantaron á porfía los más grandes poetas, y en romances volvieron á reflejarse los sucesos más significativos de la vida y la poesía nacionales (1).

(1) Como por una parte los romances han llegado á nosotros en la forma en que fueron notados y coleccionados desde la mitad del siglo xv, y como por otra parte la influencia de la poesía popular sobre el desarrollo de la literatura nacional se hizo notar primeramente en el curso de los siglos xvi y xvii, según mi parecer es precisamente entre estos dos períodos principales donde debe colocarse la historia de la poesía popular española, como cosa que se ha de tratar por separado y formando cuerpo de doctrina, tanto más cuanto que las modificaciones que se verificaron en ella por la reacción de la poesía artística no alteraron su carácter esencial y cuando más engendraron variedades de ella. De esta manera coloco aquí como apéndice á la literatura española en la Edad Media mi historia de la poesía de los romances, como un todo separado. Las huellas de las especies puramente líricas de poesía popular en la Edad Media se ponen de manifiesto en los pasajes correspondientes de la exposición de la lite-

De este retorno de la atención á la poesía popular, y de la necesidad de objetivar poéticamente la vida nacional, que cada vez se desarrollaba con más riqueza, surgió la creación más brillante y más rica de la poesía artística de este período y de la literatura española en general: el drama nacional. Puesto que después de los primeros ensayos, encaminados á emancipar las representaciones dramáticas de las iglesias, de las salas de sociedad, de las fiestas ó de las plazas del mercado—de donde se desenvolvieron más tarde géneros especiales, autos, entremeses, pasos, etc.—y encaminados á redondear las acciones dramáticas y llevarlas á lugares destinados á ellas (*los corrales*), apoderóse de esta tarea un genio como Lope de Vega; y concibiéndola y resolviéndola completamente dentro del espíritu de su nación, fué el creador de la comedia española y de la escena popular. Más felices que los demás pueblos de lengua románica, los españoles se vieron preservados por este genio de las serviles imitaciones de formas extrañas y faltas de vida, á pesar de que no faltaron entre ellos intentos de doctos versificadores que procuraron suplantar por otras las creaciones originales y vividas del espíritu nacional. Fué una fortuna el que, apenas hubo surgido avasallador, un genio tan rico y tan fecundo, haciendo como la naturaleza germinar á la semilla, creara una escuela poética, que siguió en este espíritu, y que se hallaran entre sus continuadores algunos de primer orden como Téllez (Tirso de Molina) y Alarcón. Ni fué menor gracia para la comedia española el que, no bien pasó de su juventud turbulenta y apasionada á su segundo estadio, el de madurez y reflexión, se dedicara á ella un talento tan extraordinario como el de Calderón, dotado de grande entendimiento y de un espíritu que mantenía dentro de límites de moderación y tino, á una fantasía creadora repleta de fuerza y exuberancia, espíritu, por lo tanto,

ratura de este período; su más rico desenvolvimiento en tiempos posteriores, en chanzonetas, letrillas, seguidillas, y las subespecies de jotas, tiranas, polos, etc., es cosa que exige una exposición especial, que queda reservada á otros.

y organización verdaderamente artística. Por él alcanzó el drama nacional su punto culminante; por este espíritu predominante en sus sucesores, Moreto, Rojas, etc., se preservó de una rápida decadencia; y cuando fué arrastrado en la caída de la monarquía y la decadencia de la nación, aún brillaba en él, en sus creaciones populares, una chispa del prístino espíritu nacional. Los mismos Candamo, Cañizares y Zamora eran aún españoles, y aunque en su comedia de figurón no presentaban más que una caricatura de la antigua comedia española, todavía era posible descubrir en los desgastados rasgos de esta tardía nieta alguna semejanza con la arrogante hermosura de su antepasada ascendiente (1).

Mientras que la literatura dramática se mantenía así en la más estrecha relación con la poesía popular, y en gran parte se servía de sus formas (casi todas las partes no líricas de las comedias están en romance) hasta llegar á ser popular en el más elevado sentido, de tal modo que su historia ha de entretenerse con la de la poesía popular, el desarrollo de la poesía lírica se apartaba cada vez más decisivamente de ésta. Ciertamente que las antiguas formas nacionales predominaron largo tiempo, como ya se ha notado, aun en la poesía cortesana, y buena prueba de ello son los poemas de los *Cancioneros generales* de Fernández de Constantina y Hernando del Castillo, poemas compuestos casi todos en el viejo estilo nacional y en el tono de la poesía cortesana, de conversación y cancioneros que, más bien que libros propiamente de cantares cortesanos, son misceláneas de las producciones poéticas que estaban más en moda. Ciertamente que junto á las nuevas formas italianas, que iban ganando valimiento (2), y aun después que lograron la victoria, hallaron

(1) El Sr. A. Fr. de Schack nos ha proporcionado una obra maestra en su *Historia de la literatura y del arte dramático en España*. Véase aquí mi artículo «Sobre la historia del drama español».

(2) Cf.: *Contribución á la Bibliografía de los Cancioneros y á la Historia de la lírica española en la corte del emperador Carlos V*, de F. Wolf. Viena, 1853, 8.º—Este documento, tan importante para la historia del período de

las antiguas un defensor tan obstinado y de talento como Castillejo. Pero á pesar de todo esto llegó á formar época en la lírica española la imitación de la lírica italiana de la escuela de los humanistas, imitación ya iniciada en el precedente período y debida á las relaciones cada vez más estrechas entre España é Italia y al estudio de la antigua literatura clásica, que despertaba nuevamente, y á la sacudida del espíritu moderno que no dejó de tocar á España. Puesto que en cuanto siguieron al introductor de esta novedad, Boscán, un poeta tan agradable y maestro de la forma como Garcilasso de la Vega, y un espíritu tan sólido y de cultura tan clásica como el de D. Diego Hurtado de Mendoza, quedó decidido el triunfo de la nueva escuela clásico-italiana, y adquirieron derecho de ciudadanía en la lírica española los versos italianos de once y siete sílabas, enteros y quebrados, con acentuación ascendente y descendente, las estrofas sin rima, versos sueltos, la forma poética italiana de los sonetos, las *ottave rime*, las *terzine*, las *canzoni*, canción real ó á lo italiano, etc., etc. Después que se hubieron apaciguado las rudas parcialidades de los partidos combatientes, el de los secuaces de la vieja manera nacional y el de los que aceptaban el nuevo modo italiano, y la imitación se hubo convertido en un verdadero enriquecimiento de la técnica formal conservando la originalidad española, pudieron engendrarse en hermosa fusión obras de arte tan perfecto como las poesías de Hernando de Herrera, de Fray Luis de León, de Hernando de Acuña, etc. Entre las nuevas adquisiciones formales merece citarse en particular la novela pastoril (Montemayor, Gil Polo, etc.), compuesta medio en prosa, medio en verso, ya por españoles, pero sobre todo por portugueses, que escribieron en castellano: género que tuvo por modelo la *Arcadia* de Sannazaro.

transición en que nos ocupamos, como que es el único hasta hoy conocido, contiene el poema en antiguo estilo nacional junto al nuevamente arreglado en forma italiana, como lo dice ya el título mismo del Cancionero: «Assí por ell arte Española, como por la Toscana.»

(Se continuará.)

FERNANDO WOLF

OBRAS NUEVAS

- Academia Mexicana. — Antología de poetas mexicanos, publicadas por la Academia Mexicana, correspondiente de la Real Española. — 12 pesetas.
- Alarcón (M. A.) — Apuntes históricos sobre la villa de Torrijos (Toledo) y sus más esclarecidos bienhechores. En 4.º, 353 páginas. — 3 pesetas.
- Alcalá Galiano (J.) — Panoramas orientales; impresiones de un viajero-poeta. En 4.º, 47 páginas. — 1 peseta.
- Alcofurado (M.) — Cartas amatorias de la monja portuguesa Mariana Alcofurado, dirigidas al conde de Chamilly, capitán del ejército francés. En 4.º, 42 páginas. — 3 pesetas. — Tirada 200 ejemplares.
- Alcover (J.) — Poemas y armonías. En 8.º, 139 páginas y 5 láminas. — 2 pesetas.
- Aleu (M. L.) — Nociones de contabilidad general del Estado. En 8.º menor, 78 páginas. — 1,50 pesetas.
- Almanaque festivo ilustrado para 1895. En 8.º, 224 páginas. — 1 peseta.
- Baudelaire (C.) — Los paraísos artificiales. En 8.º, 374 páginas. — 3 pesetas.
- Biblioteca arábigo-hispana, tomo IX. — Index librorum de diversis scientiarum ordinibus quos a magistris didicit abu Bequer ben Khair ad fidem codicis escurialensis arabice nunc primum ediderunt indicibus additis, Franciscus Codera, J. Rivera Tarra-go. Tomo I. En 4.º, 466 páginas. — 20 pesetas.
- Boletín de la Real Academia de la Historia, tomo xxv, cuadernos 1 á 3, Julio á Setiembre de 1894. En 4.º, páginas 1 á 256. — Cada cuaderno 1,25 pesetas.
- Boussoni (A.) — Prisiones españolas; estudios penitenciarios, visitas á la cárcel modelo. En 12.º, 16 páginas. — 0,50 pesetas.
- Broutin (C. L.) — El arte de la esgrima. En 4.º, 179 páginas, un retrato y 24 láminas. — 6 pesetas.
- Burell (J.) y Maupassant (G. de.) — Páginas de oro; cuentos. En 8.º, 30 páginas — 0,20 pesetas.
- Cabezas Moriel (R.) — El juego ante el derecho constituido, el derecho constituyente, la moral, el interés y la conveniencia pública y privada. en 8.º, 30 páginas. — 1 peseta.
- Cappa (R.) — Estudios críticos acerca de la dominación española en América: tomo XII, parte tercera: *Industria naval*. Vol. III. En 8.º, II-366 páginas. — 3 pesetas. — Contiene: Expedición de Anson. — La industria en el Perú,

- 1745-1824.—Piratas del Pacífico.
—Callao.—Industria en el Atlántico.—Piratas corsarios.—La industria en Cuba.
- Catálogo de la Biblioteca pública municipal de Jerez de la Frontera. En 4.º mayor, 3 hojas preliminares, 318 páginas á dos columnas.—No se pone á la venta.
- Colección de documentos inéditos para la historia de España, por el marqués de la Fuensanta del Valle, de la Academia de la Historia y de la de Ciencias Morales y Políticas: tomo cx. En 4.º, 512 páginas.—12 pesetas.—Contiene: Correspondencia de los príncipes de Alemania con Felipe II y los embajadores de éste en la corte de Viena (1554 á 1598).—Vol. iv. Desde 12 de Enero de 1570 á 23 de Agosto de 1572.
- Colección de escritores castellanos, tomo cv. Obras completas de D. Angel Saavedra, Duque de Rivas, coleccionadas de nuevo por su hijo D. Enrique R. de Saavedra. Tomo i. En 8.º, xxxii-487 páginas, con retrato del autor.—5 pesetas.
- Colección de libros raros que tratan de América. Vol. xi. Tres tratados de America (xviii). Relación histórica, política y moral de la ciudad de Cuenca, población y hermosura de su provincia, por el Dr. D. Joaquín de Merisalde y Santisteban, corregidor y justicia mayor de ella.—Razón sobre el estado y gobernación política y militar de la jurisdicción de Quito en 1574, por Juan Pío de Montufar y Frasco, gobernador y capitán general de las provincias de Quito.—Diario de todo lo ocurrido en la expugnación de los fuertes de Bocachica y sitio de la ciudad de Cartagena de las Indias en 1741, formado de los pliegos remitidos á S. M. (que Dios guarde) por el virrey de Santa Fe, D. Sebastian Eslava, con D. Pedro de Mur, su ayudante general. En 8.º, 256 páginas.—3 pesetas.
- Congreso geográfico hispano-portugués-americano, reunido en Madrid en el mes de Octubre de 1892. Tomo II. En 4.º, 638 páginas y dos mapas.—15 pesetas.
- El casco del rey D. Jaime el Conquistador. Monografía crítico-histórica, por el barón de las Cuatro Torres, conde del Asalto. En 4.º, 32 páginas á dos columnas y grabados.—2,50 pesetas.
- El descreído, novela original. En 8.º, 308 páginas.—2,50 pesetas.
- España Moderna (La). Revista de España. Director, J. Lázaro. Agosto 1894. En 4.º, 206 páginas.—2,50 pesetas.—Sumario: La enseñanza en París, por Adolfo Posada.—Humoradas, por Ramón de Campoamor.—El Congreso de los Diputados, por R. Becerro de Bengoa.—Hamlet y Don Quijote, por Iván Turguenef.—España fuera de España, por V. Barrantes.—Crónica científica, por Luis de Hoyos Sáinz.—Crónica internacional, por Emilio Castelar.—Luis Vives (conclusión), por A. Lange.—Obras nuevas.
- Gante (E.)—El último romance. En 8.º, 280 páginas y un retrato.—3 pesetas.
- García Valero (E.)—No (madeja) do. En 4.º, 18 hojas y 5 láminas. Escudo en la portada.—5 pesetas.
- Gautier (T.)—Madama de Girardin y Balzac. En 8.º, 303 páginas.—3 pesetas.—«Colección de libros escogidos», tomo 132.
- Groizard y Gómez de la Serna (A.)—El Código penal de 1870 concordado y comentado: tomo v. En 4.º mayor, 771 páginas.—15 pesetas.
- Jackson Veyán (J.)—¡Allá va eso!, versos. En 4.º, 308 páginas.—3,50 pesetas.
- Lange (A.)—Luis Vives, por A. Lange, autor de la *Historia del materialismo*: traducción directa del alemán, revisada por Marcelino Menéndez y Pelayo. En 4.º, 160 páginas.—2,50 pesetas.—Bi-

- biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.
- Manzanegue (M.)—Característica terapéutica y especialización clínica de las aguas termales de La Garriga (provincia de Barcelona). En 8.º, 31 páginas.
- Millares (A.)—Historia general de las islas Canarias. Tomo v. En 4.º, 300 páginas.—3,50 pesetas.
- Molins (A. E. de).—Diccionario biográfico y bibliográfico de escritores y artistas catalanes del siglo XIX; apuntes y datos, cuadernos 36 á 40. En 4.º, á dos columnas (tomo II, páginas 413 á 572).—Cada cuaderno 1 peseta.
- Montenegro (A.)—Arte de la explotación del agua en pozos, fuentes y alumbramientos, convirtiendo en subterráneas las torrenciales. En 8.º, 279 páginas con grabados.—4 pesetas.
- Olavarria (D. A.)—Estudios histórico-políticos, 1810 á 1889, por Luis Ruiz; un carabobeño, R. B. Ríos (Domingo A. Olavarria). Valencia (de Venezuela). En 4.º, 289 páginas.—3 pesetas.
- Historia patria: estudio histórico-político en refutación de «El manifiesto liberal de 1893», por Luis Ruiz (Domingo A. Olavarria). Valencia (de Venezuela).—En 4.º, 147-XLIII páginas.—3 pesetas.
- Orio y Rubio (M.)—Libro de problemas aritméticos, algebraicos y geométricos, ordenados, razonados y detalladamente resueltos: parte 4.ª, problemas aritméticos y algebraicos. En 4.º, 387 páginas.—6 pesetas.
- Palasi (F.)—El diablo y el pecado original. En 12.º, 31 páginas.—0,20 pesetas.
- Prota y Carmena (M. I.)—La eucaristía y la virginidad; biografías compendiadas de las santas vírgenes más devotas del Santísimo Sacramento. En 8.º, 478 páginas.—4 pesetas.
- Quadrado (J. M.)—Ensayos religiosos, políticos y literarios, por don José María Quadrado. Segunda edición. Tomo II. En 4.º, 500 páginas, en tela.—5 pesetas.—Comprende: Escritos políticos, primer período 1843-1846.
- Retana (W. E.)—Bibliografía de Mindanao (epítome).—En 8.º, 69 páginas.—1 peseta.—Tirada de 500 ejemplares.
- Revista internacional: Director, J. Lázaro. Agosto de 1894. En 4.º, 69 páginas.—3 pesetas.—Sumario: La hechizada (novela), por J. Barbey d'Aurevilly.—La Rachel, por Teófilo Gautier.—De Heine, por J. A. Pérez Bonalde.—El vino y el haschich, por Carlos Baudelaire.—Ya has olvidado, por Heine.—Las ánimas del purgatorio, por Próspero Mérimée.—Leconte de Lisle, por León Barracand.—Lourdes, por M. T. de Wyzewa. El sultán Mulaj Hassán, recuerdos personales, por L. Ordega.—Dos nuevos académicos franceses.—Alberto Sorel, por A. Rambaud.—Pablo Bourget, por Emilio Faguet.
- Ríos González (C.)—Novísima recopilación de leyes y disposiciones gubernativas, relativas al Ministerio de Hacienda (de Chile), Valparaíso. En 4.º mayor, xxx-511 páginas.—10 pesetas.
- Riva (E. de la).—Por meterse en casa ajena; juguete cómico en un acto y en prosa, original. En 12.º, 20 páginas.—0,50 pesetas.—Biblioteca teatral infantil.
- Segalá Estalella (M.)—De la rana. Tesis del doctorado. En 4.º, 144 páginas.—2 pesetas.
- Soto Hall (M.)—El ideal, por Máximo Soto Hall. En 8.º, 146 páginas y retrato del autor.—1 peseta.
- Tous y Fera (R.)—El Papa y los católicos españoles. Consideraciones sobre la peregrinación obrera española y sus consecuencias. En 8.º, 211 páginas.—1,50 pesetas.
- Valbuena (A.)—Ripios ultramarinos por D. Antonio Valbuena (Miguel de Escalada). Segundo montón. En 8.º, 288 páginas.—3 pesetas.
- Vega (R. de la).—La verbena de la

- Poloma ó el boticario y las chulapas y celos mal reprimidos; sainete lirico en un acto y en prosa, música del maestro D. Tomás Bretón. En 8.º, 44 páginas.—1 peseta.—Galeria dramática de Hidalgo.
- Verdades (J.)—Chirlata-Club (pronuario de incautos.) En 4.º, 63 páginas.—1 peseta.
- Villar y Peralta (L.) y Martinez Acacio (J.)—La mujer casada y el Código civil. En 8.º, 138 páginas.—2,50 pesetas.
- Yxart (J.)—El arte escénico en España. Vol I. Introducción. La tradición.—La decadencia.—El drama. — Echegaray, Gaspar, Sellés, Feliú y Codina.—Nuevas direcciones dramáticas. — En el extranjero.—En España.—Pérez Galdós, etc., epílogo. En 8.º, 364 páginas.—5 pesetas.
- Ziur (O.)—Fascinación y adivinación. El secreto de Onofroff al alcance de todos. En 8.º menor, 38 páginas.—0,50 pesetas.
- Zorrilla (J.)—Poesias escogidas de D. José Zorrilla, publicadas por la Real Academia Española. En 8.º, 179 páginas.—1 peseta.
- Zúñiga (N. A.)—El totalismo, clave de la religión, de la filosofía y de la historia, etc., etc. Tres tomos. En 8.º, xxxi-564, 560 y 342 páginas.—9 pesetas.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>La Buena fama</i> , por Juan Valera.....	5
<i>La Hijuela del Parnasillo</i> , por A. Sánchez Pérez.....	33
<i>Por Francia</i> , por Adolfo Posada.....	57
<i>Fray Jerónimo Savonarola</i> , por Juan O'Neill.....	77
<i>Vida literaria de Don Enrique de Villena</i> , por Emilio Cotarelo..	91
<i>Crónica científica</i> , por Luis de Hoyos Sáinz.....	115
<i>La enseñanza del latín en España</i> , por Miguel de Unamuno.....	144
<i>Revista crítica</i> , por M. Menéndez y Pelayo.....	167
<i>La Literatura castellana y portuguesa</i> , por Fernando Wolf.....	182
<i>Obras nuevas</i>	204